



Universidad Nacional de Córdoba
Repositorio Digital Universitario
Biblioteca Oscar Garat
Facultad de Ciencias de la Comunicación

**DISCURSO Y PRECARIZACIÓN:
AVATARES RECIENTES DEL NEOLIBERALISMO EN ARGENTINA**

Fabiana Martínez (Comp.)

Cita sugerida:

Martínez, Fabiana (Comp.). (2020). "Discurso y precarización: avatares recientes del neoliberalismo en Argentina". - 1a edición para el alumno. Córdoba: Nodo Ediciones, 2020.
Disponible en Repositorio Digital Universitario

Licencia:

Creative Commons [Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)





Discurso y precarización

Avatares recientes del neoliberalismo en Argentina

Fabiana Martínez
(Compiladora)



FCC

Facultad de Ciencias
de la Comunicación



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

Martínez, Fabiana Rosa

Discurso y precarización : avatares recientes del neoliberalismo en Argentina / Fabiana Rosa Martínez ;
compilado por Fabiana Rosa Martínez. - 1a edición para el alumno - Córdoba : Nodo Ediciones, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-47208-3-2

1. Semiótica. 2. Análisis del Discurso. 3. Neoliberalismo. I. Título.
CDD 401.41

Este libro ha sido publicado con el subsidio de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba, otorgado al Proyecto Consolidar titulado "Discursividades políticas y mediáticas contemporáneas: dominancias y resistencias" (2018-2021), con sede en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Córdoba (Res. 411/18).

Compiladora: **Fabiana Martínez**

Dibujo de tapa: **Patricio Vélez** (Técnica Acrílico y lápiz)

Corrección Ortotipográfica: **Carlos Andres Rubino Vidal** (Nodo Ediciones)

Diseño y diagramación: **Maximiliano Ramia** (Nodo Ediciones)

AUTORIDADES UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Rector: **Dr. Hugo Oscar Juri**

Vicerrector: **Dr. Ramón Pedro Yanzi Ferreira**

Área de Gestión de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva: **Dr. Hugo Maccioni**

Secretaría de Ciencia y Tecnología: **Dra. Carla Giacomelli**

Subsecretaría de Promoción y Desarrollo de la Investigación Científica y Tecnológica: **Dra. Cecilia Ames**

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

Decana: **Mgter. Mariela Parisi**

Vice-Decana: **Dra. Susana Morales**

Secretaría de Ciencia y Tecnología: **Dra. Fabiana Martínez**

Directora del CIPeCo: **Dra. María Belén Espoz Dalmaso**

Secretaría de Posgrado: **Dr. Gustavo Urenda**

Secretaría Académica: **Dra. Nidia Abatedaga**

Secretaría Legal y Técnica: **Dr. Daniel Koci**

Secretaría de Extensión y vinculación: **Lic. Pablo Natta**

Índice

Prólogo

Este libro es el resultado de la *I Jornada de Análisis del Discurso y Política* organizada por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Facultad de Ciencias de la Comunicación en el año 2018, en la sede del CIPeCo (Centro de Investigaciones en Periodismo y Comunicación). Este evento reunió a integrantes de un equipo de investigación interesado en las intersecciones entre discursividades, comunicación y política, con el objetivo de compartir análisis y establecer diálogos con otros expertos afines a esta perspectiva.

El tema central de esta reunión—y de este libro, por lo tanto— fue el vínculo novedoso establecido entre neoliberalismo y discurso, fundamentalmente aquellos componentes inéditos que hicieron posible que el PRO, liderado por Mauricio Macri, accediera al Gobierno Nacional en el año 2015. Un supuesto de nuestro trabajo es que este triunfo no fue producto de una manipulación ni de un engaño acerca de lo que “verdaderamente” haría esta fuerza política, sino de la capacidad de unos mecanismos significantes que encontraron eficacia interpelativa, capaces de estigmatizar el pasado y proponer la necesidad de un “cambio”. Se generó así un cierto consenso favorable a una identidad neoliberal, que inevitablemente constituiría un volver resignificado de discursos y poderes sedimentados en nuestro país. Cuando empezamos a investigar, en el año 2016, los primeros contornos de estos nuevos sentidos estaban definiéndose. El inmediato establecimiento de una gestión favorable a una economía financiera, la llegada de los *CEOs* que garantizaron la implementación de estas nuevas reglas en todos los ministerios, la destrucción de las políticas sociales, las resignificaciones negativas del Estado, la configuración de los sectores populares y sus demandas como los nuevos adversarios de la sociedad, aparecían como rasgos que prefiguraban los tiempos de una vasta destrucción social. Pero también veíamos la circulación eficaz de nuevos tópicos como la promoción de la meritocracia, el individualismo y el cambio-felicidad, la destitución del lenguaje de los derechos y la promoción de representaciones antipolíticas que de modo eficaz resultaron convincentes para algunos sectores, mientras el daño social se expandía y hasta se ostentaba obscenamente configurado como oportunidad y aventura. Una nueva grilla de inteligibilidad que significó la exclusión como necesaria, la solidaridad como imposible y la desigualdad como mero resultado de un mérito, fue instalándose lentamente. Así, el macrismo no solo resignificó la política sino que habilitó nuevos procesos de interpelación-subjetivación.

Este libro trata sobre estos novedosos componentes significantes que dieron una particular forma a la ontología destructiva de un neoliberalismo que se mostró intensamente cruel, y reinventado en los lenguajes de nuevas derechas, descuidados de la vida. A lo largo de los artículos, indagamos en algunos de los componentes discursivos que se hicieron verosímiles a partir de complejas condiciones de posibilidad, en un contexto de precarización y desposesión generalizada. Ciertos casos marcaron este nuevo tono de época que ordenó el olvido de todo derecho o forma de igualdad, mientras evidenciaba su total desprecio por la vida: la desaparición de Santiago Maldonado y la promoción de

políticas de seguridad basadas en el lenguaje del odio; la búsqueda del ARA San Juan; las declaraciones de funcionarios legitimando un necesario tiempo de sacrificio y escasez; el elogio oficial de niños que caminan kilómetros para llegar a su escuela; etc. Pequeñas escenas, reiteraciones y metáforas que mostraron los contornos de un nuevo orden sobre el que quisimos reflexionar críticamente y desde un punto de vista discursivo.

Asumimos estos componentes como las formas de una necropolítica que fue capaz de interpelar exitosamente a ciertos sujetos oscuros y reaccionarios (Farrán), desde una discursividad que hacía admisible el sufrimiento de cuerpos y vidas, como imposición natural e inevitable resultado de la autonomía de los individuos. Esta necropolítica tomó la forma de una activa intervención del Estado en numerosos ámbitos en los que una pérdida se producía y un daño se desconocía. Esta “muerte lenta” fue instalándose –como señala con agudeza Berlant– no solo en eventos traumáticos producidos en marcos delimitados, sino en ambientes de temporalidad extendida vinculados al presente de lo ordinario mismo, en los que se promociona un continuar viviendo desde condiciones imposibles para una vida digna. Así, por un lado, existieron durante este gobierno los “eventos” de manifiesta espectacularidad y crueldad (caso Maldonado, Chocobar, etc.), pero también se instauraron nuevos marcos que dificultaban reconocer este daño, marcos en los que se involucran representaciones acerca de lo humano, orientados a promover una vida comunitaria sin certezas ni seguridades.

Nuestros análisis indagan en esa trama de significados que fue envolviendo lentamente nuevas cotidaneidades, no necesariamente vinculadas a la retórica resonante de las crisis, sino más bien orientadas a leer esos “dominios de revelación” donde una escena, corriente y banal, se revela y nos inquieta por algún sentido político especialmente cruel e insoportable. Trama que fundamentalmente se orientó a desanudar todo tipo de solidaridad y lazo social, a insignificar la vulnerabilidad de algunos y a transformar su demanda en ruido inaudible.

Entendimos que este proceso se involucraba con la vida y la muerte en la forma de una multiplicación de las precaridades, tal como Butler explica este concepto: promoviendo nuevos marcos de lo humano, inteligibilidades que implican reconocimientos y estableciendo fronteras que destinan fortunas a unos pocos y todo tipo de inseguridades a la mayoría. Encontramos potentes herramientas para dar cuenta de procesos y sentidos particulares de los capitalismo contemporáneos en autoras como Butler y Lorey, pero también en otras perspectivas críticas y semióticas que encuentran en los discursos la materialidad significativa de la acción y el poder, como Derrida, Angenot, Verón, Laclau, entre otros. A partir del análisis de discursos mediáticos y políticos, intentamos dar cuenta de la dimensión simbólica de una gestión necropolítica y sacrificial que culminó con la crisis económica del 2018. Esto implicó, a lo largo de algunos artículos, reflexionar acerca del estatus de la categoría de “discurso” y de sus vinculaciones con otras perspectivas posfundamento y construccionistas, centradas en una “política del significante”.

Nuestra mirada es fundamentalmente sociosemiótica, en la medida en que intenta dar cuenta de unas materialidades significantes en su producción y circulación, de unos archivos en los que se configuran diversos sentidos vinculados a este nuevo orden y de la con-

figuración de unas nuevas hegemonías discursivas. Sentidos que son contingentes y que por eso mismo se ofrecen al futuro en la apertura política de su reconfiguración. Diferentes aspectos de estos procesos se analizan en los artículos que integran este libro.

En primer lugar, Ana Levstein y Victoria Dahbar –en su escritura conjunta– nos invitan a pensar la lengua neoliberal desde dos categorías contemporáneas: lo precario y lo (auto) inmune. Este texto despliega en primer término la reflexión sobre autoinmunidad y continúa con la pregunta por la precariedad, para desembocar en algunos interrogantes comunes a ambas reflexiones. En conjunto, estas nociones permiten pensar al neoliberalismo en tanto política *de* la vida y a la política como posibilidad transformadora de la vida. La lógica de lo autoinmune –según Derrida– pone en riesgo la existencia del mundo, de lo mundial mismo, mientras que en nuestro país se presenta en algunos rasgos de la gestión de *Cambiamos*, como la condición de imposibilidad de la promesa, la inversión y perversión del par victimarios-víctimas, el desplazamiento constante de lo legal para legitimar al poderoso, la exacerbación de la estructura extorsiva, etc. En su segunda parte, en relación a la precarización, y a partir de las reflexiones de Butler, se ponen en juego las categorías de vulnerabilidad e interdependencia. Se trata de postular una ontología de la precariedad, que implica que estamos siempre radicalmente expuestos a formas que nos sostienen, pero que también pueden destruirnos, y asumir la vulnerabilidad como condición ética, condición que nos precede y que nos define. Ambas nociones se constituyen como claves fundamentales para pensar un neoliberalismo contemporáneo.

Un análisis de algunos mecanismos significantes que dan inteligibilidad a estos procesos de precariedad se presenta en el segundo capítulo. En él se analizan a partir de herramientas semióticas algunos fragmentos discursivos (posteos del Ministerio de Educación, el no-duelo público del ARA San Juan, piezas viralizadas de un humor de “derecha”, etc.). Lo que tienen en común estos fragmentos no es tanto una temática compartida, sino un cierto marco de lo humano que establece qué vidas se consideran como dignas y cuáles no, en un contexto de intensa crisis económica y acelerada pérdida de derechos. En cada uno de ellos, la vulnerabilidad no es configurada como una herida sino como una oportunidad o como un componente necesario para el funcionamiento general de un nuevo orden social. Intentando no simplificar los vínculos entre discurso y violencia social, se analizan escenas de una apología meritocrática, la denegación de la demanda y la elusión del luto público. En la configuración de estos sentidos opera también como marco una formación discursiva que viene sedimentando desde el año 2001 y que se describe brevemente en el mismo texto.

En el tercer artículo, Yair Buonfiglio reflexiona acerca de un progresivo corrimiento de los límites de lo decible ocurrido en los últimos años, de modo tal que pueden enunciarse de manera legítima discursos que en otros tiempos estaban fuera del campo de lo posible. A partir de los aportes de Foucault y Angenot, se analiza cómo ciertos discursos políticos y mediáticos dan cuenta de este nuevo “orden”, de un trastocamiento que caracteriza al gobierno de *Cambiamos*. En particular, se considera la oposición entre una fórmula que hegemonizó los enunciados kirchneristas (*para todos*) con la lógica del “merecimiento”, que aparece vinculado con los esfuerzos o talentos de cada individuo y que rápidamente se traduce en una valorización del estatus social. El trabajo analiza un conjunto de enunciados

heterogéneos que incluyen desde declaraciones políticas y periodísticas hasta disputas en el mundo de la farándula, que encarnan y ejemplifican la nueva hegemonía discursiva.

Toda sedimentación hegemónica presenta también disidencias, desobediencias. Fidel Azarian indaga en los procesos de subjetivación en el campo del trabajo en contextos neoliberales, también a partir de la categoría de precarización. Así como han proliferado nuevos modos de sujeción bajo las relaciones sociales y las formas subjetivas que han reconfigurado el neoliberalismo, también es posible encontrar fisuras en las mismas prácticas de subjetivación. El análisis se orienta por preguntas que erosionan una noción de “sujeto soberano”, marcando en cambio sus vínculos con prácticas y discursos: ¿de qué manera se constituyen los sujetos trabajadores en el contexto neoliberal actual?, ¿cuáles son las tecnologías orientadas a la producción de esos sujetos?, ¿qué modulaciones o resistencias es posible encontrar ante esta forma de subjetivación? El artículo aborda experiencias precarias de trabajo, tales como las de las trabajadoras sexuales (AMMAR) y de los carreros y recicladores de la Cooperativa La Esperanza, en Córdoba. En este marco se inscribe la principal hipótesis del artículo, según la cual la precariedad se constituye –en el marco de la racionalidad neoliberal– en la norma que rige la vida de los trabajadores y, en este sentido, opera como un modo de gobierno de los sujetos a partir del cual estos se constituyen y/o resisten.

Como señalan Levstein y Dahbar en su artículo, las políticas en seguridad en Argentina en este período evidenciaron nuevas formas de precariedad y autoinmunidad, al instalar la razón en tanto razón del más fuerte: “El discurso neoliberal produce un desplazamiento constante de lo legal para legitimar al poderoso (unión de fuerza y derecho), acentuando así una tautología entre persona rica e impunidad”. Tanto Pablo Sánchez Ceci como Alejandro Milotich retoman en sus artículos problemáticas vinculadas a este nuevo discurso sobre “seguridad”, asociado a la figura de Patricia Bullrich, Ministra de Seguridad durante el gobierno de *Cambiamos* y referente principal del PRO. En el primer caso, encontramos un quinto artículo que analiza las distintas estrategias discursivas en los discursos mediáticos y el campo de efectos de sentido que habilita una particular serie visual: la de las fotografías del cuerpo de Santiago Maldonado en la morgue. Inserta en el contexto más amplio de un discurso social y la configuración de dominancias en una cierta topografía, este escenario se vincula con los procesos de necropolítica y la distribución diferencial de la vulnerabilidad de los cuerpos que se establece entre vidas precarias y vidas vivibles. Una invariante semiótica las caracteriza: la borradura del rostro. Imágenes y fotografías son ejemplificadoras de una violencia que se inscribe en un cuerpo-spectrum, justo en el cruce del dispositivo policial y médico, pretenden develar una verdad y al mismo tiempo configurar una amenaza hacia el futuro. Así, el necropoder, entendido como una forma específica del neoliberalismo de dejar morir, se establece a partir de operaciones discursivas específicas capaces de gestionar las fronteras entre vidas vivibles y vidas precarias. Por su lado, Alejandro Milotich indaga en el informe RAM considerando el vínculo específico entre lenguaje y violencia. Toda violencia encuentra un mecanismo signifiante que la dota de sentido en la trama de discursos sociales que la hacen posible, al mismo tiempo que configuran axiológicamente ciertos sujetos de modo apologético o peyorativo. Las discursividades neoliberales precarizan y niegan ciertas vidas, frente a las cuales toda expresión material o simbólica de violencia queda habilitada en tanto es realizada frente a un *no*

otro. En el análisis de los discursos de Patricia Bullrich, organizan la experiencia haciendo posible el reconocimiento o la negación de las vidas, al mismo tiempo que establecen marcos de inteligibilidad de *lo humano* que funcionan normativamente. Consideramos que las tramas discursivas que se constituyen en torno al grupo denominado “RAM” son inescindibles de lo que podríamos considerar una hegemonía discursiva de época que tiende a precarizar a ciertos sectores. Así, la gestión implicó también “procesos de alterificación”. De este modo, el miedo que funciona como principio movilizador estará siempre dirigido hacia un otro frente al cual el yo/nosotros es revelado por la vulnerabilidad. El sentimiento de desprotección es administrado políticamente a partir de “la regulación de la seguridad y el bienestar de las vidas humanas”, lo que se expresa en formas violentas que operan simbólicamente y materialmente en distintos niveles hacia las figuras de los otros.

Finalmente, Nerina Filippelli analiza qué nuevas estrategias discursivas caracterizaron la configuración del ethos en el caso de María Eugenia Vidal, gobernadora de la Provincia de Buenos Aires y figura prominente de esta alianza. Dos componentes caracterizan su particular dispositivo de enunciación. Por un lado, y en consonancia con las retóricas anti-políticas que caracterizan a esta identidad, su trayectoria aparece vinculada a un “modelo de llegada” exterior a la política, ajena a toda posición y práctica partidaria tradicional, significada como una pura “vocación de servicio” y de gestión. Por el otro, este ethos se configura en contraposición a un pasado signado por el kirchnerismo y marcado por la corrupción y la ineficiencia. Así, configuración de la imagen del enunciador y configuración del adversario encuentran una singular configuración, que además establece fronteras temporales que son fundantes en la narración de la propia identidad. La construcción de este llegar “desde fuera” de la política y la apelación a “la familia” (imaginario de lo doméstico, lo privado, lo no politizado) como el espacio en el que se le inculcó al ethos de María Eugenia Vidal cierta moralidad, se complementan con la imagen de una mujer sencilla, una chica de barrio, familiarizada con el conurbano bonaerense. Sus discursos ponen en juego una horizontalidad más fuerte en la construcción del vínculo con los destinatarios, configurados como “vecinos” o “gente”.

Finalmente, queremos agradecer a Ana Levstein, Victoria Dahbar, Jorge Foa Torres y Juan Manuel Reynares, quienes aceptaron participar de este diálogo y compartir perspectivas en torno a temáticas afines. Seguimos pensando que –para la lectura crítica de las tramas de sentido que caracterizan a escenarios contemporáneos– es central el diálogo de las miradas semióticas con las perspectivas posfundamento.

PRECARIEDAD Y (AUTO)INMUNIDAD PARA UNA DISCUSIÓN SOBRE LA VIDA

Victoria Dahbar¹

Ana Levstein²

Si pudiésemos delimitar una de las preocupaciones comunes al pensamiento crítico contemporáneo, posiblemente estaríamos de acuerdo en que hay una insistencia, una obsesión por abordar la lengua neoliberal en tanto vehículo, intelectual y afectivo, de un modo de la vida que al tiempo que la hace posible para algunos cuerpos y de unas maneras muy particulares, la vuelve invivible para una inmensa mayoría y por diferentes motivos. Pensar la lengua neoliberal, tan magnánimo propósito, puede intentarse en cambio y modestamente desde dos claves de lectura también contemporáneas: la pregunta por lo precario y la pregunta por lo autoinmune. Dos hojas de ruta que pueden colaborar con una discusión problemática respecto de la singularidad del neoliberalismo en tanto política de la vida, en esa insistente ambivalencia del genitivo que marcaba Roberto Esposito (2009) y que nombra, cada vez, a la vida como objeto de la política, y a la política como la posibilidad transformadora de la vida.

Por lo tanto, este escrito, que avanza en la dificultosa y placentera tarea de la escritura conjunta, despliega en primer término la reflexión sobre autoinmunidad –noción de la que se ocupa especialmente Ana Levstein– y continúa con la pregunta por la precariedad, categoría que aborda especialmente Victoria Dahbar, para desembocar en algunas preguntas comunes a ambas reflexiones. Las autoras de referencia para este caso son Jacques

¹ Victoria Dahbar (kolo) es Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, Argentina, Magíster en Comunicación y Cultura Contemporánea por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, y Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba. Vive en Córdoba y trabaja en el Instituto de Humanidades (IDH-CONICET), FFYH (UNC), con Beca Posdoctoral de CONICET, y es docente en la Facultad de Ciencias de la Comunicación (UNC). En la intersección entre los estudios feministas y de género, la filosofía política contemporánea, y los estudios culturales, busca pensar el vínculo entre temporalidad, violencia normativa y corporalidad, particularmente la potencia de corporalidades y materialidades anacrónicas. Es parte del proyecto editorial Asentamiento Fernseh. Su trayecto de formación e investigación es acompañado amorosamente y desde sus inicios por Ana Levstein.

² Ana Levstein es Doctora en Letras por la Facultad de Filosofía y Humanidades, y Magíster en Sociosemiótica por el Centro de Estudios Avanzados, de la Universidad Nacional de Córdoba. Se desempeña como docente del Seminario “La comunicación massmediática y la emergencia de nuevas subjetividades” en la Facultad de Ciencias de la Comunicación y de “Hermenéutica” en la Facultad de Filosofía y Humanidades, ambas de la Universidad Nacional de Córdoba. Desde hace años se dedica devota y obsesivamente al estudio de la obra de Jacques Derrida, por lo que una de sus actividades favoritas es el grupo de lectura “Deuteropensamiento y Deuterolectura: subjetividades en textualidades derrideanas”, de funcionamiento parcialmente institucional-serio y mayoritariamente rizomático-humorístico, con integrantes muy adorables, (entre lxs que está Kolo, por supuesto), entusiastas, comprometidxs y bastante nómadas, por lo que tuvo que aprender a encariñarse sin apegarse a ellxs, para que vuelen libres y solitxs, como debe ser (y ella también). Le gusta leer en papel y con letra grande y no es muy amiga de la compu ni del celu. Quiere ser activista contra la pena de muerte mientras dure su vida.

Derrida (para la noción de inmunidad) y Judith Butler (para la noción de precariedad). Las ataduras no son evidentes, y por eso vale la aclaración: la noción de autoinmunidad podría rastrearse no solo en Derrida sino en Roberto Esposito (2006, 2009) y, más allá, en Michel Foucault [1978] (2006). Precariedad y sus términos cercanos también podrían ser pensados junto a Isabell Lorey (2016, 2019) y Athena Athanasiou (2017). Ahora bien: ¿cómo es que se reúnen estas dos nociones?, ¿con qué sentido o bajo qué modalidades pensar autoinmunidad junto a precariedad? En ese trabajo, decíamos, difícil, animado, imprevisible, del pensar juntas, dimos con un dato singular: tanto la reflexión derrideana acerca de la inmunidad, como la pregunta butleriana por la precariedad, estaban mediadas por un acontecimiento político de casi dos décadas, que es la caída de las torres gemelas en 2001, y el recrudecimiento de la política de guerra estadounidense, recrudecimiento que tiene como punto de inflexión a ese acontecimiento. Pero más allá del dato histórico, pensemos en las ataduras etimológicas. “Precario” etimológicamente refiere a todo aquello que es inseguro, inestable, de poca duración, que no posee recursos suficientes, aquello obtenido en base a ruegos y súplicas (y todo lo que se obtiene en base a súplicas no suele ser cuantioso ni suponer una situación permanente o duradera). El latín neutro plural “precaria” de donde viene el término “plegaria” y también “pliegue”. Plegaria: suplica, petición o ruego ferviente, hecho con humildad. Un rezo que se hace a una divinidad o un santo, vinculado a la fe de las personas. “Pliegue” es siempre dobladillo, doblez, desdoblamiento, desigualdad, surco, frunce, arruga, rugosidad, diabolicidad. Exceso y defecto. Plegar es doblar. Doble vínculo, chantaje. Donde lo “uno” siempre fue antes “dos”, siempre el “más de uno”. Lugar por antonomasia del pensamiento deconstructivo. En esa estructura extorsiva constitutiva se juega lo autoinmune como concepto que permite leer, algo que cuando se habla de precariedad se hace con poca frecuencia: el costado sufriente de los presuntos ganadores del modelo neoliberal. El texto es resistencia y diseminación, restos que se obstinan y huellas que se fugan. Pensar un texto sin afuera, lastima directamente la noción de realidad con la que la metafísica lo contrasta. Es posible entonces, imaginar un adentro y afuera indivisibles, una especie de membrana que pliega los bordes del texto. Allí se aloja y vive y muere lo autoinmune, lo que pierde su construcción, (se) deconstruye.

El pulso de esta escritura estuvo marcado, ineludiblemente, por las resonancias materiales y simbólicas que tuvo y tienen para la vida en la Argentina los cuatro años de gobierno de la derecha neoliberal. Esa urgencia fue la que marcó la necesidad de volver a pensar, con insistencia, estas cuestiones. Podrán reconocerse, además, las típicas dimensiones de la oralidad en el despliegue de estas páginas. Esto es así porque el texto fue originalmente pensado para ser leído y conversado y, al momento de trabajarlo como texto escrito, no quisimos perder las marcas con que lo coloquial iba dibujando un particular tipo de pensamiento. Un texto que es efecto de una demanda, pensar juntas, construir alianzas, construir pensamientos colectivos capaces de entender y hacerle frente a la avanzada neoliberal en tanto imposibilitadora de la vida, pensar al neoliberalismo en tanto asunto de vida o muerte que es. Y allí la tarea de un vocabulario crítico.

Sobre lo autoinmune

La autoinmunidad en tanto figuración contemporánea de la política, asoma en el pensamiento de Jacques Derrida en 1994 en el texto conocido como seminario sobre la religión, y cuyos título y subtítulo (“Fe y Saber. Las dos fuentes de la religión en los límites de la mera razón”) ya funcionan como indicadores de varias cosas: saber, creer, fe, acto fiduciario, calcular lo incalculable, lo heterogéneo al saber. Hay autoinmunidad y no solo inmunidad porque no todo se calcula. En “Canallas. Dos ensayos sobre la Razón”, uno de los últimos textos publicados en vida por Derrida (2003), reaparece lo autoinmune en las conferencias “La razón del más fuerte” y “El mundo de las Luces por venir”. La figura de lo autoinmune es retomada en los dos tomos que recopilan las clases que el argelino dictó en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) entre los años 2001 y 2003: “La bestia y el soberano”.

A la hora de hablar de inmunidad (así como de autoinmunidad) ya referimos a un conjunto de condiciones, operaciones de separación, barrado, blindado, defensas –en un trípode de metáforas médico, jurídico y militar– destinadas a impedir diferentes tipos de contaminación en la comunidad. La inmunidad es una exención, un privilegio, es estar dispensado de cargas, de deberes societarios que son comunes a todos. Junto a Esposito (2009), la inmunidad siempre es, respecto de la generalidad, una condición de particularidad, de allí su carácter antisocial y anticomunitario. Ante esto, Derrida se referirá al atentado del 11 de septiembre de 2001, al fin de la Guerra Fría o al “equilibrio del terror” como una misma lógica, la de una ley implacable que rige todo proceso autoinmune. Es decir, «ese extraño comportamiento del ser vivo que, de manera casi suicida [a la vez que homicida, agregamos] se aplica a destruir “él mismo” [habitado por un otro, agregamos] sus propias protecciones, a inmunizarse contra su “propia” inmunidad» (2004:142).

Entra en juego una ley implacable, es decir lo calculable mediante un saber, pero también lo incalculable de un horizonte de no saber–no horizonte de saber con tres series de argumentos que se acumulan y se sobredeterminan, constituyendo en la realidad perceptiva e inconsciente la lógica de un proceso autoinmune. A estos tres momentos podríamos sintetizarlos como: **a)** la agresión no sobreviene solamente de afuera, de un exterior identificable, localizable, como en una guerra entre naciones sino que indistingue, enturbia, decide, contamina el par exterior/interior. Inmigrantes formados, preparados para la acción por los Estados Unidos para agredir a los Estados Unidos, *hijackers* que incorporan dos suicidios en uno, el suyo (y lo que más aterroriza es que siempre estaremos desarmados ante una agresión suicida, autoinmune) pero también el suicidio de quienes los recibieron, los armaron, los entrenaron. Doblemente suicida, esta fuerza se ajustará con una extraordinaria economía (el máximo de seguridad, de preparación, de competencia técnica, de eficacia destructiva con una inversión mínima de medios). Apuntará y alcanzará el corazón o mejor, la cabeza simbólica del orden mundial. **b)** Un trauma habla de un acontecimiento cuya temporalidad no procede ni del ahora presente ni del presente pasado, sino de un in–presentable que está por venir. Un arma hiere y deja abierta por siempre una cicatriz inconsciente, pero esta arma es aterradora porque viene del porvenir, tan radicalmente

por venir que se resiste incluso a la gramática del futuro anterior. Ya no puede haber equilibrio del terror, un duelo EEUU/URSS empeñados en una teoría de los juegos, capaces de neutralizar el poderío nuclear del adversario en una estimación recíproca y organizada de los riesgos respectivos. Un *trade in, trade off* calculables. En lo sucesivo la amenaza total no proviene de un Estado sino de fuerzas anónimas, absolutamente imprevisibles e incalculables. Y como esta amenaza absoluta *habrá sido* secretada por el fin de la Guerra Fría y la “victoria” del campo de los EEUU, como ella amenaza aquello que supuestamente sostiene el orden del mundo –la posibilidad misma de un mundo y de una mundialización (derecho internacional, mercado global, lenguaje universal, etc.)– lo que se encuentra de este modo puesto en riesgo por esta aterradora lógica autoinmune es nada menos que la existencia del mundo, de lo mundial mismo. No hay límites a esta amenaza que busca sus antecedentes o sus recursos en toda la historia de la Guerra Fría, pero que a la vez parece infinitamente más peligrosa, horrorosa y aterradora que esta. c) Se refiere al círculo vicioso de la represión. Es decir, lo que llamamos muy ligeramente “guerras contra el terrorismo”, trabajan para regenerar, a corto o a largo plazo, las causas del mal que pretenden exterminar. En Irak, Afganistán, Palestina, sus bombas que también indistinguían civiles de militares, etc., podrán ser presentadas como represalias legítimas o contraterrorismo, y así al infinito.

Lo autoinmune es también un terrorismo que no tiene antónimo, no hay un anti-terrorismo, sino un constante *trade in-trade off*, unas tentativas económicas por negociar una violencia menor en cada contexto (siendo este, por otra parte, nuevo e inédito en sus desafíos). Se trata de diversos terrorismos y violencias resultantes de transacciones, de compromisos. La política antiterrorista son los matices, la diversidad de un estar “loco de otro modo” que de la locura de la razón hegemónica, que no es sino “otro terrorismo” o un “terrorismo otro”, de un terrorismo que no dice su nombre.

Lo autoinmune podría definirse como otra forma de decir lo ilegible de un discurso (Derrida, 1986), allí donde experimento que el sentido no es accesible sino un foco de resistencia, donde la paradoja del don o la ambivalencia del *farmakon* consiste en una inverificable intencionalidad. Es preciso que en ella haya azar, encuentro, algo involuntario, incluso inconsciencia o desorden y es preciso que en ella haya “libertad intencional” y que ambas condiciones concuerden –milagrosa, graciosamente– entre sí. Autoinmune es otra forma de decir, de nombrar al desborde incalculable, inconsciente, aleatorio de esa libertad intencional, que *habrá podido* (inexorablemente) revertir/pervertir/invertir esa libertad intencional. Podríamos llamar esa posibilidad –que fenomenicamente la comprobamos cotidianamente en todo lo que tiene fenomenalidad– la parte de paleo-esclavismo del neo-liberalismo, como su doble o contra-ley. Aprender a leer la contra ley de promesa o amenaza según la situación sería, en nuestra aproximación, una pedagogía de la autoinmune como herramienta emancipatoria.

Hay una buena y una mala nueva de lo autoinmune. La mala: su terror, la frontera inestable, inencontrable de una “paz” que no sea sino la negociación de una violencia menor, es decir, siempre una no-paz. La buena: lo autoinmune no es necesariamente malo, es la autoinfección de toda autoafección del *otro*, de la muerte, de la alteridad, pero sin los cuales no hay vida, ni historia ni experiencia. Lo autoinmune es el nombre de ese riesgo, aporía, doble

vínculo, de apertura al mal radical sin el cual ningún bien es tampoco posible. Nos trae a la cuestión de la vida en una economía de la muerte, siempre precaria.

El discurso neoliberal y sus lapsus: ¿nuevo sensorium? El discurso neoliberal se hallaría en un pliegue donde el contra-discurso se hace oír en los lapsus (“vamos a cambiar futuro por pasado”, “todos los días un metro más de asfalto, un pibe más que está preso”, etc.³), donde el lapsus sería el síntoma, el pre-lenguaje o balbuceo por el cual la pulsión de muerte deja caer una huella: hace audible, visible, marca, arrebatada una materialidad a la pulsión archivológica, autoinmunitaria. Paradojalmente, es a través del error/errancia que cierta verdad de la fuerza de vida, pone en escena una escritura del inconsciente mudo, que desconoce la negación y la mentira. Lo último que debemos hacer es abandonar estos discursos por carentes de sentido. Todo lo contrario, la falta de un horizonte semántico unívoco, la mentira a la luz del día, la torpeza para mentir, la impudicia, los lapsus, las patas cortas del *mentir* (más que de la mentira) no afecta tanto a nuestra parte reflexiva sino a la construcción de un sensorium y un inconsciente distinto, quizás más dócil a la autoridad, más pasivo ante el divorcio entre lo que se dice y se hace.

Esta reversibilidad requiere de una especie de bilingüismo estructural, y un ejemplo asombroso lo brinda el exministro Dujovne con su alabanza de doble filo y de doble interlocutor, cuando el 14 de noviembre de 2018 dijo: “Nunca se hizo un ajuste de esta magnitud sin que caiga el Gobierno”. Sabemos que cuando uno habla siempre dice más o menos o distinto de lo que se querría decir, hay un querer-decir, consciente, intencional, que es trascendido por las lógicas de lo *inconsciente* y lo *performativo*. La distribución regresiva de la riqueza aumenta la muerte-suicidio de las poblaciones, incluyendo por cierto a quienes la planifican y organizan, porque aumenta la desigualdad y la brecha entre ricos y pobres; así como, por el contrario, la distribución progresiva disminuye dicha muerte-suicidio al aumentar la igualdad y disminuir la brecha entre ricos y pobres. El inconsciente de Dujovne lo dijo todo, como nadie es dueño de su discurso, lo que pronunció probablemente como autoelogio ante los inversores bursátiles y el FMI fue leído como un derrape en otros titulares de medios (“*El Ministro desbarrancó*”). Su inconsciente saltó, sin el control garante de su enunciador, hacia una verdad tan escandalosa como indisimulable. Lo que dijo fue como si un médico se jactara de no saber cómo con semejante vacuna de virus no muy atenuados no mató a su paciente en lugar de inmunizarlo. Lo que hizo fue dar cuenta de cuán brutal es el programa económico.

Prometer/Amenazar. Evidentemente si el performativo por antonomasia es la promesa, el discurso neoliberal no hace más que incumplirla, es decir acentuar su condición de imposibilidad. Como correlato y doble, la amenaza, aún disfrazada y desmentida o silenciada por el discurso, se cumple hasta excediendo los escenarios más pesimistas. Un quiasmo, figura analítica favorita de Derrida, parece emerger: la promesa se incumple y la amenaza se cumple, e incluso se sobre-cumple.

Un quiasmo típico de victimarios/víctimas y su reversibilidad en el discurso neoliberal pue-

³ Lapsus fallidos tristemente célebres emitidos durante actos de campaña. El primero atribuido a la entonces candidata a Gobernadora de la Provincia de Buenos Aires (26 de octubre de 2015); y el segundo al candidato a senador por la Provincia de Buenos Aires, Esteban Bullrich (8 de agosto de 2017).

de leerse en torno a los extremos indefensos de la vida, ancianidad, infancia, discapacidad, trabajadores versus capital. Dice Cristine Lagarde: “Los ancianos viven demasiado y eso es un riesgo para la economía global. Hay que hacer algo ¡y ya!”⁴. Cómo pensar, entonces, en el otro extremo de esta misma derecha y en el otro extremo de la vida, el “salvemos las dos vidas”?⁵

Vigencia del paradigma de los dos demonios o la ficticia homogeneidad de una presunta grieta.

La unidad de fuerza y derecho lleva a repensar la “teoría de los dos demonios”⁶ para el dispositivo discursivo neoliberal que introduce una equivalencia, una homogeneidad ficticia entre dos bandos, como si fueran los dos lados de una grieta. En esta polarización, se producen, por ejemplo, denominaciones como “terroristas” a los excluidos del modelo neoliberal, es decir los pobres que el mismo modelo planifica y fabrica: migrantes, limpia-vidrios, trapitos, naranjitas, “terroristas urbanos”⁷. A estos desclasados, al igual que a los judíos alemanes durante el proceso de estigmatización que preparaba su deportación a los campos de exterminio, se los despoja de ciudadanía⁸. Estos nuevos blancos a eliminar, presuntos culpables de que todo ande mal, se los objetualiza (“trapitos”, “naranjitas”). Un efecto de la lógica de los dos demonios es la inversión y perversión del par victimario/víctima, o la reversibilidad de los contrarios, y la presunta unicidad previa a la grieta.

Las reservas del dinero previsional son transferidas a las corporaciones y elites financieras transnacionales y nacionales en un falso principio de homogeneidad ficticia de “no se puede gastar por encima de lo que se gana”, donde precisamente se homologan y obliteran tendenciosa y perversamente quiénes producen, quiénes ganan y quiénes gastan⁹. Vícti-

⁴ Declaraciones de Christine Lagarde en 2012, en torno a la necesidad del FMI de ajustar la jubilación con la esperanza de vida. El Fondo plantea que las aseguradoras privadas cubran el “riesgo de longevidad”. Extraído del artículo “Los viejos viven demasiado” (Greciet, 26 de diciembre). Recuperado de <https://www.diariodeibiza.es/opinion/2017/12/27/viejos-viven/960267.html>.

⁵ Consigna aparecida en los pañuelos celestes que detentan quienes se oponen a los derechos previstos en el Proyecto de interrupción legal del embarazo (ILE). No es claro el hito fundacional que da aparición a los pañuelos celestes, pero sí su presencia pública: ocurrió en mayo de 2018 y cuando en Argentina se volvió públicamente inteligible la posibilidad de que el aborto fuera legal por todas las causales y no por las tres que actualmente admite el Código Penal. Dichas causales son la violación, el peligro para la vida, y el riesgo para la salud de la persona gestante.

⁶ Silvia Schwarzböck en *Los espantos. Estética y postdictadura* (2016), señala que recién en la reedición ampliada del *Nunca Más* en 2006, se incluyó un prólogo en el que se deja en claro cuál debe ser la doctrina del estado de derecho en materia de derechos humanos, poniendo en evidencia como ideológica la inaceptable pretensión de justificar el terrorismo de estado como una suerte de juego de violencias contrapuestas como si fuera posible buscar una simetría justificatoria en la acción de los particulares, frente al apartamiento de los fines propios de la Nación y del Estado, que son irrenunciables. De esta manera, en el 30 aniversario de la dictadura, se modificaba el controvertido prólogo de 1984.

⁷ El norteamericano Carlos Medina, director ejecutivo del *Manhattan Institute*, en una breve visita a Córdoba para firmar un convenio con el entonces gobernador José Manuel de la Sota, explicaba que mendigos, limpiadores de parabrisas y prostitutas son “terroristas urbanos”. La frase fue repudiada desde varios sectores, entre ellos el INADI (Instituto Nacional contra la Discriminación). Esta institución recordó a De la Sota que el plan de “Tolerancia cero” que lanzaría con el *Manhattan Institute*, debía cumplir la ley antidiscriminatoria (Redacción Página 12, 2004).

⁸ Redacción Página 12 (2004) “Una denuncia contra Medina”, Página 12 (24 de octubre). Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-42727-2004-10-24.html>

⁹ Redacción Infobae (2018) “El discurso completo del presidente Mauricio Macri” (3 de septiembre). Recuperado de <https://www.infobae.com/politica/2018/09/03/el-discurso-completo-del-presidente-mauricio-macri/>.

mas y victimarios. El principio de pseudohomogeneidad ficticia equipara Estado y particulares en la misma lógica¹⁰.

Ratificación de la razón del más fuerte. Una lógica del inconsciente y una lógica del performativo instauran/instalan/fundan un orden sin metalenguaje, sin legalidad ni legitimidad preexistentes a la performance. El “Paradigma Chocobar”, o el “Paradigma Santiago Maldonado - Rafael Nahuel”, instalan la razón en tanto razón del más fuerte, del lado de las fuerzas de seguridad gobernadas desde el Ministerio de Seguridad. Escuchamos a la ministra Patricia Bullrich: “La razón está siempre del lado de las fuerzas policiales”, “no puedo tirar un policía o un gendarme por la ventana. Esa es la fácil, la que han hecho siempre. Necesito a esa institución para todo lo que estamos haciendo, para la tarea de fondo que está haciendo este gobierno”. Tarea de fondo, nuevo fundamento, para nuevas formas de precariedad y autoinmunidad.

El discurso neoliberal produce un desplazamiento constante de lo legal para legitimar al poderoso (unión de fuerza y derecho), acentuando así una tautología entre persona rica e impunidad. Se nos invita a no hablar más que *una lengua*, la que (me) imponen los conquistadores, colonizadores. La autoinmunidad contraria (salvífica, prometedora) está a cargo de una deleuzeana-guattariana máquina de guerra, de *otras lenguas* menores o dialectos, nunca menos de dos, o más de una lengua que insisten, consisten y resisten invocando otros mundos posibles, otras formas de habitar una Tierra sin Terror. El discurso neoliberal sobre la vida produce una generalizada defensa de la vida humana en el núcleo de una ideología privadora de derechos, intentando igualar derecho a no-derecho. Dice María Pía López:

¿Está el derecho al aborto después del derecho al trabajo o a la satisfacción del hambre?
¿No es falsa la idea de temporalidad para pensar esas cuestiones? Más bien esconde algo fundamental: que la privación del derecho de una parte de la población a decidir sobre sus propios cuerpos, está en el corazón de otras explotaciones, de los mecanismos persistentes de desposesión a los que los sectores subalternos somos sometidos. La diferencia entre pañuelos celestes y verdes no es un problema cromático que superado podría conformar un frente antineoliberal, como si fueran disidencias entre pares, porque allí un sector intenta privar de derechos a otro, quitar libertades. Es como si se aceptara que en un movimiento haya algunos a favor de la esclavitud y otros en contra y plantear la equivalencia. No es posible porque unos privan de derechos a otros (López, 2019)¹¹

Los fusilamientos de trabajadores de la CTEP (Corriente de Trabajadores de la Economía

¹⁰ Mauricio Macri, María Eugenia Vidal y Alfonso Prat-Gay, entre otros funcionarios, en ocasión de inaugurar una nueva planta de Alfajores Havanna en Mar del Plata, utilizaron la comparación que sería uno de sus latiguillos de gobierno para “reducir el déficit fiscal del Estado”: “Como en cada casa, no se puede gastar más de lo que se gana, y esto es lo que ha hecho la Argentina. Esto nos ha hecho mal y nos hace frágiles ante cualquier cambio en el mundo. Hay que sentarse en una mesa en la que cada uno diga en qué va a ceder y no sentarse a ver qué va a sacar, porque ya no alcanza” (Redacción La Capital, 2016). Redacción La Capital (2016) “Macri se comprometió a bajar el déficit y pidió a los sindicalistas rediscutir los convenios colectivos”, La Capital Mar del Plata (1 de diciembre) Recuperado de <https://www.lacapitalmdp.com/macri-se-comprometio-a-bajar-el-deficit-y-pidio-a-los-sindicalistas-rediscutir-los-convenios-colectivos/>

¹¹ López, M. P. (2018) “Pañuelos, alianzas y agendas”, Página 12, (21 de noviembre). Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/156855-panuelos-alianzas-y-agendas>

Popular) marca una exacerbación de la estructura extorsiva: cuando una fuerza estatal (policía, gendarmería) está armada y otros actores no lo están, no se trata de un intercambio de disparos, ni de una guerra: es masacre, es terror generado desde las fuerzas estatales. La frase de un efectivo policial a los vecinos que habían tomado unas parcelas de tierras fiscales en las cercanías de Puente 12 en La Matanza fue “Si no se van, habrá guerra”¹². La amenaza se cumplió: Rodolfo Orellana cayó al suelo con dos impactos de bala (Redacción Cooperativa Voces, 2018).

Los mapuches víctimas en el lugar de los acusados y viceversa. Los victimarios (representantes del Estado) como víctimas del supuesto “atentado contra la autoridad agravado por uso de armas”. Las víctimas habían denunciado que personal de Benetton salió a “cazar mapuches”, falsearon actas, mintieron declaraciones, borraron pruebas que los incriminaban en enero de 2017 en la antesala de lo que fue el crimen contra Santiago Maldonado. A una de las chicas, Ivana Huenelaf, le dijeron “india sucia, tomate tu propia sangre”, en una película de terror con secuestro, tortura, campo de concentración, etc., propia del “reino del revés”¹³. Ese reino del revés es lo autoinmune.¹⁴

Sobre lo precario

yo estaba vulnerable
porque había descubierto
que las canciones
no salvan los planetas
La Chicana, Origami

A partir de la singular modulación política y cultural que adquiere el acontecimiento del 11 de septiembre de 2001 para la vida pública de Estados Unidos, Judith Butler singulariza su analítica del poder, hasta entonces centrada en la performatividad de género, retornando así a la pregunta por lo humano. El mismo acontecimiento –decíamos páginas atrás– es el que despierta la reflexión acerca de la (auto)inmunidad en el caso de Jacques Derrida. Volver a la pregunta por lo humano¹⁵, implicó para la filósofa una postulación ontológica

¹² Redacción Cooperativa Voces (2018). “Autopsia confirmó que el militante de CTEP, Rodolfo Orellana fue fusilado por la espalda con una bala de plomo”. (23 de noviembre). Recuperado de <http://radiovoces.com.ar/autopsia-confirmo-que-el-militante-de-ctep-rodolfo-orellana-fue-asesinado-por-la-espalda-con-una-bala-de-plomo/>

¹³ Redacción La Tinta (2018) “Cazar mapuches: comienza el juicio contra Ivana Huenelaf”. (29 de octubre). Recuperado de <https://latinta.com.ar/2018/10/cazar-mapuches-juicio-ivana-huenelaf/>

¹⁴ En una pervisión autoinmune típica del gift/Gift (regalo/veneno) que demostró Jacques Derrida, la activista mapuche-tehuelche que apoya la causa de la comunidad del Pu Lof en Resistencia Cushamen en Chubut, pasó de víctima a “victimaria”, junto a cuatro comuneros, en una causa armada llena de irregularidades. “Nos quieren fuera del territorio, por eso nos judicializan, por eso nos persiguen, por eso nos amenazan. Somos territorio, no somos terroristas”, dijo Ivana (Redacción La Tinta, 2018).

¹⁵ Un desarrollo exhaustivo del problema de lo humano en Judith Butler puede hallarse en la Tesis de Docto-

que en ese momento (2010) entendió como un límite de lo argumentable, una petición de principio podríamos decir, que es la ontología sociocorporal, y cuyo desarrollo le valió el título de “giro ético” (ethical turn) al menos en la lectura de sus comentaristas. Esta expresión se la debemos a dos comentaristas de la autora –de gran interés para su exégesis, por lo demás– Samuel Chambers y Terrell Carver (2008). Lo cierto es que este modo de designar al último período ha ido extendiéndose entre quienes trabajan la obra de Butler, de un modo quizás poco reflexivo, como cada vez que se intenta agrupar la producción de una autora bajo determinadas taxonomías. Los inconvenientes pueden señalarse en lo que esa denominación deja fuera: en primer término porque la preocupación ética, por así nombrarla, puede encontrarse a lo largo de todo su pensamiento, pero además, porque esta etapa, este giro, no es exclusivamente ético. Si es cierto que puede marcarse una distancia, esta tiene que ver con una corrección de énfasis: una ampliación del espectro de discusiones políticas –a la cual subyace una concepción de la política como categoría expansible–, preocupaciones que se corren en sentido estricto de la analítica de la performatividad de género aunque sean posibilitadas por las preguntas que esa analítica abre.

Más allá de esta singularidad, lo cierto es que hay en la obra de la filósofa profundas líneas de continuidad con sus textos más clásicos –El género en disputa [1990]¹⁶(2007), Cuerpos que importan, pero sobre todo con *Deshacer el género* [2004] (2006)– en aquello que una podría reconocer como un eje que vertebra su filosofía y que es una crítica de la violencia normativa, una violencia que es y no es la violencia estatal. Cuando Butler vuelve a hablar de ontología no está sola en ese intento, esto la emparenta (aunque, antes que parentesco, quizás la conjunción correcta sea el *junto a* que sugiere la gran Eve Sedgwick¹⁷), la acerca a una tradición que viene pensando en términos de ontologías políticas posfundacionales (Marchart, 2009), en un esfuerzo por decir algo acerca de lo que hay, sin por ello reivindicar “una descripción de estructuras fundamentales del ser distintas de cualquier otra organización social o política” (Butler, 2010:15). Una variante de esta discusión no trabajada en este texto es pensar hasta qué punto esa empresa es posible.

La postulación elemental de esta ontología supone decir la vida en su precariedad. Pero, ¿qué implica decir que la vida es precaria? En primer término, implica que hay un ser, que ese ser está ya siempre fuera de sí, en radical interdependencia y alianza con otros, con

rado de Victoria Dahbar titulada *Marcos temporales de la violencia. Hacia una configuración de lo humano-inhumano*. Buenos Aires: Teseo (en prensa).

¹⁶ En todos los casos en que entendamos necesario consignar la fecha de la primera edición en lengua de origen, el dato será colocado entre corchetes, y antes de la fecha de edición en castellano que estamos citando, siempre señalada entre paréntesis. Ejemplo: Butler, [1990] (2007). Esto acusa varios motivos, entre los que se destaca la necesidad de evidenciar el tiempo transcurrido entre que un texto en otra lengua es publicado y dicho texto aparece en castellano, como un modo de ponernos a pensar en las políticas de traducción y circulación de textos e ideas, que vuelve a un texto urgente de ser leído y traducido, y qué motivos en cambio, hacen que pase desapercibido.

¹⁷ La preposición *junto a* (beside) es un intento de querer salvar el juego de opuestos que realiza Eve Kosofsky Sedgwick en ese gran texto que es *Touching feeling* [2003], cuya póstuma traducción aparece recién en 2018. Pensando en una práctica crítica que no intentara necesariamente una tarea ambiciosa de desprendimiento de ¿nuestras? categorías mejor enraizadas, como la que se deja ver en las preposiciones “más allá de”, “detrás de” o “debajo de”, Sedgwick propone la preposición *junto a*, “porque no hay nada dualista en ella” (2018:10). Tampoco depende, dice la autora, de una fantasía igualitaria ni supone unas relaciones pacíficas, “como cualquier niño o niña que haya compartido cama con un hermano sabe. *Junto a* incluye una amplia gama de deseos; de identificación, de representación, de rechazo, de establecimiento de paralelismos, de diferenciación, de rivalidades, de ser proclive a, de apoyo, de sesgo, de imitación, de separación, de atracción, de agresión, de distorsión y otras relaciones” (Sedgwick, 2018:10).

otras, siendo esos otros y esas otras no solo los animales humanos sino también los animales no humanos –y allí la pregunta por la frontera–, el entorno técnico, ambiental, material, que hace posible la vida. Esta interdependencia –dice Butler– modifica radicalmente las formas de entender al sujeto corporizado. En segundo lugar, implica que hay algunas experiencias que ponen al ser fuera de sí, que nos ponen fuera de nosotras mismas, de nosotros mismos, tanto como para discutir ese sí mismo, el relato de un sujeto soberano, siempre dueño de sí, siempre capaz de dar cuenta de sí. Esas experiencias, a la vez que ponen al sujeto fuera de sí, lo interrumpen, lo desposeen, también lo constituyen políticamente. Se trata de la experiencia del duelo, la pasión sexual y la furia política. Acerca de la experiencia del duelo, el texto por antonomasia es *Vida precaria, el poder del duelo y la violencia* [2004] (2009); y acerca de la furia política, su último libro *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea* [2015] (2017). En cuanto a la pasión sexual, no es un lugar en el que la autora se ha desplegado. Tenemos en cambio, y para nuestra fortuna, el gran texto de Beto Canseco *Eroticidades precarias. La ontología corporal de Judith Butler* (2017), que se ocupa detenidamente de la cuestión.

En esta ontología entonces que es social y es corporal pueden reconocerse al menos dos desplazamientos. Por una parte, la revisión de una concepción de la materialidad que no escinde ni puede escindir al cuerpo de las significaciones sociales e históricas que ese cuerpo asume. De modo que el duelo es siempre las formas del duelo, la política es siempre las formas de la política, y el sexo es siempre las formas del sexo. No hay una experiencia previa a ese encuadre, con lo cual se trata ya siempre de un duelo enmarcado, se trata ya de un sexo enmarcado, se trata ya de una política enmarcada. Por la otra, como corolario de esta redefinición y quizás más significativo, visitar la noción de materialidad –allí donde la autora reconoce no ser una buena materialista– provoca un desvío respecto del clásico postulado del individualismo ontológico bajo la forma, decíamos, de una crítica al sujeto soberano. Aunque no desarrollaremos estas tesis aquí de modo exhaustivo¹⁸, sí podemos pensar brevemente en sus efectos: en cuanto al primer punto, cuando Butler dice no ser una buena materialista, entiende que hay entre cuerpo y lenguaje una vinculación irreductible a la oposición, puesto que así como el lenguaje surge del cuerpo, al mismo tiempo el cuerpo es aquello sobre lo cual el lenguaje vacila, y esto último es interesante porque en *Cuerpos en alianza y la política de la calle*¹⁹, un texto publicado en castellano en 2012 y luego vuelto a trabajar en el último libro de Butler (2017), la autora está pensando en discusión con Hannah Arendt en la acción política como un fenómeno no reductible a la

¹⁸ Para ello, puede revisarse el artículo de Victoria Dahbar *Ontología socio-corporal en la filosofía de Judith Butler. Para volver a pensar la acción política*, publicado en 2017 en la revista *Isegoría*, donde se desarrollan detenidamente ambas hipótesis.

¹⁹ Para trazar brevemente la cronología de este significativo texto, *Cuerpos en alianza y la política de la calle* es, en principio, una intervención que Butler realiza en Venecia el 7 de septiembre de 2011 titulada *Bodies in Alliance and the Politics of the Street*, en el marco de la serie de conferencias *The State of Things*, organizada por la Oficina de Arte Contemporáneo de Noruega (OCA). Un año más tarde (2012), el texto fue publicado en castellano por la Revista *Transversales*, en una edición revisada y corregida por Patricia Soley-Beltrán. Finalmente, el texto cuenta con una versión de 2015 en inglés y 2017 en castellano, corregida y aumentada por Butler. Allí, la autora inscribe la reflexión en una serie de capítulos que intentan pensar performativamente la acción política bajo el título de *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea* (2017). Sus grandes interlocutores en ese libro son Theodor W. Adorno, Hannah Arendt, y, no sin dificultades, Emmanuel Levinas; estos últimos trabajados en el horizonte de una reflexión desde y hacia un pensamiento judío no sionista.

instancia paradigmática de la palabra. En cuanto al segundo desplazamiento, la discusión es con la apelación a un sujeto no en tanto que individuo sino en tanto un modelo de praxis e inteligibilidad que está generalmente sostenido en nociones de poder soberano, en la suposición de que hay un sujeto que empieza y termina con límites claros, que es capaz de dar cuenta de sí, y que actúa políticamente en virtud de esas capacidades. Spinozianamente, así como no sabemos lo que puede un cuerpo, es posible que no sepamos tampoco dónde empieza y dónde termina. La tarea crítica está sostenida entonces, en pensar las “formas que desafían la versión de uno mismo como sujeto autónomo capaz de controlarlo todo” (Butler, 2009:49). El yo fracasa, dice la autora, al querer dar cuenta de sí, puesto que no hay una historia propia que no sea, a la vez, la historia de la relación con una serie de normas que me exceden y me preceden. Ahora bien, qué implicaría discutir la soberanía del sujeto cuando tantas veces la política está articulada en términos de autonomía. Esto es claro en relación a la lucha por la legalización del aborto, un reclamo que puede articularse alrededor de demandas de igualdad, de salud pública, de derecho al placer, o bien alrededor de la reivindicación de derechos personalísimos. De allí la clásica consigna “mi cuerpo es mío”. En Marcos de guerra. Las vidas lloradas (2010), insistía Butler en que quizás la lucha por el aborto legal no debía darse en términos de autonomía sino que había que disputarle a la derecha la propia noción de vida (Butler, 2010: 33). Porque, aristotélicamente ¿qué es la vida sino una forma de vida?, ¿qué es la vida sino una vida cualificada?, ¿qué es la vida, sin unas condiciones que hagan deseable y posible la vida, o posible en tanto que deseable? Por eso María Pía López aludía a la pregunta adorniana cuando cerraba de este modo un texto de 2019 titulado Pañuelos, alianzas y agendas.

Porque inventamos mucho en las calles y en las asambleas, y lo hicimos con pañuelos verdes, nos atrevemos a decir que no son lo contrario a ningún frente, que no son la falsa ruptura de un movimiento nacional y popular, que no son una finura liberal ni una ensoñación clasemediera, sino el punto en el que se condensa una idea de vida imprescindible para combatir y fundar alternativas a la vida dañada (López, 2019).

Continuemos: ¿Qué quiere decir, entonces, que la vida sea precaria? Que nuestra vida está siempre, en cierto sentido, en manos de otro. La precariedad es una condición existencial, que ha sido formulada en distintos términos en Butler, de modo que pueden reconocerse ciertas vecindades entre el concepto de vulnerabilidad que es previo, y el de desposesión que es el que trabaja con la filósofa griega Athena Athanasiou, que es posterior (Butler y Athanasiou, 2017). Siempre que se trabaja la noción de precariedad, el hecho de que la vida sea precaria, se repara rápidamente en que la vida no es precaria para todos los sujetos por igual. Hay –dice Butler– una distribución geopolíticamente diferenciada de esa precariedad, una inducción política de esa precariedad, que la autora llamó en Marcos de guerra (2010:14) precariedad. Precariedad (precariousness) es entonces la condición compartida, y precaridad (precarity) su inducción política, la que maximiza la precariedad de unas y minimiza la de otras. Lo contrario de la precaridad en ese sentido no es la seguridad sino la lucha por la igualdad de unas condiciones que hagan posible y deseable la vida.

Quisiera insistir en la precariedad como una condición compartida incluso, pese a esa desigual distribución de la exposición al daño, pese a que ciertos sujetos puedan hacer lo imposible para tratar de negar su precariedad, su vulnerabilidad y su radical exposición

respecto a otros. No es una condición, decía Butler, de la que sea posible deshacerse a voluntad. Es posible que hayamos abandonado rápidamente la discusión sobre la precariedad para centrarnos en su inducción política, en la historización de esas precariedades, y tal vez, si nos detuviéramos más en qué significa ser precarias, quizás entenderíamos mejor lo que significa esa distribución diferencial. ¿Cómo abordar este problema? Es necesario pensar la precariedad en un sentido ético y, por ello, extramoral. No se trata de decir “somos precarias, precarios, hagamos lo imposible para no serlo”, puesto que esa radical exposición o interdependencia es tanto la que nos expone al daño como a la relación con otras, es decir, la posibilidad misma de la ética. Por eso Butler (2009) recuperaba la reflexión de Adorno en *Minima Moralia*: “Uno procura preservarse contra el carácter lesivo del otro, pero si lograrse amurallarse contra la ofensa se volvería inhumano” (2009:142). La precariedad es entonces, la promesa a la vez que la amenaza, la posibilidad de afectación que hace posible la vida con otros, y la amenaza de que la vida no pueda desplegarse sin unas condiciones que la hagan posible. Siempre estamos radicalmente expuestos a formas que nos sostienen, pero que también pueden destruirnos. Postular entonces una ontología de la precariedad, implica pensar en esa vulnerabilidad, en esa interdependencia, en tanto que condición de la ética. Implica entender que “estamos ligados entre nosotros a procesos vitales que van más allá de la forma humana; y esta no es siempre una experiencia placentera o afortunada” (2017:111), porque, como lee Butler en Levinas, la relación ética es algo que nos precede y que nos define, anterior a cualquier sentido de individualidad (2017:112). La pregunta por la precariedad es entonces, de nuevo e incansablemente, la pregunta por el vivir juntos, por la modalidad, las condiciones y los efectos de esas adyacencias, toda vez que, como señalaba Hanna Arendt casi al final de su estudio sobre la banalidad del mal (Arendt, 2003:133), no elegimos con quiénes habitar el mundo.

Palabras finales

A lo largo de este texto recorrimos la potencia de dos nociones capitales para el léxico político contemporáneo, la autoinmunidad y la precariedad, abordando el pensamiento de Jacques Derrida y de Judith Butler al respecto. Las vecindades y distancias entre ambos autorxs es un propósito que excede las pretensiones de este trabajo, pero sobre las que aquí se ofrecen algunas pistas. Lo autoinmune entonces, es posible de ser pensado como un tercer término para romper ciertos dualismos metafísicos: el borrado de la huella, la supresión de los parásitos y la inmunización contra los virus han sido siempre mecanismos fundamentales de la metafísica. Lo autoinmune aloja lo fantasmal-indecidible, desconstruye desde el interior toda seguridad de presencia, toda certeza o toda pretendida criteriología que nos asegure la justicia de una decisión, el acontecimiento mismo de una decisión. “El afuera es el adentro”, premisa deconstructiva por antonomasia donde puede leerse lo autoinmune como el tercer término que desconstruye el binarismo amigo/enemigo, salud/enfermedad, defensa/ataque. El fascismo solo se entiende si se analiza críticamente hasta sus últimas consecuencias. Y esa crítica solo es posible desbaratando el binarismo, cruzándolo diagonalmente para recorrer sus matices, su multiplicidad, sus moléculas, partículas, velocidades, intensidades, pliegues, es decir la precariedad de la vida en la que todos nos implicamos en una rogativa generalizada. Deshaciendo los este-

reotipos en que a esa multiplicidad la congeló la fuerza y el derecho hegemónicos, el poder soberano de hacer la ley. El estereotipo no es sino una condensación de fuerza y derecho. Aquella idea del exterior que sobreviene es muy cara y funcional a las derechas; de allí tanta metáfora climatológica (tormenta, sequía) para *naturalizar lo político* y tanta denuncia de politización para *desnaturalizar la génesis política* del, paradójica y paradigmáticamente, cambio climático. El quiasmo consiste en desnaturalizar lo político y en politizar lo accidental.²⁰ Si es cierto, como creía Alejandro Grimson en *Los límites de la cultura* (2011) que el éxito de cualquier posición hegemónica radica en la capacidad de instituir un lenguaje en el cual el conflicto va a desarrollarse (2011: 81), recuperar un vocabulario crítico, reinventarlo, quizás implique también defender una opacidad. La violencia de las equivalencias, el fascismo de la lengua transparente, denotativa, tal vez pueda desestabilizarse en esa permeable frontera en la que lo autoinmune y lo precario parecen estarse moviendo.

Bibliografía

- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós
- Butler, J. (2012). "Cuerpos en alianza y la política de la calle". Revista *Transversales*, 26. Recuperado de <http://www.transversales.net/t26jb.htm>
- Butler, J. (2009) *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.

²⁰ Las referencias a las tormentas, entre otros fenómenos climáticos ("sequía", "turbulencias", "tsunamis", "terremotos") comenzó a reiterarse en los discursos de Macri. Entre ellos, referenciamos, a modo de ejemplo, su Conferencia de Prensa, desde la Residencia Presidencial de Olivos, durante la que dijo: "En estos meses se desataron todas las tormentas juntas, pero no por eso vamos a perder las esperanzas; debemos madurar como sociedad y no seguir viviendo por arriba de nuestras posibilidades ni convivir más con la corrupción" (Redacción Infobae, 2018). En la misma línea y con relación al terror institucional que se generó en las escuelas argentinas a raíz de la muerte de Sandra Calamano y Rubén Rodríguez, vice y auxiliar respectivamente, de la escuela n° 49 "Nicolás Avellaneda" de Moreno. Ambos trabajadores murieron el 3 de agosto de 2018 cuando Rubén prendió una hornalla para preparar el desayuno de los niños con una instalación de gas deteriorada. El "ajuste" en "gasto social" mostró su cara más siniestra: la muerte de dos trabajadoras. Mientras los medios hegemónicos hablaban de "tragedia", de "usos políticos de la tragedia", hubo otros que relataron los hechos como "crimen social" consecuencia de la "desidia del Estado" (Seitler, E., 2018: *A un mes del crimen social de Moreno: Sandra y Rubén, presentes*, La Izquierda Diario, 4 de setiembre. Recuperado de <http://www.laizquierdadiario.com/A-un-mes-del-crimen-social-de-Moreno-Sandra-y-Ruben-presentes>).

- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. y Athanasiou, A. (2017). *Desposesión. Lo performativo en lo político*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Canseco, A. (2017). *Eroticidades precarias: La ontología corporal de Judith Butler*. Asentamiento Editora, Sexualidades Doctas: Córdoba.
- Chambers, S., Carver, T. (2008). *Judith Butler and political theory: troubling Politics*. London-New York: Routledge.
- Dahbar, M.V. (2020). *Marcos temporales de la violencia. Hacia una configuración de lo humano-inhumano*. Buenos Aires: Teseo (en prensa)
- Dahbar, M. V. (2017). "Ontología socio-corporal en la filosofía de Judith Butler. Para volver a pensar la acción política" (Dossier Fenomenología de la performatividad en Judith Butler). En *Isegoría, Revista de Filosofía Moral y Política*, Instituto de Filosofía Moral y Política, CSIC, Madrid. Enero-Junio 2017, 577-593 ISSN: 1130-2097, doi: 10.3989/isegoria.2017.056.15.
- Derrida, J. (2011) *Seminario La bestia y el soberano Volumen II (2002-2003)*. Buenos Aires: Bordes Manantial.
- Derrida, J. (2010) *Seminario La bestia y el soberano Volumen I (2001-2002)* Buenos Aires: Bordes Manantial.
- Derrida, J. (2004). "Hay que comer" o el cálculo del sujeto. (Entrevistado por Jean-Luc Nancy) *Pensamiento de los Confines*. UBA. Buenos Aires.
- Derrida, J. (1994) *Fe y Saber*. Las dos fuentes de la "religión" en los límites de la mera razón.
- Derrida, J. (2005). *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*. Madrid: Trotta.
- Derrida, J. (2001) Entrevista de Giovanna Borradori a Jacques Derrida, "Autoinmunidad: suicidios simbólicos y reales. Diálogo con Jacques Derrida". *La filosofía en épocas del terror*.
- Derrida, J: "Leer lo ilegible. Entrevista con Carmen González-Marín". *Revista de Occidente*, 62-63, 1986, pp. 160-182. Edición digital de Derrida en Castellano.
- Esposito, R. (2009). *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Barcelona: Herder.
- Esposito, R. (2006). *Bios. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: FCE.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Lorey, I. (2019). "Preserving precariousness, queering debt". *Recerca. Revista de Pensa-*

ment i Anàlisi, 24(1), pp. 155-167.

Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: FCE.

Sedgwick, E. K. (2018). *Tocar la fibra. Afecto, pedagogía, performatividad*. Madrid: Alpuerto.

Schwarzböck, S. (2016) *Los espantos. Estética y postdictadura*. Buenos Aires: Las Cuarenta y El río sin orillas.

FIGURAS DISCURSIVAS DE LA PRECARIZACIÓN NEOLIBERAL: UN ANÁLISIS SOCIOSEMIÓTICO

Fabiana Martínez²¹

Introducción

Este trabajo es una reflexión semiótica y política acerca de algunas imágenes mediáticas que circularon entre agosto y noviembre del año 2018. Aunque responden a géneros e instancias de enunciación diferentes, algo sedimenta en ellas evocando un componente particularmente violento de la hegemonía de *Cambiamos*. Las analizaremos como emergentes de una crueldad que se presenta como una huella de época y que caracteriza al retorno de las derechas en la región de Latinoamérica, con un proceso de ilimitado ajuste económico y pérdida de derechos adquiridos en anteriores períodos²². En una de ellas, mediante un posteo que cuenta con una amplia fotografía, el Ministerio de Educación elogia a Axel Antúnez, un niño misionero de 6 años que todos los días camina 3 kilómetros para ir a la escuela. El niño se ve solitario, en el centro de un paisaje nevado y deshabitado. En la segunda, un humorista conocido, Alfredo Casero, en una entrevista televisiva, denosta en una escena imaginaria a unos padres que junto a sus hijos ven arder su casa al tiempo que solo atinan a “pedir flan” (de modo insensato y a los gritos, una y otra vez...). Lo que él mismo define más tarde como una “alegoría” es una respuesta a una pregunta planteada en un programa de actualidad política (“¿de Macri qué pensás?”). La burla inmediatamente se viraliza como un acto de sincera valentía: decir lo que se piensa, sin tapujos. En la última imagen, el presidente Mauricio Macri decreta luto nacional por los 44 muertos en el submarino ARA San Juan y unas horas después asiste entusiasmado a una fiesta de Disney. En cada una, el neoliberalismo de *Cambiamos* muestra las particulares formas en que las vidas de ciertos sujetos aparecen como desechables, ya sea a través de la apología meritocrática, la metáfora denegadora o la imposibilidad y la elusión del luto público.

En conjunto, estos casos aparecen como propios de un nuevo orden del discurso habilitante de una precarización cada vez más intensa y generalizada. Enunciados que unos pocos años antes hubieran resultado inaudibles, circulan ahora con una naturalidad insopor-

²¹ Licenciada en Letras Modernas (Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba). Magister en Sociosemiótica (Centro de Estudios Avanzados, UNC) y Doctora en Letras (Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC). Titular de las Cátedras de Análisis del Discurso (Licenciatura en Comunicación Social, Universidad Nacional de Villa María) y Profesora Asociada de Semiótica y Semiótica Aplicada (Facultad de Ciencias de la Comunicación, UNC). Directora de proyectos de investigación y autora de artículos vinculados al análisis de discursos políticos y mediáticos contemporáneos.

²² Designaremos como *cruel* a toda configuración simbólica en la que no sea posible la inscripción y la cuenta del daño a otro, con la consecuente pérdida de lazos de interdependencia o solidaridad, o reacción ética frente a la vulnerabilidad y desposesión sociales.

ble. Y aunque generaron polémicas significativas²³, fueron finalmente aceptados como componentes posibles de un decible global, de un nuevo verosímil que es inseparable del tipo de gestión que se implementó a partir del 2015 en nuestro país. Lo que tienen en común estos fragmentos no es tanto una temática compartida, sino un cierto marco de lo humano que establece qué vidas se consideran como dignas y cuáles no, en un contexto de intensa crisis económica y acelerada pérdida de derechos. En cada uno de ellos, la vulnerabilidad no es configurada como una herida sino como una oportunidad o como un componente necesario para el funcionamiento general de un nuevo orden social. Esto alienta a la indiferencia, cuando no a la desrealización de ciertos sujetos, frente al daño que las políticas de *Cambiamos* provocan. Esta precarización puede ser entendida como un empeoramiento de las condiciones materiales de vida en un amplio sentido para vastos sectores de la población, y es concomitante a una nueva visión de mundo mercantilizada, patrimonialista, lúdica y pastoral que sedimentó de múltiples maneras, alentada por el maccrismo. En cierta forma, estos marcos implican también formas de subjetivación específicas y propias de un capitalismo contemporáneo. Este ensayo es acerca de la dominancia de estos enunciados, entendida como la trama simbólica constitutiva en la que asume su forma un neoliberalismo cada vez más cruel en nuestro país, en las formas particulares en que se dio durante los cuatro años de gestión del PRO y su alianza.

Hemos organizado este artículo en tres partes. En primer lugar, presentamos los fundamentos teóricos de este análisis. En el segundo ítem, nos explayamos en la matriz más amplia del discurso de *Cambiamos* que operó como condición de posibilidad de la circulación de estas imágenes. Finalmente, analizamos cada caso en particular. Para el análisis, recurriremos tanto a herramientas semióticas que permiten dar cuenta de este conjunto de tópicos como al aporte de filósofos que han reflexionado acerca del poder, la “vida precaria” y el neoliberalismo (Butler, Lorey).

Discurso y precarización

Este análisis parte de una perspectiva sociosemiótica, y en particular de las teorías de la hegemonía o de la producción social del sentido, tal como han sido formuladas por Eliseo Verón y Marc Angenot en las décadas del 80 y 90. Desde esta base recurrimos a nociones vinculadas al posfundamento para dar cuenta del vínculo entre los discursos y sus singulares contextos²⁴. Estas teorías comparten con la sociosemiótica una cantidad importante de postulados, como la disolución de las fronteras entre acontecimiento y discurso, la

²³ Por ejemplo, el posteo del Ministerio de Educación generó una polémica inmediata en la red y fue dado de baja rápidamente; los dichos de Casero fueron desaprobados y el humorista vio seriamente resentidas sus presentaciones teatrales; también el desinterés de Macri por el duelo oficial fue severamente criticado por la mayoría de los medios de comunicación. En términos de Angenot, estos enunciados circulan, pero a la vez desafían los límites de lo decible, tensionándolos y activando mecanismos simbólicos de sanción y reprobación (1989). Sin embargo, finalmente funcionan con una eficacia parcial, y lo hacen beneficiados por las reglas de una dominancia de época, que, por supuesto, no cuenta con un consenso universal.

²⁴ Designamos con esta nomenclatura a un conjunto de autores postmetafísicos, o del giro lingüístico: Foucault, Mouffe, Laclau, Derrida, Butler, Žižek, Rancière, Berlant, etc. Por un lado, las miradas posfundamento están ligadas a cierta categorización del discurso, al postular que la estructuración de todo orden social se realiza necesariamente en un horizonte significante.

reformulación de la categoría de sujeto, la renuncia a toda lectura intencional de los fenómenos, la contingencia del sentido y su carácter precario y procesual, la materialidad del discurso y su particular estatuto de autonomía, etc. En cierta forma, se trata de perspectivas teóricas estructuradas en torno a una noción constructorista y performativa de “discurso”, en las cuales esta categoría se presenta como una dimensión material en sí misma y a la vez un horizonte de emergencia de lo social. No es posible aquí argumentar en profundidad estas afinidades, pero sí queremos señalar que la incorporación de ciertas nociones (como en este caso *precarización*) constituye un aporte a una lectura semiótica al habilitar el reconocimiento de escenarios contemporáneos singulares, en los cuales el poder adquiere ciertas modalidades históricamente determinadas. Así, asumimos una matriz semiótica pero de contornos difusos, que admite interacciones constantes con filósofos y politólogos contemporáneos, dando nombre a ciertos procesos que exceden a la mera materialidad significativa. En cierta forma, se trata de apostar a un tipo de análisis textual que no se resigne a una lectura inmanente de los sentidos postulados o a una fantasía de la (auto)performatividad del lenguaje, según la cual meramente el discurso crea lo que nombra o simplemente dice lo que dice. Numerosos estudios actuales sobre “discursividades políticas” presentan este carácter, que pretendemos evitar.

Así, debemos teorizar sobre el vínculo entre estos sentidos y sus condiciones de posibilidad, comprender una cierta contingencia y el carácter siempre precario de verosimilitud o articulación. Los lazos entre el discurso y la historia son complejos, y no pueden analizarse como puras traducciones o acciones de legitimación o manipulación. Estas lecturas son ajenas a una concepción (compleja) acerca del funcionamiento del sentido social, que no aparece como lineal ni homogéneo ni transparente en relación a la posición de un actor social. En nuestro caso, por ejemplo, afirmamos que la violencia del neoliberalismo actual no puede ser completamente explicada a partir de herramientas meramente semióticas. Requiere de alguna teorización capaz de describir los singulares modos bio y necropolíticos del poder hoy, y sus formas (globales y regionales) de gubernamentalidad por medio de procesos de sujeción-subjetivación. Sin dudas, esto a su vez establece vinculaciones con un capitalismo global, financiero y necropolítico, que cuenta como componente central la producción de subjetividades y formas inéditas de reparto de lo sensible.

A la vez, no por esto descuidamos la dimensión significativa en un sentido más empírico: esta es la apuesta específica de un estudio semiótico. Analizamos sentidos atestados, es decir, efectivamente producidos en un determinado estado del discurso social²⁵. Es evidente que *Cambiamos*, en tanto identidad política, presenta tópicos, regularidades, determinados dispositivos de enunciación e invariantes semiológicas que pueden ser relevadas. Aún en su rareza, una formación discursiva exhibe sus regularidades, su diferencia singular, sus particulares mecanismos de inteligibilidad.

Como ya hemos dicho, en términos teóricos, asumimos una perspectiva constructorista, en la que discurso y acontecimiento resultan dimensiones indiscernibles. Sus relaciones no son ni de representación (un exterior que se imprime sin más en el orden simbólico, como correspondencia transparente) ni de causalidad directa (el exterior es una mera con-

²⁵ Sentidos que postulan configuraciones enunciativas, semánticas, narrativas, argumentativas, retóricas, etc.

secuencia de un cierto sentido impuesto que lo legitima). Como señala Foucault, se trata de analizar el discurso sin referirlo al “fondo de las cosas”: “Sustituir el tesoro enigmático de las cosas previas al discurso, por la formación regular de los objetos que solo en él se dibujan” (2002: 78). Un campo de enunciados o una “formación discursiva” ofrece una superficie en la cual se configuran objetos y sujetos, exhibiendo cierta autonomía relativa a la vez que es resultado de ciertas condiciones de posibilidad que una arqueología puede describir: “Pero de lo que aquí se trata no es de neutralizar el discurso, de hacerlo signo de otra cosa y de atravesar su espesor para alcanzar lo que permanece silenciosamente más allá de él; sino por el contrario, mantenerlo en su consistencia, hacerlo surgir en la complejidad que le es propia. En una palabra, se quiere, totalmente, prescindir de las cosas” (2002: 78). De allí, un principio de “exterioridad” que caracteriza a este análisis semiótico: el campo de los enunciados no es la traducción de operaciones o procesos que se desarrollan en otro lugar, sino que se da como un domino práctico que es autónomo, pero a la vez dependiente de un haz complejo de relaciones que lo hacen posible y “que se puede describir a su propio nivel” (2002: 207). Este juego de exterioridad hace referencia al archivo de una época, no importa quién habla, no hay cogito, sino dominios enunciativos como sistematicidades discontinuas.

Partimos de la noción de un referente siempre ausente (en el sentido de Foucault) y de una contingencia que coloca al sentido en el orden de una retroactividad nominal constante y performativa. En cierta forma, el análisis no es externo ni interno, sino que da cuenta de ciertas regularidades que en la diversidad configuran nuevas grillas de inteligibilidad de escenarios contemporáneos. No tiene tampoco vinculaciones con la *verdad*: funciona, en todo caso, en un *régimen de verdad* históricamente definido. Es decir, una formación discursiva se ofrece como un mecanismo significante de la misma acción a la que refiere (Verón) o como una gnoseología-ideología, es decir, una manera de conocer el mundo (Angenot). Entonces, no aludiremos en nuestro análisis a operaciones de engaño, manipulación o demagogia (todas categorías que finalmente entienden a la verdad como correspondencia con una *realidad* independiente del signo) que habrían hecho posible que el PRO llegara y se sostuviera en el poder. Vinculamos al discurso más bien con unas operaciones de producción (de subjetividades y de articulación de una hegemonía), relevando tópicos que se instituyen como normas, posiciones de sujeto, nuevos imperativos morales, etc. Consideraremos cómo es que este régimen de enunciados establece un cierto marco de lo humano que ha sido sistemáticamente sedimentado en contextos de gestión neoliberal, y que ha propuesto, eficazmente, nuevos sentidos acerca del orden social y las subjetividades.

La perspectiva de Butler es afín a este paradigma. A lo largo de su obra, la relación discurso-poder alude a una “prioridad del significante” según la cual el lenguaje no describe ningún contenido dado, ni un elemento correlativo objetivo, sino que instituye y mantiene los fenómenos sociales a los que parece referirse. En este sentido, un significante adquiere su eficacia, su poder de definir el campo, al crear y sostener su distrito: “El poder de los términos *mujeres* o *democracia* no deriva de su capacidad para describir adecuadamente o de manera completa una realidad que ya existe, por el contrario, el significante político llega a ser políticamente eficaz al instituir y sostener una serie de conexiones con una

realidad" (2002: 295)²⁶. Así, cualquier término es performativo más que representacional²⁷. No hay una referencialidad ni una objetividad social como sedimento del sentido: "El significante no refiere a una identidad dada previamente o ya constituida, un referente puro o un conjunto esencial de datos que existen antes del significante de identidad" (2002: 296). Por esta falta de fundamento o "cosa en sí" existente y previa al signo, existe un carácter incompleto de toda formulación, que no debe ser entendido como una carencia o un desvío, sino, justamente, como la posibilidad de rearticulaciones futuras y de la emergencia de nuevas conexiones²⁸.

En nuestro análisis ocupan un lugar central las nociones de discurso y *precarización*. Ambas constituyen un nudo central del neoliberalismo en el que poder, cuerpo y violencia quedan intrincados. Este proceso es de consecuencias subjetivantes y significantes y no es independiente del conjunto de mecanismos que le dan sentido. A partir de Butler, nos preguntamos qué formas simbólicas se ofrecen como mecanismos significantes de este proceso durante los años de la gestión de *Cambiemos*, formas capaces de impedir la constitución de una demanda o de una afectividad política que dé lugar al escándalo o la resistencia.

La noción de precarización es, en numerosas ocasiones, vinculada con la desigualdad económica y política en contextos neoliberales actuales, la vulnerabilidad y la existencia creciente de grupos sociales que pierden condiciones infraestructurales mínimas. Se trata de un concepto crítico respecto a la escena contemporánea y global, constituida por comunidades democráticas cada vez más excluyentes. A su vez, entendemos al neoliberalismo como algo más complejo que un ordenamiento económico. En términos de Laval y Dardot, se trata de una "nueva racionalidad" que ha implicado numerosos cambios culturales o, según Foucault, es una nueva forma de gubernamentalidad y biopoder aplicado a las poblaciones. Diversos autores han señalado su carácter global pero a la vez inconsistente, asistemático e impuro (Hall, 2016; Brown, 2016). Pese a esta heterogeneidad, algo se reitera en esta nueva "razón gubernamental": la precarización de amplios sectores de la sociedad, a partir de una conjunción de la destrucción de las políticas sociales, la promoción de la economía financiera, la enorme transferencia de recursos realizada en corto plazo a grandes corporaciones, el endeudamiento a escalas inauditas y la represión a movilizaciones sociales. En todos los casos, el neoliberalismo construye como su enemigo al Estado de bienestar, y como amenazantes a ciertos grupos a partir de nuevas definiciones

²⁶ Según Butler, performatividad es el término que permite comprender al discurso como una modalidad específica del poder: "El poder que tiene el discurso para materializar sus efectos es pues consonante con el poder que tiene para circunscribir la esfera de inteligibilidad". El discurso puede ser entendido como un conjunto de cadenas complejas y convergentes, cadenas de iteración, en una historicidad que sedimenta normativamente y que es capaz de dar al discurso su capacidad "de hacer realidad lo que nombra" (2002: 267).

²⁷ Un vínculo no referencial entre las *palabras* y las *cosas* atraviesa la mayor parte de las teorías sociosemióticas, aunque a partir de diferentes conceptualizaciones: Peirce, Barthes, Voloshinov, Verón, Angenot, etc.

²⁸ El esencialismo, por el contrario, es un esfuerzo por excluir la posibilidad de un cambio futuro para el significante. Como señala Voloshinov: el poder trata de establecer siempre la inmutabilidad del enunciado, fijarlo en su vínculo con una significación ideológica, eliminar su potencial multiacentuación. En cambio, más cercana a una semiosis infinita que sedimenta temporalmente y en la cual un elemento siempre puede ser resignificado, Butler afirma que la "inestabilidad de toda fijación discursiva es la promesa de un futuro teleológicamente ilimitado para el significante político. En este sentido, la incapacidad de cualquier formación ideológica de establecerse como algo necesario es parte de su promesa democrática, el *fundamento* sin fundamento del significante político como sitio de rearticulación" (2002: 277).

de “seguridad” y “soberanía”. Su enemigo es el “populismo”, y todas las formas del *pueblo* o del común, frente al que desarrolla retóricas del odio²⁹.

La distinción analítica precariedad/precaridad³⁰ fue propuesta por Judith Butler en relación a contextos de guerra, y más tarde vinculada al neoliberalismo en distintos países³¹. Esta autora distingue teóricamente estas dos dimensiones: una ontológica y constitutiva de lo humano, y otra dimensión de carácter más histórico, que alude a una distribución diferencial de esta vulnerabilidad en una cierta geografía política. La primera dimensión es inevitable, ya que lo humano no aparece como dado sino como construido políticamente, implica siempre una dependencia respecto a otros. Una dimensión social y pública del cuerpo es constitutiva de toda vida, y es por estos mismos lazos de dependencia con otros que cada uno de nosotros puede encontrar *dañabilidad*: “la pérdida y la vulnerabilidad parecen ser la consecuencia de nuestros cuerpos socialmente constituidos, sujetos a otros, amenazados por la pérdida, expuestos a otros y susceptibles de violencia a causa de esta exposición” (Butler, 2006: 46)³². Se trata de una condición común e incluso inevitable de la existencia humana, que precede a la formación del *yo*. No es posible considerar a un cuerpo ya “como si de entrada estuviera allí, un ego tácito desde el principio de lucidez”, meramente individual y autosuficiente (Butler, 2006: 53). Por el contrario, nos encontramos con seres que por definición dependen físicamente unos de otros. La vulnerabilidad que encuentran ciertas vidas se explica en el marco de una ontología social del cuerpo que pone en primer plano los lazos de interdependencia con otros para la pervivencia. Butler critica así, como toda teoría posfundamento, la noción (liberal) de un sujeto discreto o autocentrado. No hay un *yo* pleno inicial, sino un *devenir sujeto*, un *devenir humano*, en un proceso que implica al otro, al lenguaje, al cuerpo y –por supuesto– al poder y la gubernamentalidad.

En la constitución del sujeto, la materialización del cuerpo ocupa un lugar central. Para subsistir materialmente, el sujeto desde su nacimiento requiere de una red de manos. Existe una dependencia del otro, a partir de una condición de despojo inicial, de necesidades corporales y antes de cualquier proceso de individuación. El cuerpo es éxtimo, ostenta una sociabilidad fundamental “por los modos por los que estamos desde un principio, y en virtud de ser seres corporales, entregados a otros, más allá de nosotros mismos, implicados

²⁹ Barros, M. y Quintana, M. M. (2018) demuestran cómo en el macrismo opera una matriz discursiva de amor/odio que sustenta una lógica excluyente, construyendo fronteras entre un nosotros idealizado y un conjunto de figuras del *pueblo* abyectas y amenazantes.

³⁰ Butler misma propone los términos: “La concepción de la precariedad, más o menos existencial, aparece así vinculada a una noción más específicamente política de precaridad” (2010: 16). Lorey (2016) y Dahbar (2017) reflexionan acerca de este par conceptual definido en *Marcos de guerra: precariousness* como precariedad (condición ontológica) y *precarity* como precaridad (distribución geopolítica diferencial).

³¹ En *Desposesión. Lo performativo en la política* (Butler y Athanasiou, 2017) se analiza la crisis griega como una instancia gubernamental neoliberal que en nombre de la “emergencia económica” estructura la condición de “convertirse en precario”.

³² Ya en obras anteriores, y a partir de una relectura de la categoría de “interpelación subjetivante” de Althusser, Butler señala cómo toda identidad es siempre relacional y vinculada a una alteridad: “Ser el destinatario de una alocución lingüística no es meramente ser reconocido por lo que uno es, sino más bien que se le conceda a uno el término por el cual el reconocimiento de su existencia se vuelve posible. Se llega a *existir* en virtud de esta dependencia fundamental de la llamada del *otro*” (Butler, 1997: 22). La referencia a un *otro* fantasmático respecto a la propia identidad, ya herida desde su constitución, es desarrollada fundamentalmente en *Lenguaje, poder e identidad* (1997).

en vidas que no son las nuestras” (Butler, 2006: 54). Así, presenta “una dimensión invariablemente pública. Constituido en la esfera pública como un fenómeno social, mi cuerpo es y no es mío. Entregado desde el primer comienzo al mundo de los otros el cuerpo lleva sus huellas, está formado en el crisol de la vida social” (Butler, 2010: 52). Esto pone en primer plano el lazo social y el *otro* constitutivo del *yo*, lazos que asumen la forma no solo de una dependencia fundamental sino también de una responsabilidad ética frente a la existencia del *otro*³³. Hay un “modo de ser para otro o a causa del otro” (Butler, 2010: 50).

A partir de esta categoría, existe una segunda definición, la precaridad: en ciertas condiciones sociales y política esta dañabilidad se exagera, se presenta como una distribución geopolítica de la violencia. Hay formas radicalmente desiguales de la distribución de la enfermedad, la agresión y la muerte (Butler, 2004: 56). La vulnerabilidad no aparece solo entonces como resultado de una mera acción externa o del azar, sino porque un poder soberano traza límites en relación a la reconocibilidad de lo humano y entonces “ciertas vidas no califican como vidas” (Butler, 2010: 13). Es decir, ciertos daños son realizables, justamente, porque las vidas a las que afecta han sido antes categorizadas como de menor valor, o como *vidas precarias*. El discurso opera en este caso performativamente, estableciendo cómo unos cuerpos se protegen más que otros, y marcando fronteras entre unas vidas altamente protegidas y otras que ven afectadas sus condiciones materiales (en términos de pérdida o desposesión de hábitat, trabajo, salud, educación, etc).

Como señala esta autora, no hay una condición humana universalmente compartida, ni todos estamos, solo por el hecho de haber nacido, considerados como partes de la humanidad, como sostienen el discurso liberal y el humanismo filosófico. Lo que hay son “marcos culturales” que definen “qué es lo que cuenta como humano, las vidas que cuentan como humano, las vidas que cuentan como vidas y, finalmente, lo que hace que una vida valga la pena” (2004: 56). Su pregunta en este caso es: si ciertas vidas caen fuera de lo humano tal como ha sido naturalizado, ¿cuáles son los marcos culturales que están funcionando?, ¿qué es real y qué es irreal (en términos de un daño o una violencia inflingida)?, ¿cómo un cierto régimen permite reconocer (o no) una situación como un daño o una pérdida?

Butler nos advierte acerca de la necesidad de no simplificar los lazos entre violencia y discurso. No es que simplemente la acción implementa lo que ya está funcionando en el discurso, sino que surge en los límites de la vida discursiva, establecidos por medio de prohibiciones y representaciones: “Lo que está funcionando aquí es menos un discurso deshumanizante que un rechazo del discurso cuyo resultado es la deshumanización” (2006: 61). Debemos interrogarnos acerca de las condiciones discursivas a partir de las cuales se establece y se mantiene la vida que vale la pena, e identificar qué operaciones de sentido alimentan ciertas lógicas de exclusión, borramiento y nominación³⁴.

³³ En *Desposesión: lo performativo en lo político* esta noción toma la forma de una “ética de la cohabitación”. Existe un valor normativo derivado del carácter no elegido de la cohabitación “en la tierra”: no podemos elegir con quién compartir la tierra, es decir, “tenemos la obligación de preservar la vida de los otros tengamos o no un acuerdo de contrato para preservar esas vidas” (Butler y Athanasiou, 2017: 152).

³⁴ En nuestro caso en particular, la desigualdad y la vulnerabilidad no encuentran cómo ser nombradas en el estado actual del discurso social en función de una dominancia de valores meritocráticos y axiologías propuestas por un cierto realismo político.

Ya en *Vidas precarias* encontramos precisiones analíticas significativas en torno a un par conceptual: precariedad como condición existencial y precaridad como asignación diferencial del daño. “Precariedad” es la condición de nuestra exposición a los otros. Se reconoce como tal una ontología del cuerpo, siempre entregado a otros, interdependiente, dañable, una condición inevitable que hace posible la vida misma. En cambio, “precaridad” es una noción histórica, y remite a la asignación desigual de condiciones que hacen posible una vida digna de vivir. Hace referencia a la precarización inducida en ciertos contextos como resultado de un ejercicio del poder: “la precaridad es distribuida diferencialmente y, por lo tanto, es una dimensión importante de la asignación desigual de las condiciones que se requieren para una vida digna de vivir” (Butler, 2011a: 24). En este sentido, su singularidad aparece como una operación de poder, es decir, se vincula a técnicas y modalidades de gubernamentalidad que se dan en condiciones históricas específicas.

Es Lorey quien retoma estas distinciones para pensar la “precarización” como una forma de gubernamentalidad típicamente neoliberal: no es una condición pasajera o episódica sino “una nueva forma de regulación que caracteriza nuestra época histórica” (2016: 13). No constituye una excepción sino que es la regla: la función de lo precario se desplaza al centro y es normalizada; toda la comunidad queda expuesta a procesos de pérdida y vulnerabilidad. Aparece como un régimen de regulación de subjetividades: “Es un modo hegemónico de ser gobernados y de gobernarnos a nosotros mismos” (Lorey, 2016: 13). El gobierno neoliberal procede sobre todo mediante la regulación del mínimo de protección social, que corresponde al mismo tiempo a una incertidumbre creciente. Este máximo de inseguridad es correlativo a la demolición de los derechos y a un posible mínimo umbral de gobernabilidad. Así, “el dominio en las sociedades posfordistas ya no se legitima a partir de la seguridad social, sino que es un gobierno basado en la inseguridad, lo precario y lo inmune” (Lorey, 2016: 26)³⁵.

Para Lorey, en la gestión neoliberal hay una tentativa de protección de algunos, en el contexto de “un reparto diferencial de la precaridad entre todos aquellos que son considerados diferentes y menos merecedores de protección” (2016: 35). Así, se pone en juego la independencia de los muchos y la sociedad como un todo. Ambas autoras nos permiten nombrar al neoliberalismo como uno de los principales procesos de precarización en el mundo contemporáneo. Y nuestras imágenes constituyen, justamente, formas simbólicas que habilitan un *devenir precario* de algunos.

Contextos discursivos

Como veremos, las imágenes que analizamos constituyen una trama simbólica que habilitó el daño social y la privación y pérdida de vidas, significándolos como *otra cosa*, opera-

³⁵ Como contracara de la inseguridad, la precarización incluye procesos de alterificación que proyectan diferentes colectivos una condición amenazante. En nuestro país, y como han señalado Barros y Quintana, el discurso de *Cambiamos* “se dirige hacia una multiplicidad de otros, de figuras amenazantes que al ser caracterizadas como instigadoras de daños también resultan (auto)merecedoras de violencia”, las figuras del odio se dirigen a indios, negros, ladrones, pobres, inmigrantes, aborteras, etc. (2018). En este mismo libro, estos procesos de alterificación, que implican también violencia social y simbólica, son estudiados por Pablo Sánchez Ceci y Alejandro Milotich.

ción que *Cambiamos* sostuvo constantemente a lo largo de su gestión, mostrando así nuevas dimensiones de la violencia neoliberal. A su vez, funcionan relacionadas a un marco de sentidos más amplio, al que contribuyen a consolidar. La alianza *Cambiamos* hegemonizó el campo político del año 2015 al estructurar eficazmente una nueva grilla de inteligibilidad. Articuló tópicos y demandas que estaban disponibles y funcionó como un exterior antagonico en relación al kirchnerismo. Como hemos señalado ya en otros trabajos, durante la segunda presidencia de Cristina Fernández múltiples demandas insatisfechas tomaron fuerza. Así, en la elección del año 2015 obtuvo la victoria en las elecciones nacionales una alianza constituida por PRO, la UCR y la Coalición Cívica, imponiéndose por dos puntos el candidato Mauricio Macri (*Cambiamos*) frente a Daniel Scioli (*Frente para la Victoria*). Esta identidad generó un particular dispositivo de enunciación al presentarse como un colectivo que garantizaba nuevas formas de hacer política, mientras construyó como adversarios a todos los gobiernos de “los últimos 30 años de democracia”, por sus formatos anacrónicos y ya inviables en el mundo actual. En la campaña legislativa del año 2013, Macri afirmó: “Acá lo que hace falta es otra forma de hacer política, los valores con los que hacemos política, y para eso hay que cambiar un parte importante de la gente con la cual vamos a hacer y gobernar. Yo respeto mucho a todos aquellos que han gobernado estos últimos 30 años... creemos que llegó la hora de apostar a algo distinto”³⁶. Estas oposiciones venían sedimentando desde la crisis del año 2001, en la que se reactivaron retóricas antipolíticas y antipopulistas. Y ya para el año 2013 están consolidadas como núcleo de esta identidad. Como señala uno de los textos programáticos de la Coalición³⁷ existe una frontera entre “vieja” y “nueva” política y entre “políticos” y “ciudadanos”. En el primer caso, se considera que las falsas opciones izquierda/derecha o peronismo/antiperonismo han perdido su contacto con la realidad, fracasando por impericia o mala fe. Las identidades políticas clásicas equivalen a fanatismo que genera odio, enfrentamiento, corrupción del sentido común y de la razonabilidad de las personas, son viejas y cerradas doctrinas o relatos compuestos por definiciones dogmáticas y fanáticas. Los partidos se definen metafóricamente como “elefantes blancos”, “estructuras obsoletas” y anquilosadas o como “tradiciones que ya no resuelven los problemas del presente”. El momento actual (caracterizado por la caída del comunismo y el fin de la guerra fría) exige nuevas formas que ya no se vinculan con las estructuras partidarias sino con la “condición moral” de ciudadanos no militantes. En síntesis, las formas institucionales de la democracia moderna deben ser sustituidas por otras, más flexibles y lúdicas, pero por sobre todas las cosas, menos militantes. Son, fundamentalmente, un obstáculo en los tiempos actuales.

Este diagnóstico deja en una posición dicotómica a “todos los partidos que gobernaron en los últimos 30 años” frente a una posición que augura un nuevo momento de la democracia argentina. Tenemos aquí una configuración fundacional. Ya no se necesita para gobernar una identificación ideológica o partidaria sino cualidades casi psicológicas: la crisis requiere de “personas solidarias, abiertas, dinámicas, integradoras, justas, seguras

³⁶ Octubre 2013, EcoMultimedios, Tandil. En el mismo sentido: “Creemos en la necesidad de un cambio, 30 años son muchos años, 30 años gobernados por los mismos, uno siente que hace falta armar algo nuevo, conductas nuevas, valores nuevos” (Macri, La Pampa, 18/10/13).

³⁷ “Documento PRO”, mayo 2013, de Gabriela Michetti, Federico Pinedo, Alejandro Rozitchner, Francisco Cabrera, Miguen Braun, Ivan Petrella, Federico Suárez. “Via Pro. Una aproximación a lo que somos”, septiembre 2014, Mauricio Devoto, con colaboración de Pablo Avelluto, Martín Casares, Pablo Fraga, Josefina Martínez.

y felices, capaces de trabajar, lograr consensos, ofrecer conocimientos específicos, voluntad de cambio y de ruptura”, caracterizadas –por sobre todas las cosas– por “la pasión por hacer cosas”. El CEO aparecerá, unos años más tarde, como la perfecta encarnación de estas virtudes.

Frente a este balance, el principal componente programático es “desplazar el centro de la política de partidos, burocracias y elefantes blancos” hacia los “vecinos”, sus necesidades, realidades y desarrollo, y en sus posibilidades de “vivir mejor”. El “llamado a la política” vinculado a un modelo de llegada desde el exterior que aparece encarnado por el propio Macri (en su ethos más empresarial que militante) es constante a lo largo de los años y también en la campaña del 2013: “el futuro es demasiado importante para todos nosotros como para decir *yo de esto no me ocupo, que se ocupen otros que están en política*, pero si estos tipos que están en política hacen las cosas mal, nos va mal a todos. Entonces, hay que meterse en política...Decir *quiero y hago*, y propongo y le digo a la gente, metámonos todos, sí, porque se puede”³⁸. La “vía pro” no es un partido, no es una ideología, no admite como referencias ni la derecha ni la izquierda: es una *nueva forma de hacer política* contrastante con el hacer corrupto y anacrónico (es decir: kirchnerista).

El documento finaliza con una serie de promesas no vinculadas ni a lo económico ni a lo social sino al “bienestar personal”: la “felicidad en las cosas simples”, el resolver “cosas de todos los días”, “encontrarle un sentido a la vida”, “que todas las personas...puedan vivir mejor”, volver a las “ganas de vivir, de trabajar, de soñar”. Esto permite la sustitución de componentes programáticos políticos y sociales por promesas pathémicas orientadas al bienestar individual (*felicidad, soñar juntos*, etc.). El significante *cambio* interpeló fundamentalmente a estos sectores forjados en el escepticismo hacia las estructuras partidarias o cuyas demandas quedaron excluidas del kirchnerismo. La promesa fue el desplazamiento desde las instituciones propias de la democracia moderna hacia el sujeto narcicista, hedonista y patrimonialista como eje principal del hacer político. En esta configuración, el representante-gestor aparece como garante de una oferta de servicios eficientes y el destinatario es un sujeto patrimonialista, preocupado por cuestiones cercanas a su vida cotidiana (el barrio, las calles, la seguridad, la ecología). Esta matriz de sentidos se mantuvo intacta durante los años de gestión de la alianza y estructuró los discursos de sus funcionarios y de sus adherentes. Fue capaz de establecer así una densa frontera temporal³⁹ a partir de la cual todas las identidades partidarias fueron rechazadas, mientras que la coalición se presentó como una nueva forma de hacer gestión, y como la única capaz de resolver eficazmente los problemas de la “gente” y el “vecino”⁴⁰. En esta grilla,

³⁸ Entrevista en Tandil, EcoMultimedios, 4/10/13.

³⁹ Como se afirma en Documento PRO (2013): “El eje de toda la visión ordenadora pasa por la idea de que el quiebre es temporal, no es derecha-izquierda, estatal-privatizador, ideología-gestión, mentira-honestidad. Es pasado-futuro”. Como señala Angenot, es posible afirmar que una frontera temporal implica un conjunto sistemático y sedimentado de parejas axiológicas que se reiteran en los discursos: vieja/nueva política, ineficaz/eficaz, corrupción/honestidad, dogmas/soluciones, engaño/sinceridad, autoritarismo/participación, caos/normalidad, militancia/profesionalidad, etc. Y ese pasado debe ser exterminado para la institución de un nuevo orden.

⁴⁰ Las entidades destinatarias que habitan el discurso de *Cambiamos* tienen como base una extrema individualización del vínculo entre el líder y sus seguidores, en sus discursos no llegan a constituirse entidades colectivas (*pueblo, sociedad*, etc.) sino que predominan estas referencias a “personas”, o en todo caso, a colectivos configurados por sumatorias de “individuos”, pero que no mantienen entre sí ningún lazo de so-

litigio e igualdad son componentes que quedan fuera del orden de lo decible, mientras que numerosas metáforas del ajuste económico e institucional se construyen como ejes de un necesario nuevo orden, frente a un pasado imposible⁴¹.

Esta formación discursiva no promete un bienestar comunitario sino la realización de cada propio sueño individual, como puede verse en numerosos tramos de la campaña preelectoral del 2015⁴², a partir de la capacidad individual de autorealización. Esto encarna, como hemos visto, una norma meritocrática que constituye algo así como el nuevo nombre eufórico de la desigualdad social, que interpela a un individuo independiente y autodeterminado excusando al Estado de la intervención en estos contextos (Martínez, 2016). La autonomía individual, el ethos emprendedor entendido también como una condición aventurera y disfrutable, fueron promovidos como valores en diversos discursos, a la vez que se tematizó como inconveniente toda intervención del Estado.

En conjunto, esta discursividad apuntó a desintegrar los sentidos de las instituciones políticas y las instancias colectivas y de movilización, tanto como al lenguaje de los derechos que había caracterizado al kirchnerismo, sustituyendo las entidades imaginarias propias de la discursividad política moderna por valoraciones pathémicas individualizantes. Esto no implicó una “pérdida de sentidos” o un vacío de la política, sino una resignificación de los vínculos en clave individualizantes, patrimonialista, no litigante, antipopulista y profundamente precarizante.

lidad, demanda compartida ni equivalencia. Consideramos que este ha sido un rasgo estructurante de este nuevo discurso neoliberal, que remite a las lógicas de un poder pastoral (opuesto en este punto a las modalidades de los discursos populistas) y en el que es imposible, por lo tanto, la constitución de un pueblo, en la medida en que no hay cuenta de daño, ni demanda equivalencial, ni designación metafórica. Lo universal se desdibuja, no hay alteridad ni registro simbólico de la interdependencia.

⁴¹ En este punto, recuperamos a Oscar Landi, quien fue el primero en marcar la relación del discurso de Alfonsín con lo que definió como el “pasado imposible” de la dictadura. Quisiéramos retomarlo literalmente, pues uno de los tópicos (vinculados a la precarización) que acompañaron el discurso del ajuste económico en *Cambiamos* es que aquella distribución que había alentado el consumo y los derechos durante el pasado kirchnerista había sido no solo un error, sino una ficción, un engaño, un tipo de orden imposible de sostener (y aún, de concebir). En ocasiones, no solo es configurado como negativo (*la pesada herencia*) sino incluso como un pasado que nunca existió. Esto también es la base de un nuevo “realismo político” que establece límites acerca de qué es posible desear hacia el futuro, qué es posible demandar comunitariamente. En el año 2016 (27/05) el expresidente del Banco Central y economista de *Cambiamos*, Javier González Fraga, hizo estas declaraciones: “Le hiciste creer a un empleado medio que su sueldo medio servía para comprar celulares, plasmas, autos, motos es irse al exterior. Eso fue una ilusión, no era normal, no era sostenible...”. Frente a eso, hay que “sincerar” la economía en un “proyecto más largo volviendo a ser un país productivo” (Infobae, 27/05/16). Unos días después, la vicepresidenta Gabriela Michetti retomó estas afirmaciones: “Les hicieron creer que podían vivir de esa forma. Salís de la fantasía de una mentira importante y muy grande, de haberle dicho a la gente que podía vivir de esta forma eternamente” (Ambito.com, 30/05/16). Acceder a ciertos bienes aparece como una fantasía errónea, inoportuna y execrable: exactamente esta es la estructura de la anécdota de Casero. Mentiras de la distribución contra la verdad del “ajuste”: quien se atreva a pedir otra cosa está fuera del orden del discurso. Así, el proceso de empobrecimiento de vastos sectores de la población por la transferencia de recursos a los oligopolios debe ser entendido prescriptivamente como un acto de corrección en relación al pasado y hacia el único orden posible y verdadero. Estos elogios a la pérdida y a la carencia, esta apología del sacrificio y la desposesión, establecen relaciones de interlegibilidad con los discursos que conforman nuestro corpus, es decir, con imágenes de crueldad. ¿Por qué demandar algo cuando tu casa se incendia?, ¿por qué no incorporar a nuestro mundo ideológico al niño-héroe que camina kilómetros en vez de exigir que la escuela esté a su alcance?

⁴² Lo que se concreta en interpelaciones directas del líder a cada seguidor: como es el caso del tramo de campaña electoral en redes “Mauricio y vos” (2015), en el que a través de sucesivas visitas el candidato conversa con distintos vecinos acerca de sus particulares aspiraciones para el futuro.

En términos de gestión económica, este discurso articuló con un nuevo modelo de acumulación basado en una transferencia de recursos a los sectores transnacionalizados y conservadores de la economía argentina, con una notable retracción de las políticas públicas en todas las áreas. El Estado ha sido gestionado por un elenco de funcionarios de primera línea que forman parte de las mismas empresas multinacionales, pasando de ser un impulsor y regulador del desarrollo económico interno a ser un garante de la inversión extranjera, el mercado financiero y el endeudamiento público acelerado. A mediados del año 2019, los índices económicos y sociales dan cuenta de los resultados de la gestión. La desocupación alcanza al 10,6% (INDEC, *Perfil*, 19/09/19) y se ha duplicado desde el año 2015, por la caída de la industria, el comercio interno y lo que los medios designaron como “la ola de despidos”, públicos y privados. Según el Observatorio de la Deuda Social Argentina, el 49,3% de quienes tienen trabajo se encuentran en el sector informal y el 75,9% carecen de aportes de seguridad social. Hacia fines de 2018 el 36,6% de los argentinos es pobre (Infobae, UCA-ODS, 13/12/2018) y el 41,2% de los niños vive en estado de pobreza estructural (Infobae, ODS, 29/4/19)⁴³. Para el año 2019, un discurso sobre la crisis va tomando forma en algunos medios de comunicación: *La Argentina se dirige a la crisis más grande de las últimas décadas* (El Cronista, 19/4/19); *Argentina tendrá en 2019 la séptima recesión más profunda del mundo. La caída del PBI argentino per capita solo será superada por Venezuela, Guinea Ecuatorial, Irán, Nicaragua, Sudán y Turquía* (Infobae, 4/06/19), etc. En este contexto, varios Ministerios (de Trabajo y modernización, Ciencia y Tecnología, Salud, Cultura, Energía, etc.) se reducen por decreto presidencial a Secretarías, evidenciando cómo estas áreas no presentan ninguna prioridad para el gobierno. Así, mientras condiciones de desamparo afectan a varios sectores sociales, el Estado reduce deliberadamente sus herramientas de intervención.

La crisis económica y social es innegable. Un empobrecimiento general de toda la población, retrocesos dolorosos en todo tipo de derechos consolidados, la pérdida de protección social y provisional, la desposesión en el orden del trabajo, la educación, la salud, la vivienda; fueron finalmente el resultado de este neoliberalismo que se presenta como un conjunto de múltiples precarizaciones. Esto solo fue posible por una “saturación política” y discursiva que restringió el marco de lo humano, y por lo tanto, la concepción del daño y de las vidas que debíamos cuidar, junto a un despliegue de poder pastoral e interpelaciones meritocráticas. El daño fue presentado como necesario y tolerable, incluso como la base inevitable que debíamos aceptar en nombre de un nuevo orden más justo (donde quienes se autosacrifican merecerían tener un lugar). Esto se hizo legible a partir de sentidos como los que encontramos en las imágenes que analizamos a continuación.

Configuraciones semióticas y vidas precarias

Los enunciados que analizamos operan en este telón de fondo que describimos, integradas a formaciones discursivas más amplias que las hacen legibles, y contribuyen a con-

⁴³ La Nación (29/4/19): “En 2018, año signado por la crisis cambiaria, la inflación y la recesión, se sumaron a la pobreza 600.000 chicos de hasta 17 años”. En su último informe del año 2019, UNICEF advierte que en Argentina la principal deuda con la niñez sigue vinculada a la pobreza, con la mitad de niños viviendo en esas condiciones (Hoy Día Córdoba, 19/11/2019).

solidar el proceso de precarización configurando “qué hay que guardar contra la lesión y la violencia” (2004: 16); qué es lo que aparece como socialmente tolerable y por lo tanto qué puede mostrarse sin provocar escándalo político. En ellos, encontramos una gramática que tiende a hacer tolerables las infancias abandonadas, la indiferencia del gobierno frente a diversas demandas y la negligencia estatal que expuso a la muerte a 44 personas. Todos estos casos se configuraron simbólicamente diluyendo el daño y la violencia, y podría afirmarse que no provocaron grandes costos al gobierno en su momento. Así, nos preguntamos al analizar estos enunciados: ¿cuáles son las invariantes que semantizan la precarización?, ¿qué límites producen en torno a aquello que nos interpela comunitariamente y lo que no, qué vidas precarias se configuran aquí?, ¿cuáles son las vidas que merecen apoyo?, ¿cuáles son los marcos que en estos casos impiden que cada caso sea pensado como una muerte lenta o un tiempo herido o una exposición a la pérdida arbitraria y al daño?

El niño

En junio de 2018 el Ministerio de Educación de la Nación hizo pública la foto de un niño caminando hacia su escuela. El paisaje que lo rodea, la escarcha y su soledad, contrastan con la construcción entusiasta y apologética que lleva a cabo el discurso oficial: *Ejemplo! Axel tiene 6 años y es alumno de la Escuela 196 de Picada Caa Guazú, en la localidad de Leandro N. Alem, Misiones. Camina 3 kilómetros y cruza dos arroyos todos los días para asistir a clase. Este pequeño héroe sin capa nos enseña que cuando hay ganas de estudiar y salir adelante todas las distancias se acortan.*



El texto no señala autor, pero sin dudas se instituye como palabra oficial. La paradoja es notable desde el inicio: un Ministerio de Educación Nacional elogia una escena en la que la escuela resulta difícil de alcanzar. La categorización inicial de la publicación como

“ejemplo” realza las funciones pedagógicas y persuasivas que predominan en la narración (hacer saber, hacer querer). Este lexema desaloja toda la disforia de la imagen. Y nos prepara para una instancia aleccionadora y pedagógica: es inminente el despliegue de una lección⁴⁴. Aparece como *topic* inicial, marcado por un signo de admiración que indica la tensión alocutiva, interpelanado al destinatario.

A continuación, en una modalidad descriptiva un enunciador neutro configura el inicio del relato y su actor, Axel. Esta neutralidad es, sin embargo, profundamente ideológica, pues señala sin marcas de subjetividad ni afecto ciertos descriptores centrales: tiene seis años, camina 3 kilómetros, cruza dos arroyos, todos los días va a la escuela. Las condiciones cotidianas se enumeran sin contextualización, con la suavidad elogiosa hacia lo ordinario y banal, lo incuestionable. Se desplaza luego desde esta tercera persona hacia un remate de orden axiológico que recurre al nosotros inclusivo y se exhibe como conclusión moralizante de condición universal (*nos enseña*: a todos). El tono prescriptivo ordenado en torno al significante *mérito* señala una norma a seguir, un ideal de subjetividad, un campo de necesidad y una complicidad axiológica con el destinatario. La ilustración contiene, al decir de Arnoux, “detalles impactantes y concretos”, ya que se orienta no solo al despliegue sino a una adhesión a la norma meritocrática. Con cierto pasmo, observamos que el texto no solo no condena las carencias que está enumerando, sino que, por el contrario, las elogia: al niño como merecedor de reconocimiento y a sus destinatarios como habilitados para aplaudir esta lección. En su breve e ilustrada formulación, el párrafo activa una asombrosa cantidad de supuestos en su breve e ilustrada formulación. Y en la ausencia de toda huella de subjetividad que no sea la valorización del ejemplo, se da por hecho que vemos allí un héroe, y no un niño desamparado; un éxito y no algún tipo de abandono o carencia.

En su dimensión narrativa, resalta la figura de un actante que ostenta la posesión de todas las modalidades (poder, querer, saber). En su modalización ya completa desde el inicio del relato, se muestra al niño superando un conjunto de obstáculos naturales que marcan la intensidad del deseo y la búsqueda orientada a la Escuela. La foto se restringe al espacio paratópico, en el que se llevan a cabo las pruebas preparatorias y calificantes para un espacio utópico (la Escuela misma, ubicada en un espacio exterior al cuadro de la fotografía). Su capacidad performativa está completa, desde el inicio de su trayecto. El niño cuenta con modalidades que prefiguran el éxito de su hacer: querer y poder que no requieren de suplementos y lo configuran como “un sujeto competente y activo (por sí mismo)” (Greimas, 1990: 302). La categoría de ejemplo-héroe aparece como una sanción positiva posterior a su performance exitosa y constatada, y es destinada por el Ministerio de Educación a este alumno. El texto propone a un destinatario amplio y colectivo (todos) la adhesión a esta trayectoria, entendida como un proceso valorable, justo, sin colocar el acento en los obstáculos sino en la capacidad de superación. Postula un efecto “admirativo” y laudatorio que no puede dar lugar a la resistencia a las condiciones, a la inadmisibilidad de una infancia en estas condiciones. Toda esta configuración narrativa contrasta con la doxa de cualquier proyecto educativo, en el cual el niño es considerado un sujeto de hacer,

⁴⁴ Como han señalado Arnoux y Di Stefano (2017), en tanto figuras retóricas, tanto la ilustración como el ejemplo suministran casos particulares que llevan a un enunciado general, en ambos “se propone la existencia de ciertas regularidades de las cuales suministrarían una concretización”. El texto aparece como un híbrido, podríamos decir, un ejemplo ilustrado.

pero también un destinatario de protección y dones. La noción de tutela es aquí invertida: Axel nos da una lección, pero no nos necesita. El Estado mismo desaparece de la escena y nos instruye para desentendernos, al escenificar unas infancias omnipotentes, capaces de superar todo obstáculo a partir de su mera voluntad.

Por sus modalidades probadas, el relato vincula al niño con las figuras heroicas de un cierto universo de ficciones culturales, es a su modo un superhéroe inesperado: *este pequeño héroe sin capa*. El énfasis está puesto en la voluntad, en el querer del mismo sujeto y se vincula hacia el final con la explicitación de la norma general a la que alude todo ejemplo: *cuando hay ganas (...) todas las distancias se acortan*. El plural indica la condensación metafórica de otros obstáculos, que en esta retórica se irrealizan⁴⁵: ¿qué otras *distancias* amenazan a este, y a otros niños y niñas? Así, de la imaginería ficcional infantil se nutre una ejemplificación que coloca al destinatario usual de estas narraciones como protagonista de un mundo de carencias y obstáculos (de su vida cotidiana). Es un desplazamiento erróneo, distorsivo: el niño debería observar a los héroes, no ser él mismo semejante figura. La inversión ostenta, insistimos, un cierto matiz de crueldad.

Una aporía fundamental atraviesa y estructura este enunciado que es a la vez icónico, argumentativo y pedagógico: quien carece lleva en sí la solución a su propia condición. Este tópico ha sido relevante en la formación discursiva de esta identidad política a partir del 2015: el uso de historias “reales” de superación en contextos de carencia. Ciertos sujetos no aparecen jamás ni como “vulnerados” o “vulnerables” sino como simplemente dotados de todas las capacidades para resolver obstáculos materiales y existenciales⁴⁶. Los contextos, en estas historias, solo entran en juego como abrumadora evidencia de la autocapacidad salvificante del sujeto. Por el contrario, no se nos muestra un sujeto carenciado sino alguien dotado de capacidades extraordinarias. Este sujeto, por otro lado, detesta la demanda: no pide ni espera nada, exhibe constantemente como virtud su capacidad de autorresolución. El sacrificio, la meritocracia y la imposibilidad de la demanda son los nuevos componentes morales de este discurso neoliberal.

Laurent Berlant, desde una postura crítica hacia el “sentimentalismo nacionalista”, ha señalado cómo la infantilización del trabajo encuentra un límite en las representaciones contemporáneas: “El niño no debe ser sacrificado ni al Estado ni a las ganancias. Su imagen herida pronuncia una verdad que subordina la narrativa: no ha escogido “libremente” su explotación; le han robado el optimismo y el juego que son, putativamente, su derecho de infancia” (2011: 22). Esta imagen es socialmente insoportable, políticamente incómoda y

⁴⁵ ¿Es una forma de *distancia* la pobreza? Y en este caso, ¿cómo es que se *acorta*? Pero no corresponde esta pregunta, ya que la pobreza ni siquiera se nombra como obstáculo.

⁴⁶ En el segmento de la campaña preelectoral del año 2015 de youtube “Mauricio y vos” se escenifican un conjunto de encuentros directos entre el candidato Mauricio Macri y diferentes vecinos que tematizan este mismo trayecto narrativo: Omar, de Mar del Plata, vendedor ambulante que fue a la escuela (*fui escolta, abandonado*) y luego estudiante universitario; una maestra primaria de Barrio San Antonio cuenta que hizo su casa *sin ayuda de nadie: yo tengo mi título, tengo manos y lo que hicimos nosotros lo hicimos sin ayuda de nadie, solos trabajando, mi marido, mis hijos. ...tampoco podemos estar dependiendo del gobierno para todo, todo el tiempo...*; Sheila, una niña de la Matanza, cultiva rosas para comprar una bici: iniciativa que Macri elogia enfáticamente (11/05/16)... Algunos “pobres” son PRO y el PRO devuelve la mirada aspiracional, diluyendo las carencias, enfatizando su poder hacer y anunciando alegremente que el Estado no hará ya nada por ellos (puesto que como se ha comprobado, la solución está en manos de los mismos precarizados).

“hace brotar el clamor por una doble terapia: para la víctima y para el espectador” (2011: 22). Pero, en este caso, ni siquiera este límite opera ya en una hegemonía discursiva en la que una nueva norma subjetivante desdibuja toda condición de precarización o la expande indefinidamente, atrapando también a las infancias. Por el contrario, no se exhibe la condición como trauma y dolor, sino como apología de una situación ya clausurada, resuelta. También esta imagen postula un sentimentalismo pero inverso, especular y desmovilizador: este niño no exhibe un trauma, sino una condición exitosa en la vida. En su particular contexto, no pide nada a nadie y se hace a sí mismo.

Butler ha marcado la condición paradójica de este componente particular del discurso neoliberal, que consiste en imponer la autonomía como ideal moral: “se nos obliga a convertirnos en la clase de sujetos que justamente están excluidos, por las propias condiciones estructurales, del cumplimiento de esa norma” (2015: 21). Así, tal como sucede en esta ilustración, cuando se dice que el sujeto debe hacerse cargo de sí mismo en condiciones de precariedad generalizada “se da por hecho algo asombroso: se asume que las personas pueden (y deben) actuar de manera autónoma en unas condiciones en que la vida se ha hecho invivable” (2015: 23). Este “imperativo contradictorio” aparece aquí como el natural logro de un niño que viene a confirmar las verdades del neoliberalismo en su faceta meritocrática: superar la inseguridad cuando se han destruido las infraestructuras de la vida. La foto en sus sentidos no es solo indignante, sino también densamente productiva. Nos deja cierta intriga, por otro lado, acerca de la “pasión por el hacer” de estos nuevos gestores... ¿hacer para quién?, ¿hacer para qué clase de nuevo orden?

El incendio

En agosto de 2018, en un programa televisivo de actualidad política, el conductor Alejandro Fantino conversa con su entrevistado, Alfredo Casero, acerca de las causas de la crisis económica. La respuesta llega en una fórmula humorística e intensamente ideológica:

F —¿De Macri qué pensás?, por qué no está el país como creyeron que iba a estar a esta altura de la tournée...o sea, está parado, económicamente está frenado, hoy...

C —Vamos a decir la verdad. A vos se te prendió fuego la casa.

F —Dale.

C —Está? Se te prendió fuego la casa. Vos tenés una familia, son 12 de familia. Entonces se te prendió fuego la casa y hace frío afuera. Vienen los 12 y dicen...queremos flan!! (a los gritos, risas) Queremos flan! Pero vos tratás de decir... pero no, bueno...Flan!

F —pero...

C —Flan!!...

F –pero...

C –Flaaaaaaaaaan, flan, flan, flan, flan, flan, flan, flan. Hijos de puta. Este no da flan, queremos flan. *No está la heladera, no anda la heladera, está todo quemado y no anda la heladera... Ya viene el señor que quemó la heladera.* Noooo, es amigo mío, él no la quemó. Quiero flan... *Y así no vas a poder hacer una mierda. No somos boludos, ya lo sabemos. Ya le encontramos la vuelta a todos, no somos boludos, somos ciudadanos y los vamos a hacer cagar en las urnas por chotos y por cómplices de todo esto... La gente se ha muerto por estos ladrones.*

Casero repitió su teatralización en diversos medios allegados al gobierno. Al día siguiente, el Presidente y otros funcionarios se fotografiaron comiendo flan, y en un acto oficial todos corearon esta consigna, como invocando fantasmáticamente y de modo jocoso aquella casa incendiada. El artista refutó de inmediato estas interpretaciones: “Que haya aparecido el Presidente comiendo flan en la casa de Gobierno, no sé dónde la hicieron, no entendieron absolutamente nada, ni siquiera se detuvieron a entender cuál era la parábola. Que es trágica, no es graciosa” (Terapia de Noticias, 18/08/18). Intentando acotar el campo de interpretaciones que se ha generado inesperadamente, el autor explica su propia metáfora: “*Queremos flan* es Roberto Baradel pidiendo el 21%” (Clarín, 24/08/18). La misma operación encontramos en una entrevista en Radio Mitre (24/08/18): “El flan es la parábola de aquel que pide lo que no hay en el momento en el que no hay y que eso exactamente es justo para que todo se vaya al carajo. Por consiguiente, la posibilidad de gobernar, de crecer y de mejorar como país y como personas”. La analogía entre la casa incendiada y la acción de demanda quedó explícitamente establecida. La anécdota también presenta un tono pedagógico y moralizante, pero contrariamente a la anterior, señala un no-poder hacer (esto es lo que los funcionarios no entendieron).

El texto se inicia con un componente diagnóstico presentado por el periodista: el gobierno de Macri está fracasando económicamente. ¿Cuál es la razón? Con seriedad política el humorista responde: la insensata e insistente demanda de un cualquiera.

Es interesante el punto de inicio del relato: se trata de una catástrofe ya constatada. El daño no es negado, pero no es tampoco vinculado a un proyecto político. Se configura como intenso, no hay mitigación: es una familia, hay diez niños, la casa puede ser vista como metáfora de una seguridad material. Nuevamente, se escenifican obstáculos naturales: se prendió fuego la casa, afuera hace frío. Y sin embargo, no hay construcción temporal: ni antes ni después, ni causa ni reparación del daño.

En esta narración, el origen es ideológicamente significativo: el incendio se adjudica a una fuerza natural. Una destrucción no adjudicable a la política define el escenario inicial. Como ha señalado Fairclough, en el discurso neoliberal los cambios aparecen representados a partir de una ausencia de agentes sociales. En estas narrativas, los responsables son abstractos, inanimados o están directamente ausentes (Fairclough, 1993). Se exime así de responsabilidades a cualquier actor o proyecto; la precarización aparece naturalizada como condición inherente al mundo. En este caso, la pérdida es consecuencia de

un mero fuego⁴⁷, una fuerza aniquiladora y arrasadora contrasta con el remate que señala un no-poder pedir. La anécdota nos propone la nueva moralidad de un comportamiento sacrificial. Invierte además las causalidades previsible: la destrucción no aparece como el efecto de una acción de gobierno, sino como la causa de su fracaso. Hay un extraño desplazamiento de la causa: el fracaso del gobierno puede ser atribuido a una población irresponsable, incapaz de aceptar los sacrificios del presente en nombre de un mejor futuro (que nunca llegó...) y de un pasado que nunca debió existir.

A continuación, un segundo componente típico de esta formación discursiva: la estigmatización de la demanda. Frente a la carencia constatada, los sujetos afectados deben ser capaces de resolver por sí mismos las situaciones, sin apelar a ayuda de ningún tipo. Duplicación de la violencia: ser sometido a la carencia, no poder pedir, romper todos los lazos de interdependencia. La imposibilidad de la demanda ante pérdidas de condiciones materiales indispensables para una vida digna constituyó un componente central del discurso de *Cambiamos*. Rozando el absurdo, funcionarios recomendaron a quienes perdían sus trabajos que instalaran fábricas de cervezas, a los jubilados que no podían pagar sus medicamentos que sacaran créditos, a quienes no tenían una escuela cerca, que caminaran kilómetros. Como hemos visto, un conjunto de derechos fueron calificados como erróneas adquisiciones heredadas de un período anterior que alentaban el gasto irracional y que debían ser corregidas durante la gestión de *Cambiamos*. Este cambio no es solo económico sino también cultural, subjetivante. El *sinceramiento* consiste en un orden económico en que el rigor económico y la frugalidad constituyen la nueva norma, mientras las corporaciones y empresas obtienen excedentes groseros. Frente al despojo, la prescripción es no demandar, no organizar ninguna acción colectiva, no esperar ninguna respuesta. La anécdota presenta un ejemplo extremo y una construcción aléctica de las modalidades, instituido como un no poder hacer. Como en el caso previo, exhibe un tono pedagógico y axiológico, pero esta vez nos enseña a través de los antihéroes.

La articulación de la demanda aparece como absurda, ininteligible, fuera de los marcos de un "realismo" prescriptivo. Estos sujetos están fuera del orden y de la razón (neoliberal), su voz se reduce a mero ruido: y sin demanda, no hay *pueblo*. La legitimidad de la precarización se construye aquí como desrealización del daño.

La anécdota propone una autoresponsabilización de los propios damnificados, y en este tópico radica un modo desubjetivación contemporáneo: ser gobernados a partir de la desposesión, admitir la incertidumbre y el riesgo como partes de un futuro sin seguridades.

⁴⁷ En el discurso presidencial, son abundantes las metáforas que refieren a fenómenos naturales como causas de los obstáculos económicos, este tópico se hace particularmente visible a partir de la crisis desatada en septiembre del 2018. Varias de ellas aluden a fuerzas naturales (sequías, tormentas, ríos turbulentos, escabrosas montañas) y a menudo articulan con una "lógica sacrificial": "En estos meses se desataron todas las tormentas juntas, la situación y en buena parte por cuestiones que están fuera de nuestro control. Primero sufrimos la peor sequía en más de medio siglo... y desgraciadamente el precio del petróleo en el mundo aumentó... y cuando pensamos que se habían despejado todas las dudas sobre nuestra capacidad de cruzar al otro lado del río, pasaron cosas (3/9/18), ahora, a raíz de esta tormenta, sabemos que las cosas van a tardar más (27/9/18), etc. El efecto de sentido es doble: desresponsabiliza al sujeto político, a la vez que atribuye un programa de acción a los destinatarios, según el cual deben resolver los obstáculos por sí mismos. El sintagma "pasaron cosas" funciona incluso como una fórmula nominal, en la que se difumina el agente. Este rasgo ha sido también señalado en el análisis de Ana Levstein.

Así, se afirma enfáticamente la precarización de la vida como modalidad de gobierno y nueva forma de vida social, no como fracaso de un proyecto. En este enunciado humorístico, que aparece como banal y secundario, arraiga un conjunto de densos sentidos políticos que establecen los límites de lo tolerable, y por lo tanto, de la intensidad de los afectos posibles en este nuevo orden. Como en el caso anterior, un conjunto notable de supuestos se moviliza en esta anécdota: sin configuración de daño, elimina toda figura ciudadana y de lazo comunitario; prescribe tolerar sin demandar; califica como distorsión cualquier resistencia frente al devenir precario.

Una prescripción, una deontología ideológicamente saturada aparece figurada a través del humor absurdo: quien demanda ocupa un no-lugar y aparece como la causa de su propio daño. La precarización súbita (en esto la anécdota es sintomática) debe ser tolerada, sin relato capaz de atribuir causa en el pasado ni generación de demanda en el futuro. El tópico que estructura esta anécdota es la inteligibilidad de todo pedido, la no-voz de la demanda. No hay cuenta del daño ni invitación a la solidaridad.

En tercer lugar, se tematiza aquí también lo que Wendy Brown ha conceptualizado como una "lógica sacrificial" del neoliberalismo⁴⁸. La economización de la política implica un paso de la ciudadanía activa a la ciudadanía sacrificial. Se trata de aceptar la austeridad, impuesta en nombre de los imperativos macroeconómicos. Esta autora establece las diferencias entre esta modalidad y el sacrificio de carácter religioso, cuyo objetivo es regenerar un orden más allá del individuo, orientado a la restauración del orden y la armonía. Es de carácter comunitario, ritualista, su principal objetivo es el salvataje de una comunidad. Por el contrario, el autosacrificio neoliberal no es "por" sino "para": no redundará en ninguna mejora, se llama al sacrificio de toda la comunidad para salvar a algunos elementos particulares dentro de ella. El ciudadano acepta así la intensificación de las desigualdades como algo básico para el funcionamiento del capitalismo. Quien resiste, o no admite este sacrificio (es decir: quien pide *flan*) es tematizado en el discurso como el responsable de la situación.

En síntesis, la anécdota escenifica varios tópicos que hacen inteligible ciertos procesos de pérdida. Con su capacidad metafórica, podría aludir a múltiples "incendios", no para denunciar sino para garantizar la continuidad de las precarizaciones, disminuyendo las voces que –en el escenario de la política– podrían allí señalar un daño o una posibilidad de solidaridad.

⁴⁸ Este componente apareció tematizado en el discurso presidencial en el último año de gestión a través de numerosas metáforas: quedarse sin fuerzas en el medio del río, llegar a fin de mes es más difícil que llegar a la cumbre del Aconcagua. Finalmente, después de perder en las Primarias de 2019, el presidente admitió haber subestimado el esfuerzo colectivo y prometió reconocer los costos de las políticas económicas. Este acto de constricción (afectiva) y la promesa de reparación en un futuro inminente constituyeron el eje de la campaña después del resultado negativo de las PASO.

La fiesta



El Submarino ARA San Juan perdió todo contacto con sus bases el 15 de noviembre de 2017, con 44 tripulantes a bordo. Fue encontrado un año después, tras una intensa búsqueda y un proceso polémico que incluyó desavenencias entre el Ministerio de Defensa y la Armada Argentina, demandas de los familiares y largos silencios oficiales. Funcionarios del Gobierno anterior y trabajadores de la Fábrica Militar de Aviones denunciaron el desmantelamiento y abandono del sector, por lo que la mediatización del caso incluía en muchos relatos un grado de responsabilización del Gobierno por lo ocurrido⁴⁹. Esta fue también la interpretación sostenida por los familiares.

El caso fue intensamente mediatizado y jerarquizado en agendas durante meses. Un rasgo de incertidumbre marcó el proceso y rara vez el discurso del Gobierno logró verosimilitud. La posibilidad de la supervivencia fue sostenida oficialmente hasta un momento tardío: el 18 de noviembre a través de su twitter el ministro Oscar Aguad afirmó la existencia de siete señales que podrían provenir del submarino⁵⁰. Unos días después, la Armada desmintió que existiera evidencia acerca del origen de las llamadas, desestimando totalmente la posibilidad anunciada por el Ministro. Finalmente, el 23 de noviembre un informe de Fuerza Naval de la Armada informa que el ARA “implosionó” y el Gobierno inició el cierre del caso, en tanto rescate, mientras que siguió la búsqueda de los restos del submarino.

En este punto se hicieron visibles las dificultades del Gobierno para admitir estas muertes e iniciar un proceso de duelo público y oficial. Pese a esta noticia, impactante, y aún frente a la demanda mediáticamente visible de los familiares, el Gobierno no emitió ningún mensaje público. En este momento, fueron notorias las ausencias del Ministro de Defensa y el Presidente. Persiste el silencio, no se decreta el duelo y no se reconoce por lo tanto que ya no hay sobrevivientes. Como señalan los medios, en un marco de versiones, incertidum-

⁴⁹ Así lo señala el informe final de la Comisión Bicameral del Congreso que investigó el hundimiento: “Es indudable la responsabilidad política del Gobierno Nacional, a través de su Ministerio de Defensa por esta tragedia que se cobró la vida de 44 argentinos” (Página 12, 19/07/19).

⁵⁰ El texto del mensaje es el siguiente: “Recibimos siete señales de llamadas satelitales que provendrían del Submarino San Juan. Estamos trabajando arduamente para localizarlo y transmitimos la esperanza a las familias de los 44 tripulantes: que en breve puedan tenerlos en sus hogares”.

bres y denuncias de los familiares, el Gobierno omite la dimensión más trágica del acontecimiento⁵¹. Finalmente, no hubo mensaje a los familiares, ni duelo, ni cadena nacional. Sin embargo, la muerte de los tripulantes fue admitida de maneras elípticas y groseras, en diversos programas televisivos y farandulescos. Por ejemplo, Elisa Carrió, invitada al programa de Mirtha Legrand, fue la primera en admitir las muertes, intentando justificar el silencio oficial: “lo que no puede decir el Estado, lo puedo decir yo, porque yo soy representante del pueblo de la Nación, no del Estado. Yo quiero hoy que la Nación entienda algo que ni el Ministro ni el Presidente pueden decir, que es que el acontecimiento es irreversible, porque todavía no se llegó a encontrar, que están todos seguramente fallecidos, pero no hay una base legal, hasta que no se encuentre el Gobierno no tiene el respaldo legal para decir esto”⁵². Sus afirmaciones generaron una polémica importante y por primera vez se habló del “fallecimiento” de estas personas. A su vez, el Ministro de Defensa, en una entrevista televisiva, ratificó que la suspensión del rescate se debe a condiciones “incompatibles con la vida humana” (3/12/17, TN). El periodista interrogó: “¿Es decir que están todos muertos?”: “Exactamente”, fue la súbita respuesta del funcionario.

Finalmente, la identificación fehaciente del submarino se produjo un año después, el 17 de noviembre de 2018. Jorge Villareal, padre del capitán, anunció el día del hallazgo que “los familiares teníamos tres premisas: búsqueda, verdad y justicia. La búsqueda se cumplió, ahora queremos saber qué fue lo que sucedió” (La Voz del Interior, 17/11/18). En su mensaje público, el Presidente afirmó: “se abre una etapa de serias investigaciones para conocer toda la verdad. Una verdad con la que estamos comprometidos desde el primer día”⁵³. Llegó entonces, el anuncio del duelo oficial. Por primera vez, se reconocieron públicamente las muertes de los tripulantes. En un breve mensaje, el Presidente anunció el hallazgo de los restos del submarino: “Es una noticia que nos produce un enorme dolor y la confirmación de la muerte de los 44 tripulantes en circunstancias dramáticas. Estos han sido 366 días muy difíciles para todos los argentinos. Pero muy en especial para los familiares de los tripulantes del submarino ARA San Juan. Y hoy es el día más triste. Se trata de una heroína y 43 héroes que dejaron un vacío irremplazable en la vida de sus seres queridos”.

En este punto es que se ubica la imagen que analizamos, y que remata una trama en la que la declaración pública del duelo se hizo esquiva a lo largo de todo el proceso. Después de este anuncio público del duelo, Macri asiste a una fiesta. Los medios pusieron en escena este microacontecimiento a partir de una cierta condena moral: “Apenas horas después de grabar un mensaje que recorrería el país entero con el anuncio de la aparición de los restos del submarino ARA San Juan y tras decretar un duelo nacional de tres días, el presidente Mauricio Macri partió hacia una fiesta privada que compartió junto a su amigo Nicolás Caputo, el conductor Marcelo Tinelli y otros invitados” (Infobae, 20/10/18). El contraste entre la seriedad mostrada en la cadena nacional y la gestualidad jubilosa refuta la gravedad

⁵¹ Según algunos diarios, el Gobierno realizó especulaciones sobre este punto: “También hubo versiones sobre que, pese a la resistencia de los familiares, el Gobierno tenía decidido decretar duelo nacional por tres días. Pero esa noticia tampoco llegó. En Casa Rosada seguían discutiendo la conveniencia de decretar duelo cuando el Gobierno no reconoce oficialmente la muerte de los marinos. Además, había debate sobre qué día era mejor para anunciar el duelo” (Página 12, 4/12/17).

⁵² 25 de noviembre de 2017, “La noche de Mirtha Legrand”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=addvhrf906Q>.

⁵³ Mensaje disponible en <https://www.facebook.com/mauriciomacri/videos/2164345017150409/>.

que requeriría el duelo por la muerte de 44 personas. El “cuerpo significativo” presidencial no llega a instituirse con la gravedad suficiente como para sostener una narrativa de pérdida y dolor. El acto principal del duelo aparece débil, episódico, rápidamente denegado. Rápidamente estas muertes son borradas y estamos ya en condiciones de disfrutar de una fiesta banal.

Butler ha marcado, con gran lucidez, el carácter político y público de todo duelo, ya que retroactivamente el enunciado del duelo establece qué vidas se reconocen como tales, y como dignas de ser lloradas. Los actos de duelo públicamente autorizados establecen y producen la norma de qué muertes valen la pena. Por el contrario, la prohibición, o quizás de modo más sutil, como vimos en este caso, la constante postergación⁵⁴ de la enunciación oficial del duelo y luego la imposibilidad de sostenerla durante un tiempo adecuado, desrealiza las vidas perdidas. La vulnerabilidad (vinculada también a la desidia de las políticas de Estado que generaron condiciones de riesgo en la navegación) encuentra estas formas menos obvias de generalización, y sobre esto se ejerce una nueva violencia simbólica: la imposibilidad de un duelo pleno y sostenido. En este caso es particularmente importante, sobre todo porque –como señala Miriam Dana (2016)– cuando la vulnerabilidad aparece como una “cuestión nacional” requiere de un duelo y una memoria que sean capaces de marcar a esas vidas como dignas. *Cambiamos*, en tanto Estado neoliberal, fue incapaz de garantizar esta narrativa.

Nuestro análisis ha intentado seguir cierto rumbo sugerido por Butler. La propuesta consiste en lograr aprehender la precaridad de una/s vida/s fracturando el campo hegemónico de la representación (discursiva) para dar lugar a una acción más responsable. Creemos que imágenes como estas, en las que se evidencia la precaridad, nos imponen una obligación: la de preguntarnos hasta qué punto ellas hacen posible, o imposible, aprehender y reconocer este proceso como tal. En todos estos casos, se hace difícil captar la precaridad que esta gestión provocó en vastos sectores sociales, suspendiendo lazos de interdependencia y vínculos de solidaridad al responsabilizarlos, enmudecerlos o denegarlos. Empobreciendo y a la vez abandonando.

En definitiva, estas imágenes aparentemente inconexas e inocentes, hacen (casi) imposible aprehender estas vidas como precarias. Establecen nuevos límites de lo decible en los que la muerte, lenta o súbita, y diversas formas del abandono se configuran como admisibles, soportables. Sus consecuencias son subjetivantes, si consideramos que ninguna de estas narrativas es capaz de provocar pena ni desdén: si un niño hace un gran esfuerzo por acceder a una escuela lejana, si hay 44 muertos por negligencias estatales, si hay una familia en la calle que aparece como la causa de su propia desgracia, es porque operan marcos de desrealización de estas vidas que vienen sedimentando en años previos y operando con alta eficacia performativa. Operan en una trama en la cual el individualismo, el imperativo de la autonomía, las rupturas del lazo social se hacen deseables e impiden el reconocimiento de la vulnerabilidad del Otro. Este es, quizás, uno de los cambios culturales y políticos más importantes de la gestión de *Cambiamos*, una pérdida de los vínculos afirmativos capaces de proponer fundamentos igualitarios para unas vidas vivibles (para

⁵⁴ Postergar implica también despreciar, apreciar de menos (Diccionario RAE).

más, para todos). Estos enunciados inauguran también nuevas economías afectivas, en las que el odio y la indiferencia frente a un mundo cada vez más desigual constituyen articulaciones que sedimentan.

Bibliografía

- Angenot, M. (1989). *1889. Un état du discours social*. Québec: Éditions Balzac.
- Angenot, M. (2006). "Théorie du discours social". En: *CONTEXTES. Revue de sociologie de la littérature*, N° 1.
- Arnoux, E. y Di Stefano, M. Eds. (2017). *Discursividades políticas. En torno de los peronismos*. Buenos Aires: Cabiria.
- Barros, M. y Quintana, M. M. (2019). "Elogio/s de la violencia: notas sobre el discurso del amor (y el odio) en Cambiemos". *Revista Bordes*. N° 13. 13 de junio. UNPaz.
- Berlant, L. (2011). *El corazón de una nación*. México: FCE.
- Butler, J. (1997). *Lenguaje, poder, identidad*. Madrid: Síntesis.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. y Athanasiou, A. (2017). *Desposesión: lo performativo en lo político*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos*. Barcelona: Malpasso.
- Dahbar, V. (2017). "Ontología socio-corporal en la filosofía de Judith Butler. Para volver a pensar la acción política". En: *Revista Isegoría*. N° 56. Enero-junio.
- Dana, M. (2016). "Ontología de la vulnerabilidad y políticas del duelo en Judith Butler". En: *Revista Open Insight*, Vol. VII, N° 11.
- Fairclough, N. (1993). "Análisis del discurso como método para la investigación en ciencias sociales". En: Wodak, R. y Meyer, M. *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa.
- Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Greimas, A. y Courtés, J. (1990). *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos.

- Hall, Stuart (2016). "The neo-liberal revolution". *Cultural Studies*, N° 25:6. Sept.
- Landi, O. (1988). *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*. Buenos Aires: Puntosur.
- Laval, C. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo*. Gedisa: Barcelona.
- Martínez, F. (2016). "Nuevos sujetos neoliberales. Configuraciones sobre el mérito en el discurso del PRO". *Revista Oficios Terrestres*, N° 35, UNLP.
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Verón, E. (1988). *La semiosis social*. Buenos Aires: Gedisa.
- Voloshinov, V. (1992). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. México: FCE.

EL GIRO A LA DERECHA EN EL DISCURSO POLÍTICO CONTEMPORÁNEO. COORDENADAS GLOBALES Y FENÓMENOS LOCALES

Yair Buonfiglio⁵⁵

Introducción

Algunas cuestiones planteadas en este ensayo fueron ya compartidas en eventos académicos que tuvieron lugar en 2019. Desde luego, y dada la actualidad –rayana en la urgencia– de las cuestiones abordadas, el devenir de los acontecimientos políticos y las mutaciones en los escenarios sociales y económicos, hemos vuelto a interrogar los textos anteriores y presentamos aquí una versión que, sin ninguna pretensión de conclusividad, intenta sistematizar algunas reflexiones sobre los lenguajes políticos contemporáneos.

En estas líneas sostendremos, entonces, que en los últimos años –quizás una década, por fijar un corte arbitrario –las sociedades occidentales, particularmente las americanas y específicamente la argentina, han asistido a un progresivo corrimiento de los límites de lo decible, de modo tal que pueden, actualmente, enunciarse de manera legítima discursos que en otros tiempos hubiesen sido ampliamente censurados, o bien habrían estado directamente fuera del campo de lo posible. Esto puede advertirse claramente al analizar el discurso político y mediático de los últimos cinco años. Nos preguntamos, por último, en qué medida el gobierno actual encarna un nuevo trastrocamiento en el orden del discurso político.

Quizás debamos a Foucault nuestras actuales reflexiones acerca de la *decibilidad* que impone cada época. En efecto, fue el intelectual francés quien advirtió, ya en los 60, que ni las ideas ni su expresión a través del lenguaje emanaban originalmente de un sujeto creador, sino que en cada sociedad y en cada momento histórico existía un sistema de pensamiento, un modo de conocer el mundo y analizarlo, que marcaba las fronteras no solo de los enunciados existentes, sino también de los discursos posibles. Posteriormente, agregaría incisivos abordajes acerca de los procedimientos que, en todo momento, buscan encauzar la palabra a fin de –diría Foucault– conjurar su pesada y terrible materialidad.

Más cercano en el tiempo pero en la misma sintonía, Marc Angenot (2010) acuñó el concepto de “discurso social” para referir a todo lo que se dice y puede decirse en un estado de sociedad. Existiría, para el historiador canadiense, una hegemonía que, cual mano invisible, regula de manera inevitable no solo la posibilidad de que un discurso emerja, sino también el estatus, la posición de mayor o menor privilegio, de más o menos legitimidad, que detendrá en una cultura determinada.

⁵⁵ Profesor en las Universidades Nacionales de Córdoba y La Pampa. Docente en la Universidad Provincial de Córdoba. Becario del CONICET. Dirige e integra equipos de investigación que analizan los discursos sociales contemporáneos con eje en la política, los jóvenes y los medios de comunicación.

De ambas lecturas pueden obtenerse dos afirmaciones. La primera, y más obvia, es que las restricciones en el universo del discurso no limitan solo la palabra dicha, sino también las ideas que pueden figurarse en la mente de los sujetos. La segunda es que tales condiciones de posibilidad son ajenas tanto a la voluntad como a la posibilidad de intervención de estos últimos. En consecuencia, y al menos desde este paradigma, no resulta fructífero preguntarse de qué modo puede una voz irrumpir en la escena discursiva y transformarla sino que, por el contrario, se torna relevante interrogar los discursos efectivamente circulantes para establecer, a partir de allí, cuáles son las fuerzas reguladoras que les permiten existir, circular y producir efectos en un momento determinado de la historia.

Asentadas estas consideraciones, es posible retomar la idea ya planteada acerca de que, en la actualidad, discursos conservadores y reaccionarios, expresiones violentas y discriminatorias, que hasta hace algunos años ocupaban sitios periféricos y casi expulsivos en el discurso social, hoy han (re)cobrado una legitimidad que los coloca, en algunas ocasiones, como discursos dominantes y, en otras, como fortalecidos contendientes en la disputa por la fijación del sentido.

Decimos que esta legitimidad ha sido *recobrada* porque no podemos olvidar que durante extensos períodos de la historia de nuestra cultura, los discursos racistas, clasistas y, en general, de rechazo y odio hacia las diferencias han estado a la orden del día y han sido capaces de producir efectos tales como la Shoá, el Apartheid o la desaparición de treinta mil personas durante la última dictadura cívico militar en Argentina.

Sin embargo, luego de estas escenas siguieron otras que procuraron un movimiento pendular opuesto. Si retomamos los ejemplos anteriores, podemos recordar que, una vez caído el régimen hitleriano, Alemania juzgó a los responsables del Holocausto, indemnizó a las víctimas y sancionó leyes que castigan el negacionismo; Sudáfrica ensalzó la figura de Mandela como símbolo de paz y tolerancia mientras que Argentina, durante el alfonsismo y el kirchnerismo, fue escenario de distintas políticas de memoria y reparación que entronizaron el significante “democracia” de manera más que sólida en la doxa.

Por obvias razones, nos interesa particularmente el caso argentino y más específicamente el devenir del discurso social durante los últimos veinte años. Una somera lectura de la historia reciente nos permite reconocer allí tres grandes puntos de inflexión: la crisis del orden neoliberal que se tradujo en el estallido social de 2001 y la aparición del kirchnerismo como nueva identidad política; la dislocación (Barros, 2012) del discurso kirchnerista y la irrupción del macrismo como reconstrucción del orden liberal; y muy recientemente el debilitamiento de este último modelo y la vuelta al gobierno de una identidad que contiene dentro de sí cierto sedimento kirchnerista aunque articulado con otras expresiones políticas de tradición peronista y progresista.

La década gobernada por Néstor y Cristina Kirchner participó en lo que Benjamín Arditti conceptualizó como “giro a la izquierda” en América Latina. Coincidimos con este autor en reconocer este período como una etapa caracterizada, en general, por la ampliación de derechos –en especial para las minorías–, cierta redistribución de la riqueza que propició el desarrollo económico de los sectores sociales más bajos y una creciente movilización

ciudadana, canalizada en ocasiones a través de partidos políticos, o bien organizada en movimientos sociales y organizaciones comunitarias.

De cualquier modo, y más allá de las discusiones políticas o teóricas acerca del significativo “izquierda”, y sobre todo, prescindiendo de cualquier esencialización que llevaría a un estéril debate acerca de cuál es la “verdadera” izquierda, lo cierto es que Argentina registró sobradamente estas tres características, las cuales configuraron un período –a nuestro juicio– inédito en materia de intervención estatal para el mejoramiento de las condiciones de vida de las grandes mayorías, comparable quizás con el primer gobierno peronista. Podemos citar, como ejemplos, la Ley de Identidad de Género, el Matrimonio Igualitario, la Asignación Universal por Hijo, el programa de becas Progresar, las políticas de universalización jubilatoria, la jerarquización del salario docente, los programas de crédito para la vivienda, la promoción de la participación política de los jóvenes o las políticas de acceso a la cultura.

En trabajos anteriores, hemos dicho que si un significativo puede sintetizar la hegemonía discursiva kirchnerista es el “para todos” (Buonfiglio, 2016), Lo que comenzó como “Fútbol para todos” –la posibilidad, a instancias del Estado, de que los partidos del campeonato nacional de fútbol fueran televisados por la televisión pública– luego fue “milanesas para todos” y hasta “ropa para todos”. Pero, más allá de su utilización literal, el “para todos” también condensó buena parte de la política kirchnerista: hubo matrimonio para todos, jubilaciones para todos, asignaciones para todos, libros para todos, universidades para todos. “Para todos” se oponía, en definitiva, a la privatización de los bienes valiosos. Que algo fuese para todos significaba que no era necesario merecerlo.

Por el contrario, el discurso macrista preconizaba la lógica del mérito. Porque los objetos de valor no debían ser para todos, sino para aquellos que los merecieran. Ese “merecimiento” era presentado, en un nivel superficial, como la traducción de los esfuerzos o talentos de cada individuo. Pero rápidamente –y dadas las posibilidades que ofrece el dinero en una economía capitalista– esto se tradujo en la valorización del estatus social. En ese contexto, el presidente del Banco de la Nación Argentina afirmó en una entrevista radial: “Le hicieron creer a un empleado medio que podía comprarse celulares e irse al exterior”. La oración elide el sujeto, aunque una elemental lectura de las circunstancias enunciativas nos hace saber que “ellos” son “los kirchneristas”. Otros componentes de ese texto son todavía más reveladores. “Creer”, según el diccionario, es “tener algo por cierto sin conocerlo de manera directa o sin que esté comprobado o demostrado”, a diferencia de “saber”, que significa “tener conocimiento de algo”. Los empleados no saben, sino que creen. Y creen –están en posesión de un conocimiento no verdadero– debido a que otro sujeto (el Gobierno) les ha destinado esa creencia. Pareciera entonces, según la lógica que propone la frase, que cierto orden “natural” de las cosas supone que un “empleado medio” no puede comprar celulares ni viajar al exterior; el Gobierno había, sin embargo, construido una creencia en el sentido contrario: una idea falsa.

La frase de González Fraga, dicha en mayo de 2016, aparece como uno de los primeros textos que se desmarcan de las promesas formuladas por el candidato Macri durante su campaña presidencial. Recordemos que, en aquellos tiempos, había prometido no “qui-

tarle la ayuda a nadie” ni discontinuar “las cosas que sí se hicieron bien”. Es que, pese al significativo “Cambiamos”, que designaba al espacio político, el discurso electoral de los candidatos solo anunciaba reformas que, se decía, conducirían a la prosperidad económica y, con ello, al mejoramiento en las condiciones de vida de los votantes.

Sin embargo, ya durante los primeros meses de gobierno pudo advertirse una drástica transformación en el discurso que se enunciaba desde el Estado. En una de sus primeras conferencias de prensa, el entonces Ministro de Economía Prat Gay sostuvo que el Gobierno debía deshacerse de la “grasa militante” que ocupaba puestos en la administración pública. Lejos de ser un sujeto de derechos, el trabajador es construido aquí como alguien que sobra: en nuestra cultura, la grasa no constituye sino una masa amorfa indeseable, una presencia que debe eliminarse del cuerpo. Pero, además, ser “grasa”, en el habla coloquial porteña, es ser una “persona de hábitos y preferencias vulgares”⁵⁶. En este escenario, no se trataba solamente de que trabajadores cayeran en el desempleo: eran, además, contruidos como seres abyectos, indeseables para la nueva Argentina blanca que se intentaba inaugurar.

Son numerosas las frases de miembros del gobierno de *Cambiamos* que podrían ilustrar un discurso oficial que construía a pobres y trabajadores no especializados como obstáculos para el desarrollo nacional, mientras delineaba a empresarios, financistas y miembros de las fuerzas de seguridad como los modelos del “nuevo” ciudadano argentino que se procuraba configurar. Acaso podríamos recordar la campaña iniciada por la gobernadora de Buenos Aires, María Eugenia Vidal, para que personas sin ninguna formación reemplazaran a los docentes en las escuelas de la Provincia mientras estos se encontraban en huelga, o la célebre interpelación lanzada a los trabajadores de la educación durante el conflicto: “Que digan si son kirchneristas”. Es que “kirchnerismo” aparecía, en el universo discursivo del partido gobernante, no como la simple designación de un espacio político, sino que se trataba de un significante sobrecargado de valores negativos que podía ser utilizado como adjetivo despreciativo sin mayores aclaraciones o explicaciones.

El giro conservador en el discurso social argentino no tuvo, sin embargo, solamente expresiones en el lenguaje político⁵⁷. Las disputas en el mundo de la farándula estuvieron atravesadas, en ocasiones, por argumentos abiertamente contrarios a los procesos de ampliación de derechos que habían tenido lugar en la década anterior. Ejemplo de esto es la polémica entre el periodista Jorge Lanata y la actriz trans Florencia de la V, quien, pese a ser reconocida por el Estado como mujer en su Documento Nacional de Identidad, fue calificada como “trava” por el conductor. “Esto de que te den el documento de mujer y sos trava, no sos una mina, sos un trava con documento de mina. Yo no te voy a discriminar, te voy a dar trabajo, pero no sos una mina. Cuando a Flor de la V le dan el documento y dice ‘soy mujer, soy madre’, discúlpame: no sos, en todo caso sos padre”, aseveró.

Otro de los momentos memorables de este giro fue protagonizado por el humorista Alfre-

⁵⁶ Diccionario de la Real Academia Española: <https://dle.rae.es/grasa?m=form>

⁵⁷ Aunque, en un sentido amplio, siempre que se habla se está participando de algún modo en la disputa por la fijación del sentido, hablamos aquí de “discurso político” en su conceptualización más clásica, esto es, aquel que se produce y circula en situaciones enunciativas vinculadas al Estado.

do Casero, reconocido militante macrista, en el programa *Animales sueltos*, un *late night show* devenido ciclo político bajo la conducción del relator de fútbol Alejandro Fantino. Allí, en el marco de una entrevista y luego de que se le preguntara por la situación del país, el cómico pronunció el siguiente monólogo:

“Vamos a decir la verdad. A vos se te prendió fuego la casa. Vos tenés una familia. Son doce de familia. Entonces se te prendió fuego la casa y hace frío afuera. Entonces vienen los doce y dicen ¡queremos flan! ¡Queremos flan, papá! ¡Flan! Pero vos tratás de decir ‘no, bueno, pero...’ ¡Flan! ¡Flan! ¡Flan! ¡Queremos flan! (se tapa los oídos) ¡Hijo de puta, no nos da flan! ¡No anda la heladera, está todo quemado y no anda la heladera! Pero ya viene el señor que quemó la casa... ¡No, es amigo mío! ¡No, él no la quemó! ¡Quiero flan! No somos boludos. Somos ciudadanos y los vamos a hacer cagar en las urnas”.

Como se desprende de una lectura casi superficial, el enunciador construye allí una analogía entre la familia y la sociedad argentina, mientras que la casa incendiada sería equivalente a la devastación económica. En este escenario adverso, la familia/sociedad expresa demandas relativas a bienes de lujo –un postre– mientras que el padre busca, infructuosamente, hacerlos entrar en razón. Se configura, de este modo, la oposición entre un “nosotros” en el que se incluye el enunciador, respecto de quien dice “no somos boludos”, y un ellos irracionalmente demandante que se niega a asumir la “verdad” de las cosas, esto es, que el “amigo”/kirchnerismo, ha sido el causante del incendio/crisis económica.

Lo que ocurre allí, sin embargo, es la anulación de toda legitimidad posible de la demanda ciudadana. En primer lugar, porque es irracional y lujosa. Pero además, por su vinculación con el kirchnerismo que, como dijimos anteriormente, circula como un significante densamente cargado de valores negativos. La arenga “queremos flan” fue recuperada por el macrismo e incluso circularon videos donde legisladores de ese espacio político la entonaban como canción, lo que da cuenta de sus efectos como enunciado político. En este sentido, y en tanto destitución de la demanda ciudadana, puede vincularse con la interpelación de María Eugenia Vidal a los docentes que referíamos más arriba: en la medida en que los sujetos estén vinculados con el kirchnerismo, sus reivindicaciones se interpretan *ipso facto* nulas.

Desde luego, podría decirse que todas las ideas, los argumentos y las narrativas que hemos mencionado no son, de ningún modo, un invento reciente, y que registran largos antecedentes en la *historia* de nuestras ideas. En efecto, no se trata de afirmar que el giro a la derecha haya inaugurado una discursividad novedosa, inédita. Sostenemos, en cambio, que se produjo una reconfiguración en el discurso social, de tal modo que textos que anteriormente resultaban periféricos, deplorables o incluso impronunciables, devinieron legítimos, centrales y lograron hegemonizar, aunque provisoria y precariamente, el campo político. Es que, en suma, ninguna hegemonía se construye desde un grado cero; no existen, como diría Bajtín, adanes del discurso, sino que toda representación política opera sobre un sedimento disponible, una relativa estructuralidad que se moldea y modela al calor de cada época.

El escenario descrito y analizado para el caso argentino puede establecer analogías con

lo que ha sucedido en otras latitudes. Jair Bolsonaro llegó a la presidencia de Brasil luego de haber reconocido como “héroe nacional” y homenajear a un militar que participó activamente en la última dictadura militar de ese país y formó parte del grupo de tareas que torturó a la depuesta presidenta Dilma Rousseff. El mandatario afirmó también que prefiere tener un hijo muerto antes que homosexual y, en el mismo orden de cosas, afirmó que un hijo suyo nunca se involucraría sentimentalmente con una mujer negra por estar “muy bien educados”. En la misma sintonía, Donald Trump llegó a la presidencia de los Estados Unidos luego de haber acusado a México de enviar “violadores” a su país, cuestionar la nacionalidad de su antecesor Obama y aconsejar a legisladores opositores regresar a sus países de origen.

Repetimos: no se trata de ideas novedosas. El racismo, la homofobia, el rechazo a la pobreza y el antisindicalismo existen desde tiempos incontables. Lo llamativo es que, como dijimos, estas discursividades hayan logrado hegemonizar el campo político tras décadas de fetichización de la paz, la tolerancia y la diversidad. ¿Cómo fue posible, entonces, que la brutalidad atravesase el discurso político contemporáneo?

Barros nos permiten delinear alguna hipótesis. En primer lugar, la hegemonía progresista –así como cualquier hegemonía– no podía, por razones de orden lógico, fijar de una vez y para siempre el sentido y el orden de lo social. Una vez que este discurso perdió eficacia representacional, así como su capacidad para contener las distintas demandas, algunos lenguajes disponibles lograron articularse en torno a ciertos significantes y emerger como nuevas posibilidades de construcción de un orden.

Sin embargo, aquella hegemonía no resultó, por lo menos en Argentina, demasiado duradera. Tras cuatro años de gestión, el presidente Mauricio Macri no logró su reelección en 2019. Quizás las sucesivas desinteligencias económicas, que trajeron aparejado un aumento en el nivel de pobreza, el desempleo y el endeudamiento externo, resultaron clave para el fracaso electoral. Aun así, como bien apuntó Verón, todo fenómeno social tiene una dimensión discursiva, por lo que se torna relevante preguntarnos por qué el relato macrista no logró interpelar exitosamente a una mayoría de votantes.

La fórmula triunfante, integrada por el exjefe de Gabinete de Néstor Kirchner, Alberto Fernández –quien se fue del Gobierno en 2008 de manera muy crítica– y la expresidenta Cristina Fernández de Kirchner aparece, no obstante, como una identidad acaso enigmática que, si bien conserva una suerte de núcleo estable kirchnerista, ha debido articular con otras fuerzas políticas como el Frente Renovador, el Peronismo Federal y partidos provinciales para ganar las elecciones. Es decir, la identidad política que perdió su posición hegemónica en 2015 no la recuperó, sino que ahora es parte de una nueva cadena de equivalencias que redefine el campo político en la medida en que traza nuevos clivajes a instancias de haber constituido alianzas con sectores anteriormente opositores.

Hasta el momento, el discurso oficialista ha buscado diferenciarse claramente de la retórica de *Cambiamos*, aunque sin recuperar plenamente los tópicos y fetiches del discurso kirchnerista. Quizás esto se deba a que la voz de la derecha, lejos de haber regresado a posiciones periféricas, todavía puede disputar con muy buenas armas la centralidad del

espacio político contemporáneo.

Bibliografía

Arditti, Benjamin (2009). "El giro a la izquierda en América Latina, ¿una política post-neoliberal?" En: Revista *Ciencias Sociais. Unisinos*. (45) 3. Septiembre-diciembre 2009. Unisinos.

Buonfiglio, Yair (2016). "Escenas de la discursividad política perielectoral". Revista *Oficios Terrestres*. N° 34. Universidad Nacional de La Plata. La Plata.

Arditi, Benjamín, (2009): "Pertenencia y reencantamiento de la política en el escenario postliberal". Santiago de Chile: CEPAL.

Angenot, Marc (2010): El discurso social. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Barros, Sebastián, (2012): Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Buonfiglio, Yair (2016): "Los nombres del cambio. Apuntes para una cartografía del discurso político en la Argentina PRO". En *Raigal*, N° 2. Universidad Nacional de Villa María.

Foucault, Michel (2010): Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas. México: Siglo XXI.

Foucault, Michel (2005): El orden del discurso. Buenos Aires: Tusquets.

Verón, Eliseo (1987): "La palabra adversativa". En *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

SUBJETIVIDAD Y TRABAJO EN LA RACIONALIDAD NEOLIBERAL.

PRECARIZACIÓN Y RESISTENCIAS

Fidel Azarian⁵⁸

Introducción

El escenario actual favorece unas condiciones políticas, económicas y socioculturales que agudizan el conflicto entre comunidad e individuo. Esta individualización y su consecuente impacto sobre aquello que se define como lo común, se traduce en la actualmente atractiva y trabajada noción de precariedad: ¿cómo es que lo precario resuena como matriz de subjetivación en figuras muy pregnantas en la actualidad que remiten al sujeto como “empresario de sí”, como sujeto “autosuficiente”, “resiliente”, “imbatible”, resultantes, todas ellas, de una vigente y muy eficaz gestión neoliberal de las poblaciones? De forma inescindible a esta pregunta aparece otra: ¿en qué medida los/las/les precarios presionan/tensan/disputan/resisten las racionalidades neoliberales de gobierno? Es que, como dice Lorey, hay dos modos de estar en relación bajo la precarización neoliberal: subyugación o empoderamiento. Esto significa que, así como han proliferado nuevos modos de sujeción bajo las relaciones sociales y las formas subjetivas que ha reconfigurado el neoliberalismo, también podemos encontrar fisuras en las mismas prácticas de subjetivación. En este horizonte de sentido toman forma las primeras preguntas que orientan nuestro análisis: ¿de qué manera se constituye los sujetos trabajadores en el contexto neoliberal actual?; ¿cuáles son las tecnologías orientadas a la producción de esos sujetos?; ¿qué modulaciones o resistencias encontramos ante esta forma de subjetivación? Para dar respuesta a las mismas, abordaremos en el análisis experiencias precarias de trabajo tales como las de las trabajadoras sexuales (AMMAR) y de los carreros y recicladores de la Cooperativa La Esperanza, en Córdoba, Argentina. En este marco se inscribe nuestra principal hipótesis de trabajo que sostiene que la precariedad se constituye –en el marco de la racionalidad neoliberal– en la norma que rige la vida de los trabajadores y, en este sentido, opera como un modo de gobierno de los sujetos a partir del cual estos se constituyen y/o resisten; lo

⁵⁸ Licenciado en Ciencia Política por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba, Maestrando en Sociología y Doctorando en Ciencia Política en el Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Becario CONICET (2018-2023), docente en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba. Es integrante de los siguientes proyectos y colectivos: “Activismos sexogénicos y feministas en la Córdoba del nuevo milenio: hacia la redefinición de los horizontes comunitarios”, radicado en el Área de Feminismos, Géneros y Sexualidades (FEMGES) del Centro de Investigaciones María Seleme de Burnichon de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC; Colectivo de Investigación “El llano en llamas” (UNC-UCC); Programa de Investigación “Biopolítica, gubernamentalidad y subjetividad” del Centro de Estudios e Investigaciones sobre Cultura y Sociedad (CIECS-CONICET-UNC).

que nos lleva a formular una segunda hipótesis, y es que lo colectivo aparece como una plataforma de enunciación y constitución, frente al proyecto individual que ofrece la racionalidad neoliberal, toda vez que los sujetos no encuentran inscripción en el plano del mercado tradicional de trabajo, o reconocimiento de sus derechos por parte de la estatalidad.

En el contexto actual, la regulación del trabajo se hace expresa mediante el “gobierno de la subjetividad” (Crespo y Serrano, 2011). Ello obedece a la mutación que asume la forma social capitalista actual que implica un diagrama particular de ejercicio del poder: la racionalidad neoliberal (Brown, 2017; Foucault, 2007; Gringberg, 2007; Laval y Dardot, 2013; Lazzarato, 2006; Murillo, 2011). Esta opera orientada a la producción de un tipo específico de subjetividad, asociada a la constitución del *homo economicus*, un sujeto interpelado permanentemente bajo la figura del “empresario de sí”, que ha producido desplazamientos epistémicos y políticos en el campo del trabajo.

En este contexto –tanto a nivel regional como nacional y local– el discurso sobre la inclusión laboral ha girado en torno a la noción de “empleabilidad”, el cual produjo rupturas y transformaciones en los modos de concebir y regular el empleo prevalecientes hasta la década del noventa (Pierbattisti, 2008). El discurso de la empleabilidad instala la necesidad de calificar la fuerza de trabajo a través del “entrenamiento” laboral, lo cual significó un modo de desplazar las problemáticas del mundo del trabajo desde la esfera de lo social hacia lo individual⁵⁹ (Avalle y Brandán Zehnder, 2011; Assusa y Brandán Zehnder, 2014). Al mismo tiempo, han proliferado otros dispositivos de gobierno de la fuerza de trabajo como lo son el desempleo y la precariedad, que han producido un tipo de subjetividad flexible y siempre dispuesta a trabajar sobre sí (Virno, 2001; Gorz, 1989; De la Garza, 2000).

En América Latina, la gestión neoliberal del trabajo ha oscilado entre el reconocimiento del mismo como motor para la inclusión social y la persistencia de la informalidad y precariedad como modalidades de acceso al mundo del trabajo. De acuerdo a la OIT (2014) la informalidad laboral se ha convertido en un fenómeno socioeconómico que reviste una gravedad y extensión más que significativas desde hace varias décadas, y afecta en la actualidad a 4 de cada 10 trabajadores.

Ante una mirada economicista que restringe el análisis a estos aspectos, la indagación que aquí sugerimos en torno al trabajo, los procesos de subjetivación y la precariedad parte de entender a la misma como un dispositivo de gobierno del trabajo y sus sujetos, en el marco de la racionalidad neoliberal. Esta reviste entonces un doble carácter. Por un lado emerge como forma de estar y permanecer en el mercado laboral bajo múltiples expresiones (Beccaria et al. 2000; Battistini, 2009), y por el otro aparece como una condición subjetiva donde la vulnerabilidad, la pobreza y la desigualdad se entrelazan con la permanente disposición de los individuos a los requerimientos del capital, a la vez que habilita la posibilidad de pensar las resistencias y contraconductas que emergen frente a estos

⁵⁹ En el ámbito local, esta matriz de modulación de la subjetividad se reconoce específicamente en una serie de políticas de calificación y cualificación para la inserción laboral focalizadas en sectores excluidos por un mercado de trabajo altamente competitivo, fluctuante y expulsivo; políticas que promueven el desarrollo autodirigido de la empresa de sí y la gestión pragmática de tiempos, personas y espacios orientada a resultados (Ciuffolini, 2017): Programa Jóvenes con más y mejor trabajo, Primer Paso, Primer Paso Aprendiz, Programa Por mí, Córdoba con ellas, Pila para adultos varones, entre otros.

modos de gobierno de la vida.

En este horizonte de sentido toman forma las primeras preguntas que orientan nuestro análisis: ¿de qué manera se constituye los sujetos trabajadores en el contexto neoliberal actual?; ¿cuáles son las tecnologías orientadas a la producción de esos sujetos?; ¿qué modulaciones o resistencias encontramos ante esta forma de subjetivación? Para dar respuesta a las mismas, abordaremos en el análisis experiencias precarias de trabajo tales como las de las trabajadoras sexuales (AMMAR) y de los carreros y recicladores de la Cooperativa La Esperanza, en Córdoba, Argentina.

Específicamente interesa dar cuenta por un lado, del proceso subjetivo, colectivo y asociativo sostenido por el sindicato de trabajadoras sexuales de la provincia de Córdoba desde el año 2000, cuyas acciones se orientan a organizar al sector, reclamar por el reconocimiento de derechos y denunciar la persecución policial que se ha visto profundizada tanto por la aplicación del Código de Faltas –hoy Código de Convivencia Urbana–, como por la sanción en el año 2013 de la Ley Provincial contra la Trata (Azarian, 2016a); por el otro, de la situación de carreros y recicladores de la ciudad de Córdoba que desde el año 2010 han desarrollado un esfuerzo por organizar a trabajadores de la basura; inventar nuevas modalidades de trabajo, prácticas de cuidado de sí, organización colectiva, reconocimiento estatal y enfrentar procesos permanentes de judicialización tanto por persecución policial, como por organizaciones del sector no gubernamental autodenominadas “proteccionistas”(Azarian, 2016b).

En este marco de análisis se inscribe nuestra principal hipótesis de trabajo que sostiene que la precariedad se constituye –en el marco de la racionalidad neoliberal– en la norma que rige la vida de los trabajadores y, en este sentido, opera como un modo de gobierno de los sujetos a partir del cual estos se constituyen y/o resisten; lo que nos lleva a formular una segunda hipótesis, y es que lo colectivo aparece como una plataforma de enunciación y constitución, frente al proyecto individual que ofrece la racionalidad neoliberal, toda vez que los sujetos no encuentran inscripción en el plano del mercado tradicional de trabajo, o reconocimiento de sus derechos por parte de la estatalidad.

En este artículo, nos proponemos en primer lugar, reconstruir las condiciones de emergencia de la producción actual de subjetividades en el mundo del trabajo y el modo en que opera la precariedad como uno de sus dispositivos centrales. En segundo lugar buscamos analizar y comprender las modulaciones, resistencias y contraconductas que se presentan en experiencias de trabajo precario y sus intentos por subvertir esa particular configuración de lo laboral dispuesta por el poder. Para esto, analizamos las luchas de las trabajadoras sexuales de AMMAR (Asación de Mujeres Meretrices Argentinas) y de los carreros y recicladores de la Cooperativa La Esperanza, ambas organizaciones de Córdoba, Argentina.

La gestión precarizante de la vida y el trabajo bajo la racionalidad neoliberal del gobierno

El intenso proceso de reconfiguración del sistema capitalista contemporáneo se produce a partir de un particular diagrama de ejercicio del poder: la racionalidad neoliberal. Esta es

en la actualidad el sustrato a partir del cual se configuran las relaciones sociales, las relaciones de poder y, en consecuencia, las relaciones del mundo del trabajo.

La racionalidad neoliberal organiza no solo la acción de los gobernantes sino también la conducta de los gobernados a partir de “la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modelo de subjetivación” (Laval y Dardot, 2013:15). Esta racionalidad está orientada a la formación de un tipo específico de subjetividad, asociada a la constitución del “empresario de sí” (Foucault, 2007; Rose, 1999), y en este proceso se activan múltiples técnicas de poder, las cuales pueden ser resistidas o desobedecidas por los sujetos del mundo del trabajo (Lorey, 2016).

El imperativo del empresario de sí mismo –un individuo competitivo, eficiente, emprendedor, proactivo, autoproducido, adaptativo, creativo y afectivamente comprometido con la compañía– se configura como el tipo antropológico ideal para afrontar las exigencias de los diagramas empresariales del presente (Landa y Marengo, 2016). La racionalidad neoliberal produce un sujeto competitivo, que debe entrenarse para maximizar sus capacidades, exponiéndose a riesgos que tiene que afrontar asumiendo individualmente la responsabilidad ante posibles fracasos (Laval y Dardot, 2013). Desde esta perspectiva, tanto el éxito como el fracaso son consecuencias de los agenciamientos individuales, del aprovechamiento de las oportunidades y la minimización de los riesgos.

La gestión neoliberal del trabajo ha redundado en un conjunto de transformaciones a nivel subjetivo que redefinen el repertorio de aptitudes y competencias que determinan la incorporación activa del factor humano al proceso productivo (Dejours, 1998). El capitalismo contemporáneo exige el involucramiento de los individuos para enfrentar con recursos gestionados personalmente condiciones laborales que demandan todas sus potencialidades subjetivas: su creatividad, su capacidad de liderazgo y autogestión, su resiliencia, su flexibilidad (Papalini, 2016).

Hoy, las relaciones laborales están marcadas por la incertidumbre, la informalidad y la precariedad, condiciones que sientan las bases simbólicas y materiales para la emergencia de un modelo de empleado competente, adaptable y rentable al régimen de producción flexible que supone la fase actual del capitalismo mundial: el posfordismo. Para comprender estos fenómenos, nos valemos de los aportes de Isabell Lorey (2016), quien dispone la mirada sobre el modo posfordista de producción para identificar las rupturas y los desplazamientos que produjo el neoliberalismo en las condiciones de vida de los trabajadores, tras el desmantelamiento de los Estados de bienestar. Lorey afirma que la precariedad se ha convertido en un régimen hegemónico de ser gobernados y de gobernarnos a nosotros mismos ya que es la precariedad lo que se gestiona en el neoliberalismo.

“La precarización simboliza un terreno en disputa: un terreno en el que el intento de empezar un nuevo ciclo de explotación se topa además con deseos y comportamientos subjetivos que expresan el rechazo del viejo régimen del trabajo que se conoce como fordista y la búsqueda de una vida distinta y mejor y, nos atreveríamos a decir, más flexible. En la precarización convergen en nuevos modos de subjetivación un grado máximo de explotación y una liberación de las relaciones de explotación tradicionales vinculadas al

aparato productivo del fordismo” (Lorey, 2016:25).

Lorey toma de Butler la noción de “precariedad” y de Foucault la noción de “gubernamentalidad” para preguntarse por los efectos políticos de determinados procesos de precarización de la vida en el mundo del trabajo. La crítica de Lorey a Foucault es que su concepción de gubernamentalidad no tiene en cuenta la dimensión de la desigualdad estructural que produce la gestión precarizante. En ese sentido Lorey distingue tres dimensiones de lo precario: la “condición precaria”, equivale a lo que Butler denomina vulnerabilidad corporal en un plano socio-ontológico, la “precariedad”, en términos de Butler es el reparto diferencial de la vulnerabilidad corporal, y la “precarización”, como operación de poder que produce precariedad, esto es la gubernamentalidad neoliberal⁶⁰. En palabras de Lorey: “la precarización como gubernamentalidad no solo significa incertidumbre en el trabajo remunerado, sino precisamente incertidumbre en el modo de vida y por ende en los cuerpos y en los modos de subjetivación. Entender la precarización en tanto gubernamentalidad permite problematizar las complejas interacciones de un instrumento de gobierno con las relaciones económicas de explotación, así como con los modos de subjetivación en sus ambivalencias entre sumisión y empoderamiento” (Lorey, 2016:28).

A su vez, Butler (2010) afirma que la condición precaria de la vida humana se revela en su necesarias interdependencias y en ese sentido desarticula cualquier idea de individualismo posesivo, centrado en la autonomía personal y en la propiedad, ideales normativos de la racionalidad neoliberal. Así vemos cómo la condición de “precariedad”, más o menos existencial, aparece estrechamente ligada a una concepción específicamente política de precariedad.

Sin dudas, cierta indeterminación se abre cuando traemos la noción de precariedad para describir una realidad social y política transformada por el desmontaje de derechos ciudadanos –con la intensificación de las violencias que eso supone– y para pensar nuevos modos de percibir y politizar los cuerpos y sus relaciones a partir de una condición vulnerable puesta en el centro de la mirada (Giorgi, 2017). ¿Cuáles son las condiciones que hacen que un cuerpo sea vivible/deseable/posible? ¿Qué cuenta como vida digna de ser vivida? ¿Dónde trazamos las fronteras simbólicas que protegen algunas vidas y descuidan a otras? Todas estas preguntas giran en torno a las condiciones de posibilidad de la vida y refieren tanto a las condiciones materiales como a las normas sociales y culturales que producimos y reproducimos en sociedades biopolíticas como las que hoy tenemos⁶¹.

⁶⁰ “Con *precariedad* se denomina el encasillado y el reparto de la condición precaria con arreglo a relaciones de desigualdad, a la jerarquización del ‘co-ser’ asociada a los procesos de *othering* (alterificación). Esta dimensión de lo precario comprende relaciones de dominio naturalizadas, a través de las cuales es atribuida o denegada la pertenencia a un grupo. Por precariedad cabe entender posicionamientos sociales diferenciales en la inseguridad, pero el término no implica modos de subjetivación ni agencia de los posicionados” (Lorey, 2016: 27).

⁶¹ “Habría que hablar de *biopolítica* para designar lo que hace entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos y convierte al poder-saber en un agente de transformación de la vida humana, esto no significa que la vida haya sido exhaustivamente sometida a técnicas que la dominen o administren; escapa a ellas sin cesar (...) Lo que se podría llamar “umbral biopolítico” de una sociedad se sitúa en el momento en que la especie entra como apuesta del juego en sus propias estrategias políticas. Durante milenios el hombre siguió siendo lo que era para Aristóteles: un animal viviente y además capaz de una existencia política; el hombre moderno es un animal en cuya política está puesta en entredicho su vida de ser viviente” (Foucault, 2008: 135).

Resistencias precarias al gobierno neoliberal de los cuerpos

En *El sujeto y el poder*, Foucault (1983) nos propone partir de una serie de luchas que se han desarrollado en los últimos años para analizar las relaciones de poder: luchas contra las formas de sujeción/subjetivación. El blanco de estas luchas no es ninguna institución, ningún grupo social en particular, sino más bien una técnica de poder que surge entre los siglos XVII y XVIII en el marco de lo que Foucault denominó la “gran mutación tecnológica del poder en Occidente”. A partir de aquel momento el cuerpo y la vida llegan a ser objetos de un poder que es individualizante y homogeneizante al mismo tiempo.

Las distintas luchas contra este poder de sujeción/subjetivación comparten características comunes que creemos que se hacen presentes tanto en el caso de la lucha de AMMAR como de los carreros de la Cooperativa La Esperanza. En primer lugar, son luchas transversales, no están confinadas a un espacio social determinado, se multiplican y van tomando distintas formas en distintos contextos. Así vemos cómo se han ido construyendo redes entre distintas organizaciones que luchan por el reconocimiento del trabajo sexual en distintos lugares –a nivel local, regional e internacional– como así también las cooperativas de carreros han tejido alianzas con otros trabajadores de la economía popular y organizaciones de la economía solidaria en distintos ámbitos nacionales y transnacionales.

En segundo lugar, estas luchas disputan efectos de verdad que produce el ejercicio y la circulación del poder en un momento dado. De acuerdo con Foucault (1996) decimos que la voluntad de verdad está sostenida por una serie de prácticas y formas específicas en las cuales el saber se hace valer en una sociedad y se posiciona en un lugar de autoridad excluyendo y ejerciendo presión sobre otros discursos. En los casos analizados, advertimos que tanto los carreros como las trabajadoras sexuales resisten discursos y prácticas de poder que pretenden normalizarlos, los reprimen y los excluyen del mundo del trabajo, más aún, producen saberes sobre el cuerpo y la vida que desafían racionalidad neoliberales de gobierno del trabajo y de la vida.

En tercer lugar, las microresistencias del presente son siempre immanentes, son luchas que no atacan al enemigo principal sino al enemigo inmediato, cuestionando las instancias de poder más cercanas. En el caso de AMMAR, podemos decir que la lucha que las trabajadoras del sexo protagonizan parte del cuestionamiento a la red de relaciones clandestinas que administra el negocio del sexo, red en la cual la institución policial cumple un rol protagónico. De hecho, AMMAR-Córdoba surge en el año 2000 para frenar la represión y la persecución policial; así se explica la identificación que las trabajadoras hacen de la policía como el patrón del cual dependen. Lo que las trabajadoras sexuales denuncian es que el accionar represivo no se orienta a erradicar la explotación sexual del trabajo ajeno en whiskerías, cabarets, prostíbulos, etc. sino al ejercicio autónomo del trabajo sexual en las calles. Los policías les piden un porcentaje de lo que ganan o favores sexuales a cambio de dejarlas trabajar en determinadas zonas bajo amenazas de llevarlas detenidas (Avalle, 2010). En el caso de los carreros de la Cooperativa La Esperanza, la lucha se orienta principalmente a frenar la criminalización y judicialización de los carreros, con el secuestro

de caballos que ello implica. Un dato central que emerge en el trabajo de campo es que actualmente hay una preocupación vital entre los socios: el secuestro judicial de caballos y la criminalización de los carreros a raíz de las denuncias que les hacen las organizaciones “defensoras de los derechos de los animales” como la “Fundación Sin Estribos”, querellante en la mayoría de las causas⁶².

Por último, una de las características más importantes que según Foucault (1983) comparten las luchas del presente es que cuestionan el estatus del individuo: por un lado subrayan la singularidad de los individuos y por otra parte denuncian aquello que los separa de la vida comunitaria y los fuerza a volverse sobre sí mismos. En el caso de AMMAR, el reclamo hacia el Estado por la inclusión de las trabajadoras sexuales en el mundo del derecho laboral con los beneficios que ello implica (prestaciones sociales, jubilación, sindicalización, etc.) es una demanda fuertemente igualitaria. La demanda de reconocimiento de derechos laborales es dimensión fundamental de la resistencia de AMMAR, indisociable a la lucha por el reconocimiento del trabajo sexual como una de las tantas formas posibles de vivir la sexualidad. En el caso de La Esperanza, si hacemos una breve revisión de los distintos proyectos de la cooperativa –crear una escuela carrera, sostener comedores nocturnos, construir espacios recreativos, poner en marcha una planta de reciclado, participar en campañas solidarias, etc.–, todos estos elementos dan cuenta de que las prácticas agenciadas por los carreros habilitan procesos de subjetivación que promueven nuevas formas de relacionarse con los otros: vínculos más solidarios y más igualitarios.

Para no concluir, para continuar

A la luz del marco conceptual propuesto, el análisis de los procesos de subjetivación política que se producen en el mundo del trabajo parte de las resistencias que asumen la forma de luchas sociales. Luchas contra los efectos cotidianos del poder, contra sus manifestaciones más concretas e inmediatas. Luchas que atacan tecnologías de poder que son constitutivas de los sujetos. Luchas “contra las formas de sujeción o contra la sumisión de la subjetividad” (Foucault, 1983:8). Las luchas que protagonizan tanto carreros como trabajadoras sexuales llevan implícita la pregunta ¿Quiénes somos?; interrogante referido a un colectivo, a un “nosotros”, y a una temporalidad histórica que es el presente.

En la actualidad, los escenarios de conflicto emergen en la intersección entre las disposiciones de la racionalidad hegemónica de gobierno y las expectativas y necesidades de las poblaciones afectadas. De allí se explica el carácter múltiple y focal de las luchas del presente, como así también la heterogeneidad de los sujetos políticos que las sostienen. Estas características marcan una clara distancia de aquellos movimientos universalistas y homogéneos que signaron los conflictos y las transformaciones en otros tiempos (Ciuffolini, 2014).

⁶² La criminalización como respuesta institucional al reclamo de los carreros para que se les permita trabajar en la zona céntrica no es novedosa. Desde hace muchos años la prohibición y la criminalización ha sido una amenaza constante para el sector. Cabe recordar al respecto la ordenanza 8.643 promulgada durante la última dictadura militar, que prohibió el uso de vehículos de tracción a sangre en el ejido central de la ciudad, y ha sido invocada hasta el año 2002 para reprimir a los carreros; como así también la ordenanza 9.981 sancionada en 2004, que deroga la anterior pero cuyo espíritu es el mismo en lo que se refiere a los carros de tracción a sangre (Bermúdez, 2011).

Si bien estas resistencias que emergen en el mundo del trabajo –que se ha reconfigurado drásticamente por la eficacia performativa de la razón neoliberal de gobierno– pueden ser leídas como cuestionamientos particulares, dispersos, fragmentarios o discontinuos, creemos que su potencia radica en la capacidad que tienen para actualizar contenidos históricos marginados, descalificados, desechados por la razón neoliberal y por sus críticos hegemónicos. Estos contenidos históricos sepultados retornan bajo la forma de saberes jerárquicamente inferiores, que se encuentran por debajo de la cientificidad exigida, pero que se ponen en juego en las luchas sociales reales, haciendo posible la crítica. La apuesta teórica-epistémica consiste entonces en recuperar esos lenguajes políticos para elaborar un pensamiento que pueda comprender las diversas luchas que emergen en el espacio social, acompañar su irrupción y contribuir a su fortalecimiento.

Bibliografía

Avalle, G. (2010). *Las Luchas del trabajo en Córdoba*. Córdoba: Educc.

Avalle, G. (2014). “La contienda de la educación: lucha y acción colectiva sindical en la Argentina contemporánea. Análisis de tres contiendas provinciales de sindicalismo docente”. Tesis Doctorado en Política y Gobierno. Universidad Católica de Córdoba.

Avalle, G, y Brandán Zehnder, M.G. (2010). “Políticas Laborales: entre la emergencia, la asistencia y la reproducción”. En *Demos Participativa*. Págs. 102-106. Año 3, Vol. 3, Nº 5.

Avalle, G. y Brandán Zehnder, M.G (2011). “Entre la compensación y la inclusión. Tensiones en las políticas laborales y de empleo en la Argentina post-convertibilidad”. En *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*. Págs. 29-46. Año 1. Nro. 1. Buenos Aires: Departamento de Planificación y Políticas Públicas. Universidad Nacional de Lanús.

Azarian, F. (2016a). “La lucha de AMMAR-Córdoba. La lucha de las trabajadoras sexuales de AMMAR-Córdoba. Un análisis desde la teoría de la justicia de Nancy Fraser”. En *Studia Politicae*. Número 39. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Católica de Córdoba, Argentina. ISSN: 1669-7405. ISSN en línea: 2408-4182. Pág. 57-72. Disponible en: <http://revistas.bibdigital.uccor.edu.ar/index.php/Prueba2/article/view/1155/1085>

Azarian, F. (2016b). “Neoliberalismo y Biopolíticas. Resistencias carreras en Córdoba”. En *Anuario XVI del Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales* de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba, Editorial La Ley. ISSN: 1667-6122. Disponible en: <http://www.derecho.unc.edu.ar/publicaciones/anuarios-del-cijs-1/anuario-xvi/view>

Battistini, O. (2009). “La precariedad como referencial identitario. Un estudio sobre la realidad del trabajo en la Argentina actual”. En *Revista Psicoperspectivas*. Vol. VIII. Nº2. Chile: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Disponible en: <http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/issue/view/10>

Becaria, L. et. al. (2000). “Argentina: Informalidad laboral en el nuevo modelo económico”.

En Carpio, Jorge, Klein, Emilio y Novacovsky, Irene (comps.) *Informalidad y exclusión social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica / SIEMPRO / OIT

Beck, U. (2007). *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.

Brandán Zehnder, M.A. (2015a) "Jóvenes e inclusión laboral. Las construcciones sobre el trabajo, la juventud y el mercado desde el estado. Un análisis a partir del Programa Jóvenes con Más y Mejor Trabajo (PJM YMT)". Tesis de Doctorado en Ciencia Política. Universidad Nacional de Córdoba.

Brandán Zehnder, M. G. (2015b). "Gobernar voluntades: una mirada crítica a los dispositivos de inserción laboral para jóvenes". En Revista *Inferencia Política*. Instituto de Análisis de Políticas Públicas. Licenciatura en Ciencia Política. Departamento Académico de Ciencias Sociales, Jurídicas y Económicas. Universidad Nacional de La Rioja. ISSN: 1853-788X. Disponible en: <http://revistaelectronica.unlar.edu.ar/index.php/inferenciap/article/view/493/445>

Brown, W. (2017). *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpas Ediciones SL.

Butler, J. (2006). *Vida precaria*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, J. (2014). "Repensar la vulnerabilidad y la resistencia". Conferencia impartida el 24 de junio en el marco del XV Simposio de la Asociación Internacional de Filósofos (IAPh), Alcalá de Henares, España. Disponible en: http://www.cihuatl.pueg.unam.mx/pinakes/userdocs/assusr/A2/A2_2195.pdf

Castel, R. (2010) "El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo". Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Crespo, I. y Serrano, A. (2011) "Regulación del trabajo y el gobierno de la subjetividad: la psicologización política del trabajo". En: OVEJERO, A. y RAMOS, J. (eds.) *Psicología Social Crítica*. Madrid: Biblioteca Nueva. Disponible en: <http://www.ucm.es/centros/cont/descargas/documento25372.pdf>

Deleuze, G. (1991). "Post-data sobre las sociedades del control", en Christian Ferrer (Comp.) *El lenguaje literario*, Tº 2, Montevideo: Ediciones Nordan.

De la Garza Toledo, E. (comps.) (2000). *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*. México: CLACSO. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cyg/trabajo2/8.pdf>

Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: FCE.

Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.

Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*, Madrid: De La Piqueta (3ª ed.)

Foucault, M. (1983) "El sujeto y el poder". Disponible en: <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Foucault/El%20sujeto%20y%20el%20poder.pdf>.

Grinberg, S. (2011): "Gubernamentalidad y educación en tiempos de gerenciamiento. Re-

flexiones en torno de la experiencia de los dispositivos pedagógicos en contextos de extrema pobreza urbana”, En VIII Encuentro de Cátedras de Pedagogía de Universidades Nacionales Argentinas, La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Lazzaratto, M. (2006) *Políticas del Acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Murillo, S. (2011) “La nueva cuestión social y el arte neoliberal de gobierno”. En Revista *Cátedra Paralela*, N° 8, pp.9-32: Buenos Aires.

OIT (2014) *Informalidad laboral en Argentina: Segmentos críticos y políticas para la formalización*. Buenos Aires.

EL CASTIGO Y LA REVELACIÓN. SOBRE LOS ROSTROS POSIBLES EN EL CASO MALDONADO

Pablo Daniel Sánchez Ceci

“Pero el cuerpo está directamente inmerso en un campo político. Las relaciones de poder lo convierten en una presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a trabajos, lo obligan a ceremonias, exigen de él signos.”

Michel Foucault (2009)

1. El caso Maldonado.

Santiago Maldonado de 28 años fue visto por última vez el mediodía del martes 1 de agosto de 2017, cuando Gendarmería Nacional Argentina realizó un operativo para desalojar una comunidad mapuche Lof de Cushamen en Chubut. Al día siguiente sus familiares toman conocimiento del hecho. A partir de ese momento comienza una búsqueda que termina el día 17 de octubre, cuando buzos de Prefectura Naval encuentran el cuerpo sin vida de Santiago a orillas del río Chubut.

El “Caso Maldonado” abrió una serie inagotable de intervenciones y disputas en el espacio público y privado. Durante los 77 días que Santiago Maldonado permaneció desaparecido el discurso social fue el escenario de intensas disputas simbólicas, en las que representantes del Estado hicieron uso del lenguaje más macabro disponible. Entre estas expresiones podemos ubicar a la diputada Elisa Carrió que dijo “es como Walt Disney” en referencia a la conservación del cadáver por las bajas temperaturas. Por otra parte la ministra de seguridad Patricia Bullrich (responsable del operativo) mantuvo una posición de defensa incuestionable del accionar de gendarmería a la vez que sostenía que la responsabilidad de la muerte recaía en la comunidad mapuche a la que Maldonado acompañaba. Paralelamente la familia fue víctima de acoso en redes sociales, de noticias y pistas falsas a las que respondieron en comunicados públicos disponibles en la página web <http://www.santiagomaldonado.com/>.

Este trabajo se detiene en un fragmento específico del desborde discursivo suscitado alrededor del caso. A partir de la medianoche del mismo 17 de octubre que el cadáver fue encontrado, comienzan a circular las imágenes del cuerpo de Santiago en la morgue, primero a través de Whatsapp, después en distintos medios y redes sociales. Aún hasta hoy, basta buscar en Google para encontrarse con las imágenes. Werther Augusto Aguiar, médico de la Policía Federal, fue procesado judicialmente por la filtración de estas imágenes⁶³.

⁶³ Para una descripción más precisa de la cronología del Caso puede encontrarse en el sitio mantenido por la fa-

Lo que distingue a estas imágenes de otras operaciones discursivas –en el desarrollo del caso y en el discurso social en general– es el carácter tabú de los tópicos de la muerte explícita en la cultura occidental moderna, sobre todo cuando se trata de registros no ficcionales como este (Angenot, 2010). Una primera respuesta acerca de cómo estas imágenes pudieron “saltar” las restricciones esperables de lo visible, es que la notoriedad social del tema lo habilitaba; no sería cualquier cadáver, no es un muerto más. Otra respuesta puede apelar a la fascinación por la violencia espectacular en los medios. Son muchas las respuestas que pueden darse a esta pregunta.

Este trabajo no pretende explicar cómo fue posible la circulación de las fotografías en cuestión. Desde otra perspectiva, nos preguntamos por las distintas estrategias discursivas en los discursos mediáticos y el campo de efectos de sentido que habilita esta serie visual. Inserta en el contexto más amplio de un discurso social con sus mecanismos de regulación de la economía discursiva y la configuración de dominancias en una cierta topografía (Angenot, 2010), este escenario se vincula con los procesos de necropolítica (Mbembe, 2011) y la distribución diferencial de la vulnerabilidad de los cuerpos que se establece entre vidas precarias y vidas vivibles (Judith Butler, 2006).

Seguimos en este trabajo una hipótesis de lectura: el neoliberalismo es una forma específica de matar; o dicho de una manera más mesurada: una forma particular de precarizar la vida y gestionar las fronteras entre vidas vivibles y vidas precarias. Cada régimen político establece una economía de la violencia, la vida y la muerte. Es inherente al campo de fenómenos de la organización conflictiva de lo común un orden –siempre precario y contingente– que define cuáles y de qué manera las vidas valen. Por otra parte, es evidente que morir (o vivir) no es un acto totalmente individual. Para Sandra Gayol y Gabriel Kessler la muerte “es un hecho social y es un recurso de la política: un instrumento del que se puede valer el estado, a través de actores diversos, para alcanzar determinados objetivos” (2018: 24).

Morir y matar son actos atravesados por profundas dimensiones discursivas, pero también son técnicas específicas de la política. Para elegir las vidas sobre las que se tiene el poder de “hacer morir” es necesario que previamente se las expulse de los contornos culturales determinan qué vidas son precarias y cuáles no. Para Isabell Lorey “la precarización en el neoliberalismo se encuentra en un proceso de normalización que hace posible gobernar mediante la inseguridad” (2016: 26).

El neoliberalismo, como forma específica de matar, restringe los marcos de lo humano por medio de la extensión (y democratización) de la precarización de distintas formas de vida. Sostenemos que este despliegue de técnicas de necropoder se establecen en alguna medida a partir de operaciones discursivas específicas. Las fotos filtradas que constituyen el corpus de este trabajo son escenas marcadas por estas operaciones de dar sentido para después dar muerte.

La imagen del cadáver petrificado de Santiago circula en un campo de conflictos por las representaciones y sentidos posibles que dan forma a distintas concepciones de lo huma-

milia Maldonado: <http://www.santiagomaldonado.com/linea-de-tiempo/> (Consultada por última vez 10/11/2018)

no. Este corpus no es precisamente un cuadro de sufrimientos, crueldad o humillaciones, como sí lo son otras fotografías tomadas en contexto de guerra o de represión. Más bien se trata aquí de imágenes que resultan de la intersección entre el dispositivo policial y el médico. Son fotos de una morgue, de una investigación. Se busca en ellas una información desconocida hasta el momento. Estas imágenes buscan mostrar o evidenciar algo, tienen una función pedagógica. ¿Qué enseñan estas imágenes? ¿Cómo se presenta el cadáver exhibido? Pero también: ¿Qué sucede cuando lo irrepresentable (la muerte) se representa? ¿Qué pasa cuando el horror encuentra inscripción? ¿Es posible el duelo que sepulte el trauma?

En lo que resta de este texto se trata de explorar algunas posibles respuestas (más bien rodeos) a estas preguntas. Para esto, se ensayará una breve concepción de la imagen fotográfica como técnica específica para el gobierno de la población y régimen discursivo con sus propias características. Después, evidenciaremos las complejas (y muy documentadas) relaciones entre la violencia, los usos del lenguaje y sus efectos en el cuerpo. Luego, exponemos un análisis de las fotos seleccionadas referido a la configuración de la corporalidad; particularmente se pensará sobre el lugar del rostro. Una vez analizados algunos de los sentidos habilitados por estas imágenes expondremos dos hipótesis interpretativas sobre las que proponemos como estrategias discursivas presentes en este corpus.

A los fines de realizar un análisis sobre las fotografías filtradas por el doctor Werther Augusto Aguiar, expondremos algunas breves pero necesarias consideraciones sobre el género discursivo específico al que pertenece nuestro corpus. En primer lugar pensamos a las fotografías como elemento de un dispositivo que distribuye entre lo visible o invisible solidario con regímenes de control y vigilancia, funcionan como “máquinas de hacer ver y hacer hablar” (Deleuze, 1990). En un ensayo sobre la historia de la fotografía, Susan Sontag afirma que “las fotografías fueron puestas al servicio de importantes instituciones de control, sobre todo la familia y la policía, como objetos simbólicos e informativos” (2016: 31). Las fotografías en documentos, pasaportes, carnet diversos, en cámaras de vigilancia, en la prensa y medios en general, funcionan así como un elemento de identificación-localización, y por lo tanto de constitución subjetiva. Así “la cámara inevitablemente revela los rostros como máscaras sociales” (2016: 65), en tanto tal, es una herramienta biopolítica. La fotografía es una operación productora de subjetividades, interpretaciones, personajes. Butler lo explica con precisión: “no es solo que quien hace la fotografía y/o quien la mira interpreten de manera activa y deliberada, sino que la fotografía misma se convierte en una escena estructuradora de interpretación” (2010: 101).

Toda fotografía está enmarcada y a la vez propone marcos para ver. La imagen no tiene nada de obvio o evidente. Para la perspectiva que sostenemos en este trabajo “la denotación no es el primero de los sentidos, pero finge serlo, y bajo esta ilusión no es finalmente sino la última de las connotaciones” (Roland Barthes, 2009: 18). No habría entonces una inocencia, ni una naturaleza del sentido o el lenguaje. La connotación es entonces el instrumento de análisis que permite el acceso a una lectura de la polisemia, ya que la denotación funciona como un caballo de Troya que siempre trae otros significados, la connotación astilla el sentido y lo disemina.

Tomamos nuestra concepción de la fotografía de *La cámara lúcida* de Roland Barthes (2017). Desde su perspectiva, la fotografía siempre reproduce un instante que ya tuvo lugar y no se volverá a repetir. Ese instante expone un referente. Toda fotografía dice: "Esto ha sido". "Esto" es el referente, "ha sido" es la inevitable orientación al pasado de la foto, es el registro nostálgico por excelencia. Se diferencian en la imagen fotográfica tres prácticas: hacer, experimentar, mirar. El fotógrafo u operador que hace la captura, el spectrum (sujeto mirado) o el referente que experimenta este retorno de la muerte del "ha sido" y el spectator (sujeto mirante) o quien mira la fotografía. El cuerpo del spectrum es creado por la operación de la fotografía, al posar para la cámara se transforma la corporalidad del referente. El "yo" nunca va a coincidir con la imagen. Hay una momificación o museificación del spectrum, de sujeto pasa a ser un objeto.

El equivalente fotográfico a la denotación y a la connotación, son el punctum y el studium. Estos dos elementos son distintas formas del "interés" que se establece entre la fotografía y el spectator. Por una parte el studium sería la relación (cultural, histórica política) de los intereses que el spectator (sujeto que mira) tiene con la fotografía. A la inversa, el punctum es un pinchazo de la imagen en el sujeto.

Barthes distingue cinco funciones: informar, representar, sorprender, hacer significar, dar ganas. Al *informar* la fotografía permite el acceso a un "infra-saber", proporciona objetos parciales. La *sorpresa* de la fotografía se logra al inmovilizar lo que el ojo no podría ver en movimiento (captura un gesto), o por que manifiesta lo raro (entendemos que el caso de las fotos de nuestro corpus obedecen a este tipo de sorpresa). *Significar* para Barthes implica transformar al spectrum en "máscara social", quien fotografía se transforma en mitólogo, convierte al rostro en un producto de su historia, su sociedad, su política. La función de *dar ganas* implica que lo fotografiado se presente como ya conocido y de alguna manera como apetecible.

En el caso de las imágenes del cadáver de Santiago se destacan dos relieves con intensidad: el tiempo y el testimonio. En consonancia con Barthes, Jean-Marie Shaeffer entiende que "la imagen fotográfica abre la distancia temporal: hace surgir el tiempo como pasado, mientras que la imagen fílmica, siempre una vez más, cierra el abismo y abre el tiempo como presencia" (1990: 49). La dimensión temporal en la imagen fotográfica es una función de indicio. Una huella de que algo y alguien paso por ahí. La eficacia de la imagen está en su capacidad de dar testimonio o prueba de un hecho preciso: "La imagen del testimonio a menudo insoportable o escandalosa, se ve de alguna manera pacificada por la integración narrativa que lleva a cabo el mensaje periodístico que la acompaña" (1990: 107). Esta última cita de Shaeffer merecería ciertas consideraciones entorno a la circulación de imágenes en el marco de una sociedad (y una semiosis) profundamente afectadas por diversos lenguajes mediáticos. Sin embargo, hay un límite para nuestro análisis y no es posible dar cuenta de la diversidad de sentidos y usos que tuvieron estas imágenes. En la prensa gráfica, esta integración narrativa de la que habla Shaeffer fue clara. Pero también circuló como burla en redes sociales, con distintos enmarques lingüísticos cuantitativamente diversos y cualitativamente inclasificables.

Es posible objetar que siempre se trabaja con fragmentos, y que el carácter ilimitado de la

semiosis es una dimensión característica del campo, de Peirce en adelante. Sin embargo sospechamos que la multiplicidad de registros semióticos, las transformaciones radicales en la circulación de discursos desde la web 2.0 y las posibilidades intertextuales abren un campo de fenómenos diversos, ante el cual cabría una duda metodológica: ¿vale la pena este recorte? Sobre todo pensando en que un discurso específico adopta materialidades diversas... ¿Qué efecto tienen las múltiples migraciones de registro que puede tener un discurso? ¿Permanece idéntico, tiene un eidos fundamental que sobrevive a la mutación o cada manifestación del discurso es última? Estas preguntas son apenas algunas de las dimensiones problemáticas que surgieron, y que no podemos dejar de mencionar, al considerar las especificaciones del género al que pertenece nuestro corpus.

En síntesis, cabe preguntarse en el contexto de una investigación de la policía a partir de un conflicto territorial: ¿qué tipo de intervención es la fotografía?

2. Violencia, lenguaje y cuerpo

Hay una constelación que conecta violencia, lenguaje y cuerpo. Todo acto violento es parte de un proceso de producción de sentido que deja sus marcas en un cuerpo. Los números tatuados en los sobrevivientes de la shoa, las marcas en el cuerpo de Corina De Bonis, los restos de Santiago Maldonado filtrados a la esfera pública. Son distintas formas de inscripciones del signo de la violencia en el cuerpo. Por otra parte diversos autores invierten esta idea. El lenguaje, como toda simbolización, implica una violencia incondicional, “simplifica la cosa designada reduciéndola a una única característica; desmiembra el objeto, destroza su unidad orgánica y trata sus partes y propiedades como autónomas. Inserta la cosa en una campo de sentido que es en última instancia externo a ella” (Zizek: 79). Desde una perspectiva similar, pero más matizada, para Butler el lenguaje puede herir, hay en la dimensión simbólica una producción de daño. Determinado tipo de lenguaje como las amenazas o los insultos son en sí mismos violentos, “el lenguaje opresivo no es un sustituto de la experiencia violencia. Produce su propio tipo de violencia” (2004: 27). La violencia del lenguaje, para Butler, consiste en apresar lo inaprensible, en el esfuerzo por capturar o encapsular lo inefable.

En la tradición del análisis del discurso la violencia puede problematizarse como el fragmento de un campo de efectos posible del discurso social, y como discurso mismo (Sigal y Verón, 2014). Considerar la violencia –el acto violento– como un acto comunicativo implica invertir el sentido común que piensa la violencia como el resultado de un punto muerto simbólico, como el fin del diálogo. La violencia es entonces un acto significativo intensamente ideológico y político. Una acción social como la violencia debe entenderse como “articulada a la matriz significativa que le da sentido y, en definitiva, la engendra como comportamiento enraizado en el orden simbólico y productor de imaginario” (Sigal y Verón, 2014: 16). La violencia es una práctica de comunicación articulada en una red de sentidos (de saber y poder) en el corazón de lo social. Como tal es elemento constitutivo de la política. Se trata acá de entender cuáles son las características específicas del presente neoliberal, cómo habla la violencia. La operación de análisis es entonces buscar en

las fotos del cadáver de Santiago Maldonado rastros de una economía discursiva mayor. Buscar en los restos de ese cuerpo, en sus formas y colores, en sus astillas de sentido la estética del neoliberalismo.

A diferencia de las imágenes de Abu Ghraib (Butler, 2010) nuestro corpus tiene un solo spectrum, el del cuerpo castigado de Maldonado; apenas se sugieren otros sujetos que fueron testigos de los que solo se pueden ver sus piernas al borde de las fotografías. El tema de la serie fotográfica es el cuerpo muerto. Si bien comparten la ausencia del rostro en sus respectivos spectrum y los cuerpos figuran como objeto y blanco de poder (Michel Foucault: 158), las imágenes de los soldados americanos tratan de la humillación, la crueldad y la tortura. Las imágenes que pretendemos analizar acá hablan del castigo, la revelación y la advertencia o amenaza. Como dice Foucault “en tanto el castigo se apoya en una tecnología de la representación, es un arte de las imágenes que se asocian” (2009: 121). Esto último quiere decir que el castigo funciona a partir de establecer una serie de equivalencias: ojo por ojo, diente por diente. Equivalencias por las que otros cuerpos también pueden morir en el futuro. “El culpable no es más que uno de los blancos del castigo. Este afecta principalmente a todos los potenciales culpables” (2009: 126).

Una imagen de castigo es una advertencia: “Esto ha sido y puede volver a ser”. Este cuerpo que fue joven y vital es frágil como todos los cuerpos frágiles y vitales. Hay así una pedagogía y una epistemología del castigo. Conocemos lo castigable para que no tengamos que correr su misma suerte. Es un discurso ejemplificador. La promesa macabra destaca la dimensión comunicativa por antonomasia de la violencia. La amenaza trata de asegurar a través del lenguaje un futuro en el que esa acción será llevada a cabo (Butler, 2004: 27).

La serie aquí analizada está compuesta por cuatro imágenes fotográficas. En una el cadáver está de espaldas sobre una bolsa negra en una mesa de metal que refleja la luz de la habitación. Vemos su nuca casi sin pelo salvo por una rasta, algunos restos de cabello. Tiene una campera azul verdosa en algunas partes, podría ser moho. Y unos pantalones cubiertos de barro.

Otra imagen es un plano medio de frente, el rostro perdió sus rasgos y su forma, es de alguna manera irreconocible. Vemos que tiene un buzo debajo de la campera y una bufanda en el cuello. Al costado se ven piernas de personas, que al parecer lo están observando. Se abre así un campo ciego (Barthes, 2017), la imagen insinúa que en ese espacio hay mucho más de lo que se puede mostrar, queda claro que es un fragmento de una escena de elementos múltiples que no entran en el campo de la fotografía, no lo muestra todo, no es pornográfica, es erótica.

La tercera imagen es un plano americano, el spectrum de frente. El rostro está igual de borrado que en la imagen anterior. Se ven sus pantalones embarrados. Con más campo ciego que la imagen anterior, se ven baldosas blancas del piso. Y vemos algo más de las piernas de los dos personajes que miran el cuerpo: vemos sus zapatos. Se destaca la mano izquierda del cadáver, es rosa, parece el último rasgo de vida.

La última imagen es un plano que va de los pies del cadáver a su cintura. El barro vuelve indistinguible las piernas, dos bolsas rojas separan las piernas. Vuelve a aparecer la mano

rosa a la derecha. Debajo del cadáver, la bolsa negra. Al costado derecho de la imagen vemos piernas y algo de los torsos de quienes miran el cuerpo. Resalta el abrigo negro de uno de estos personajes.

Identificamos un carácter común en las cuatro imágenes: el lugar del rostro como un espacio borrado/negado parece el centro de estas fotografías. Enuncian el fin del rostro. Para Levinas el rostro es el otro antes de la muerte, la proximidad del rostro es el modo de responsabilidad más básico (Butler, 2006). Como si fuera el refugio de lo humano en un cuerpo, “el rostro produce varios enunciados a la vez: transmite agonía, vulnerabilidad, al mismo tiempo que una prohibición divina en contra del asesinato” (Butler, 2006: 170). Todos estos enunciados están cancelados en las fotos de la morgue. Son un reverso del rostro. No hay vocalización de la pena o agonía, no queda ya ningún sentido, palabra o discurso que advierta que estamos frente a un otro; no hay rostro, la demanda ética elemental –¡No matarás!– está obturada.

Bloquear el rostro es anular lo que enuncia un cuerpo y en primer lugar lo que dice el registro de lo corporal: “estoy vivo, soy otro”. Anular al otro es anular también su vida, “no hay ningún sentido de la precariedad de la vida que pueda oírse” (Butler, 2006: 178). Hay algo desensibilizador en borrar el rostro. No solo se suprime el rostro, hay también “una identificación simbólica del rostro con lo inhumano, rechazando nuestra aprehensión de lo humano en la escena” (Butler, 2006: 183). Este rostro no-humano es el rostro de la vida por la que no vale la pena llorar.

A diferencia del retrato de Santiago –de amplia circulación en distintos registros– donde el foco está puesto en la mirada desafiante de lo joven, en los elementos de la contracultura (la barba salvaje, el collar, sus rastas); la serie que analizamos acá responde negando esos rasgos humanos. Las imágenes filtradas clausuran el campo de sentidos de lo humano, de la responsabilidad ética con las vidas precarias.

Vemos entonces una operación doble: borrar un rostro, escribir un cadáver. Estas imágenes producen a Santiago Maldonado como resto de una vida. Es un cadáver no-humano expulsado así de las imágenes sobre las que se puede invocar el llanto y la reparación del duelo. En estas imágenes mueren así no solo el cuerpo efectivo de Maldonado, muere el desaparecido, el joven vital y desafiante, muere todo un campo de sentidos invocados previamente.

3. Revelar como mártir, castigado o espectro

Solidaria con la operación de negación del rostro, se revelan en estas imágenes otras producciones sobre ese cuerpo: como un mártir, un castigado y un espectro. Estas son tres dimensiones diferentes pero que convergen con la negación del rostro en una estética deshumanizante. “Las fotografías pueden angustiar, en efecto. Pero la tendencia estetizante de la fotografía es tal que el medio que transmite la angustia termina por neutralizarla” (Sontag, 2016: 112).

La serie macabra de fotografías recuerda a la imagen de Ernesto Guevara muerto en Bolivia o a otros “mártires”. Se podrían analizar las diferencias y similitudes entre estas imágenes propias del contexto de enfrentamiento. Pero en lo que inserta a Maldonado en la “lógica del mártir” es la exposición de un cuerpo como testimonio de lo que realizó en vida (Mbembe, 2011: 65-69). No puede sentirse pena por el mártir porque en su muerte sacrificial él mismo se redime. El mártir o el kamikaze es un personaje sin uniforme de soldado profesional ni muestra sus armas (por él mismo es un arma), esta lógica no solo supone el suicidio o sacrificio si no también la intención de matar, la voluntad de morir se fusiona con la de llevarse al enemigo consigo. En el devenir mártir, el sacrificio es un espectáculo terrible en el deseo de trascender.

En su carácter testimonial las imágenes filtradas puestas en circulación para su publicación habilitan el carácter de una amenaza. Las fotos confirman que el hecho ocurrió, hubo muerte del personaje de Santiago Maldonado; y como hecho real puede volver a ocurrir. “El testimonio fotográfico implica más bien una continuidad de universo entre la situación impresa y el receptor; esto podría también ocurrir aquí, a mi vecino, a mí mismo probablemente” (Shaeffer, 1990: 107). La amenaza abre camino al miedo. Como castigado es un espectáculo dirigido a otros para que vean. Interpela en lo más precario de una vida, recuerda que se puede morir en cualquier momento.

Por otra parte el carácter no-humano –el cuerpo destrozado y el rostro anulado– de estas imágenes dibujan algo entre la vida y la muerte. O algo que siempre está muriendo, un espectro que funciona como enigma. Hay algo no resuelto en estas fotos. No pueden decir mucho más de lo que ya dicen. En toda pérdida hay algo enigmático que no se puede saber. La función de informar de la imagen es muy precisa. Se destacan la sorpresa y el *punctum*. Son imágenes que punzan al que ve, hacen daño. Sus detalles se abalanzan sobre el *spectator*. Punzan por que funcionan como un *satori*, una revelación que toca. Sin embargo esa revelación plantea más dudas que certezas. Solo punza lo que no se puede nombrar. El trastorno del *punctum* que provocan las imágenes se identifican en el silencio. Ante la muerte el silencio, como mencionamos anteriormente la negación del rostro es el silencio de la demanda ética del otro.

Las fotografías del cadáver de Maldonado y su no-rostro, son las imágenes de un *fading*, del desvanecimiento, como si se volviera fantasma. La des-realización del cuerpo es como “el *fading* del otro, cuando se produce, me angustia porque parece sin causa y sin término. Como un espejismo triste el otro se aleja, se transporta al infinito y yo me consumo esperándolo” (Barthes, 2013: 145). El cadáver de las imágenes es un ícono en desvanecimiento, se parece a Santiago vivo, pero sin rostro, sin humanidad, “así, no termina nunca de desvanecerse, de volverse insípido: sentimiento de locura” (Barthes, 2013: 145). Este carácter de proceso, de ilusión que no tiene término ni causa, es lo que hace tan difícil de ver estas imágenes, como si todo fuera confuso, todos los elementos están desordenados. Un cuerpo muerto, tan lejos de un ícono de la vitalidad, “en el *fading* el otro parece perder todo deseo” (Barthes, 2013: 146). Sin deseo, un cuerpo pierde el *representamen* de la vida, es apenas la ceniza de un signo. Como el teléfono que intenta negar la separación entre interlocutores, la imágenes del cuerpo de Santiago intentan negar la angustiada despedida del *fading*, “parece moverse a lo lejos en una bruma; no punto muerto, sino viviente borroso,

en la región de las Sombras” (Barthes, 2013: 147).

Esta confusión o desorden del fading se explica por su carácter de evanescente “al perder algo, nos enfrentamos a lo enigmático: algo se oculta en la pérdida, algo se pierde en lo más recóndito de la pérdida” (Butler, 2006: 48). La imagen del cadáver de Maldonado porta una dimensión enigmática causada por la experiencia de no saber, una pérdida que no terminamos de comprender.

Ante el ojo muerto de la cámara el cuerpo de Maldonado pierde –no ya la vida que le fue quitada– sino sus restos de humanidad. El ojo de la cámara despoja de lo sagrado como parte de su actividad de vigilancia en un territorio que puede leerse como una ocupación colonial contemporánea (Mbembe, 2011). Es el territorio donde emerge un signo caníbal que fagocita el rostro. Sin rostro no hay duelo porque no se rompe con el carácter narcisista de la melancolía, ya que “el rostro del Otro viene hacia mí desde fuera e interrumpe el circuito narcisista” (Butler, 2006: 173).

No solamente se limita al duelo con estas imágenes. La carga de su punctum hace daño⁶⁴ en quienes ven las imágenes, son equivalentes al lenguaje de la amenaza o el insulto que también se identifica por desconocer lo humano en el otro.

Las fotografías proponen una economía diferencial del duelo. Qué formas de vida, qué subjetividades, qué cuerpos merecen tener un duelo y cuáles no. Sobre cuáles se está realizando un acto de violencia horrible y sobre cuáles no es necesario detenerse, sobre cuáles no puede decirse nada. Como los encapuchados sin rostros de Abu Graib, Maldonado entra en la categoría de los cuerpos a los que se posterga el duelo. No hay una comunidad que lo llore porque él no es otro. Es apenas una masa amorfa expuesta en una mesa sujeto a los dispositivos médicos y policiales. Es transformado así en apenas un trámite de estado.

Si bien son notables las operaciones (realizadas por movimientos sociales, medios independientes, familiares) orientadas a realizar un duelo por medio de la circulación de otras representaciones de Santiago, aquí analizamos las que circularon a instancias de un médico forense y el posterior circuito de la viralización del cual no podemos cuantificar aquí, solo proponemos una exploración cualitativa a los sentidos de esas imágenes. Queda pendiente un análisis de la disputa de sentidos entre la serie fúnebre y las distintas enunciaciões del duelo.

El trabajo del duelo y sus soportes semióticos permiten establecer qué es lo común, o mejor, quiénes forman parte de la comunidad. Excluir una vida de la posibilidad de tener un duelo, es excluirla de la comunidad y de toda forma de vida que se le parezca. El caso Santiago Maldonado cuestiona los límites profundos de nuestra democracia. Porque en su trayecto se abren disputas por incluir o excluir vidas a lo común. Estas fotografías nos sumergen en la experiencia de la fragilidad de lo común.

⁶⁴ Como respuesta a las imágenes el sitio oficial de los familiares de Maldonado publicaron un comunicado donde identificaban las imágenes como hostigamiento, “no se imaginan el dolor que estas “cadenas basura” causan en sus familiares y amigos” <http://www.santiagomaldonado.com/las-fotos-se-estan-distribuyendo-whatsapp/> (Consultada por última vez el 11/11/2018)

Como tal el neoliberalismo disminuye lo común, produce imágenes de precarización, niega la posibilidad de un duelo, distribuye diferencialmente lo humano por medio de la exclusión de formas de vida que de alguna manera se le pongan enfrente. No hay que olvidar en este punto que el conflicto en el cual muere Maldonado se disputaba la legitimidad del territorio de un inversor del capital internacional, una comunidad indígena y el Estado Nacional argentino. El necropoder funcional fragmentando el territorio, prohibiendo el acceso a ciertas zonas y expandiendo las colonias.

Finalmente proponemos algunas ideas sobre el neoliberalismo como régimen productor de estas imágenes. No para responsabilizarlo, si no para entender las dinámicas complejas de la circulación discursiva contemporánea donde la política se encuentra marcada profundamente bajo su signo.

4. El neoliberalismo como estética de guerra

En tanto arte de gobernar, el neoliberalismo es el arte de matar. El neoliberalismo –más que el estado mínimo donde la política desaparece para que el mercado ocupe su lugar– es “la creación de un mundo político (régimen de *gubernamentalidad*) que surge como “proyección” de las reglas y requerimientos del mercado de competencia” (Gago, 2014: 197). Como tal no significa una eliminación de la política si no el origen de una formación política particular donde los sustantivos particulares del orden (¿quiénes merecen vivir?, ¿con quiénes vivir en comunidad, y a quiénes aislar?) son definidos por los marcos culturales del mercado, los que son particularmente estrechos para muchas formas de vida.

El neoliberalismo produce muertes a su paso, no solo se alimenta de vidas humanas, todo lo que lo rodea es nutritivo para él. Ignacio Lewkowicz lo sintetiza bien, “para un habitante, de la era neoliberal, la catástrofe es su perpetuo punto de partida, su ontología más íntima, su insuperable condición originaria” (2006: 161). La subjetividad catastrófica del presente neoliberal produce una temporalidad frágil, las secuencias terribles se suceden sin oportunidad para detenerse en el medio del vendaval. La muerte de Maldonado es una catástrofe no por la permanencia de su ausencia, sino por la imposibilidad de enunciar un duelo. Un duelo que podría lograr una respiración, un momento para grabar con los signos de una ceremonia la vida de Maldonado como parte de una sensibilidad común que fue dañada. A medida que “el capital financiero, produce y reproduce catástrofe a su paso” (2006: 164) se normaliza el estado de excepción con sus discursos, sus subjetividades y su estética.

En uno de sus efectos más notables el neoliberalismo vuelve cotidiana la guerra transformada en una forma de existencia extendida y normalizada. Se experimenta entonces como una ontología de la guerra. La guerra es “un proyecto a largo plazo, sin victorias ni derrotas conclusivas. Casi podría decirse que el plan es que se transformen, en muchas regiones del mundo, en una forma de existencia” (Rita Segato, 2016: 57). Todo lazo social es parte de una dinámica de vida o muerte. El único sistema de comunicación posible es la violencia, la única pasión política el miedo (Zizek, 2009).

La gubernamentalidad necropolítica caracterizada por la dinámica de la fragmentación

territorial, el acceso prohibido a ciertas zonas y la expansión de las colonias es en gran parte un dispositivo productor de cuerpos que tienen acceso a cualquier territorio y cuerpos intrusos (Mbembe, 2011). Esto no puede quedar por fuera del análisis del caso Maldonado. No solo porque aglutinó discursos sobre cuál era el origen nacional de los grupos mapuches o si organizaciones internacionales financiaban sus actividades o cómo había adquirido las tierras patagónicas el Grupo Benetton, todo el caso se tematizó no solo por la búsqueda de un cuerpo perdido sino por la legitimidad de acceso de distintas personas a un territorio. Territorio que en primera instancia aparece vinculado a la propiedad privada y al fundamento de la comunidad nacional. En este texto queda pendiente resolver las relaciones entre territorio, violencia y neoliberalismo; pero no queríamos dejar de nombrar una relación de elementos que es clave para entender la guerra como forma de existencia en este tipo de gubernamentalidad.

También queda pendiente el análisis del “Informe Ram” que difundió por internet el estado nacional⁶⁵ en el cual abundan las imágenes de encapuchados para ilustrar al cuerpo mapuche. Donde las operaciones discursivas que borran el rostro se repiten para la creación de un enemigo peligroso, temible, que no da la cara. Un enemigo que al no tener rostro no pertenece de ninguna manera a lo común.

El neoliberalismo es (como sabía Benjamin del fascismo) una estética de guerra. Su valor es la competencia. Sus territorios son todos los que están sujetos al necropoder. Hablar bajo el signo del neoliberalismo es entonces una acción militar.

Bibliografía.

Angenot, Marc. 2010. *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Barthes, Roland. 2009. *S/Z*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Barthes, Roland. 2013. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Barthes, Roland. 2017. *La cámara lúcida: nota sobre la fotografía*. Buenos Aires. Paidós.

Butler, Judith. 2004. *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid. Editorial síntesis.

Butler, Judith. 2006. *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires. Paidós.

Butler, Judith. 2010. *Marcos de guerra, las vidas lloradas*. Mexico. Paidós.

Deleuze, Gilles. 1990. “¿Qué es un dispositivo?”. En: E. Balbier et al., *Michel Foucault, filósofo*. Barcelona. Gedisa.

⁶⁵ Accesible en https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/informe_ram-diciembre_2017.pdf (Consultado por última vez el 05/03/2019)

- Foucault, Michel. 2009. *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Lewkowicz, Ignacio. 2006. *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires. Paidós.
- Lorey, Isabell. 2016. *Estado de inseguridad, gobernar la precariedad*. Madrid. Traficantes de sueños.
- Gago, Verónica. 2014. *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires. Tinta Limón.
- Gayol, Sandra y Kessler, Gabriel. 2018. *Muertes que importan: Una mirada sociohistorica sobre los casos que marcaron la Argentina reciente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Mbembe, Achile. 2011. *Necropolítica seguido de: Sobre el gobierno privado indirecto*. España: Editorial Melusina.
- Segato, Rita Laura. 2016. *La Guerra contra las mujeres*. Madrid. Traficantes de sueños.
- Sontag, Susan. 2016. *Sobre la fotografía*. Buenos Aires. Debolsillo.
- Shaeffer, Jean Marie. 1990. *La imagen precaria, del dispositivo fotográfico*. Madrid. Cátedra.
- Zizek, Slavoj. 2009. *Sobre la violencia: Seis reflexiones marginales*. Barcelona. Paidós.

MIEDO Y VIOLENCIA: LOS DISCURSOS DE PATRICIA BULLRICH SOBRE LA “RAM”

Alejandro Milotich⁶⁶

En Argentina el discurso político está atravesado por tópicos neoliberales que ponen en juego una trama de intolerancia, miedos y violencia social configurados en un nivel de interacción discursiva generalizada. En una hegemonía político-discursiva contingente como la de *Cambios* durante el período 2015-2019, el miedo es un intenso sentimiento político y uno de los únicos posibles, que siempre está dirigido hacia un *otro* frente al cual el *yo/nosotros* aparece como vulnerable.

Consideraremos el vínculo específico entre lenguaje y violencia, sosteniendo que esta clase de violencia social implica siempre, previamente, la configuración negativa de un cierto actor o grupo social. Toda violencia encuentra un mecanismo significativo que la dota de sentido en la trama de discursos sociales que la hacen posible, al mismo tiempo que configuran axiológicamente ciertos sujetos de modo apologético o peyorativo. Las discursividades neoliberales precarizan y niegan ciertas vidas, frente a las cuales toda expresión material o simbólica de violencia queda habilitada en tanto es realizada frente a un no-otro. A partir de lo dicho, analizaremos discursos de la ministra de seguridad Patricia Bullrich en torno al grupo “RAM”. Teniendo en cuenta las semantizaciones negativas y amenazantes que se hace de los *otros*, indagaremos cómo dichos discursos generan ontologías y organizan la experiencia haciendo posible el reconocimiento o la negación de las vidas, al mismo tiempo que establecen marcos de inteligibilidad de “lo humano” que funcionan normativamente. Consideramos que las tramas discursivas que se constituyen en torno al grupo denominado “RAM” son inescindibles de lo que podríamos considerar una hegemonía discursiva de época que tiende a precarizar a ciertos sectores.

Miedo y violencia

En Argentina, diversos autores han señalado cómo las diferentes transformaciones estructurales como las desigualdades, la fragmentación y precarización laboral, la concentración económica, etc., generan efectos en la “cuestión social”, abarcando tanto dimensiones objetivas como subjetivas (Svampa, 2000). En la dimensión subjetiva, el proceso de fragmentación social está acompañado de representaciones relacionadas a la intolerancia social y a la institución de miedos. Con el trasfondo de la disgregación social producto de la política neoliberal de los 90, se agrega la particularidad de una política de seguridad represiva durante el gobierno de *Cambios*. Podemos identificar una primacía de la seguridad pú-

⁶⁶ Licenciado en Comunicación Social de la Universidad Católica de Santiago del Estero. Estudiante de la Licenciatura en Filosofía de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

blica en torno al orden, buscando restaurar y preservar un supuesto orden público perdido (Rodríguez, 2013). Dicha política fue llevada a cabo por el Ministerio de Seguridad a cargo de Patricia Bullrich, siendo el signifiante del orden público el organizador de las políticas de seguridad que pueden ser catalogadas como un “populismo punitivo”. De esta manera se diferencia del kirchnerismo, cuya política de seguridad se identifica como “reformismo progresista” (Rodríguez, 2013).

Durante el kirchnerismo, la política de seguridad estaba basada en una convivencia pacífica entre los ciudadanos, en la que los “derechos humanos constituyen un límite para la actuación policial, pero también su contenido” (Rodríguez, 2013:290). En este marco, el poder estatal para la violencia estaba limitado, y la sensación de inseguridad en el plano de la subjetividad era combatida con el fortalecimiento de los lazos sociales para fortalecer por su parte el sentimiento de seguridad (Rodríguez, 2013).

Por su parte, durante el gobierno del *Cambiamos* la política de seguridad giró hacia el populismo punitivo, con una fuerte presencia de las distintas fuerzas de seguridad, con el objetivo de restaurar y preservar el “orden”.

En este sentido, consideramos que la trama de miedos, intolerancia e inseguridad social se configura en un nivel de interacción discursiva generalizada que abarca distintos espacios y niveles de enunciación. Podemos sostener que en la política de seguridad de *Cambiamos* “cualquier acción del Estado en el terreno de la seguridad estaba orientada a preservar o restaurar la tranquilidad puesta en tela de juicio por los distintos actores sociales” (Rodríguez, 2013:287). Atendiendo particularmente para este análisis los discursos de tipo institucional, consideramos que en la hegemonía discursiva de *Cambiamos* la palabra ocupó un rol central en el marco del nuevo proyecto de seguridad.

En este contexto particular que hereda un trasfondo neoliberal de la década menemista pero con particularidades propias, el miedo aparece como uno de los únicos sentimientos políticos posibles, y es utilizado para introducir la pasión y movilizar a los ciudadanos (Žižek, 2009). En este sentido podemos sostener que se desarrolla “en última instancia una política del miedo que se centra en defenderse del acoso de la victimización potenciales” (Žižek, 2009:56). De este modo, el miedo que funciona como principio movilizador estará siempre dirigido hacia un otro frente al cual el yo/nosotros es revelado por la vulnerabilidad. El sentimiento de desprotección es administrado políticamente a partir de “la regulación de la seguridad y el bienestar de las vidas humanas” (Žižek, 2009:55), lo que se expresa en formas violentas que operan simbólicamente y materialmente en distintos niveles hacia las figuras de los otros.

En contextos de vulnerabilidad inducida, en los que el miedo aparece como incalculable, las técnicas de subjetivación y las políticas gubernamentales implican procesos de alteridad. Estos procesos implican “relaciones de dominio naturalizadas a través de las cuales es atribuida o denegada la pertenencia a un grupo” (Lorey, 2016:27). Todas aquellas personas que no cumplen con la norma según la discursividad hegemónica contingente, quedarán al margen y serán presentadas como peligrosas y amenazantes.

Desde este punto de partida, consideramos que toda violencia tiene un mecanismo signifi-

ficante que la dota de sentido en una trama discursiva que la hace posible, atravesando la configuración de las identidades emergentes, constituidas a partir de nuevas fronteras simbólicas. La violencia “está articulada a la matriz significativa que le da sentido y (...) la engendra como comportamiento enraizado en el orden simbólico productor de imaginario” (Sigal y Verón, 2003:16). Por lo tanto, toda emergencia de un miedo social hacia grupos o individuos considerados peligrosos es un efecto de sentido de ciertas construcciones discursivas que luego pueden dar lugar a la violencia física o institucional (Butler, 1997).

Consideramos que hay una vinculación estrecha entre lenguaje y violencia, en tanto que la violencia social e institucional implica siempre previamente la configuración negativa de un grupo o actor social, que se vinculan a la figura semiótica de la amenaza. En estas tramas discursivas, como sostiene Butler (2010), se ponen en juego los marcos de lo humano, generando condiciones de vulnerabilidad y precarización, lo que pone en peligro a determinados cuerpos y vidas. Estos marcos generan ontologías y organizan la experiencia, y a nivel discursivo permiten establecer fronteras de inteligibilidad que producen la norma de reconocimiento de lo humano. En este sentido, toda violencia que esté dirigida hacia los grupos que se encuentren por fuera de la frontera de inteligibilidad de lo humano será una no-violencia en tanto que se realiza sobre vidas y cuerpos negados, transformando la violencia en difusa, irreal, y portadora de significados de deshumanización y miedo que circulan a nivel discursivo (Butler, 2006). Consideramos necesario analizar las implicancias de los actos de nominación injuriosos vinculados a la figura semiótica de la amenaza, ya que definen la vida de un cuerpo ya significado como amenazante y peligroso.

Finalmente, sostenemos que estas identidades abyectas no son preconstruidas, sino que los distintos discursos contribuyen a fijar los sentidos amenazantes, configurando fronteras entre el enunciador etnocéntrico y los “otros peligrosos” (Angenot, 2010). Desde este punto de vista teórico, nos proponemos analizar discursos de la ministra de seguridad Patricia Bullrich y de documentos institucionales de su ministerio, sobre el grupo mapuche “RAM”, entre agosto y diciembre del 2017, en actos de enunciación mediáticos e institucionales.

La política de seguridad de *Cambiamos*, identificada como un populismo punitivo, comienza a tomar visibilidad en la opinión pública a partir de la desaparición de Santiago Maldonado el 1 de agosto de 2017.

Tras una represión por parte de Gendarmería Nacional durante un corte de ruta realizado por la comunidad mapuche Po Luf en la provincia de Chubut, se produce la desaparición de Santiago Maldonado. Producto de este hecho comienzan a desarrollarse dos investigaciones judiciales bajo carátula de “Habeas corpus” y “Desaparición” (días más tarde la carátula cambia a “Desaparición forzada”). Mientras la familia de Maldonado y organismos de derechos humanos responsabilizaban al Gobierno nacional y a la Ministra de Seguridad por el accionar de Gendarmería, desde el gobierno, tanto el Presidente como la ministra Bullrich defendieron a los gendarmes que participaron del operativo y cuestionaron la figura de la desaparición forzada. El 17 de octubre el cuerpo de Maldonado fue encontrado cerca del lugar donde sucedió la represión. Aunque no se encontraron signos de violencia física como golpes o lesiones, la carátula de la investigación aún se mantiene como des-

aparición forzada.

A este caso se suma otro hecho, sucedido el 25 de noviembre de 2017 en la zona del lago Mascaradi en la provincia de Río Negro, donde el Grupo Albatros de Prefectura Naval Argentina desalojó a una comunidad mapuche que ocupaba los territorios. En este marco, Rafael Nahuel, de ascendencia mapuche, fue herido por un disparo que se le efectuó por la espalda y falleció en medio de la represión. Desde el Gobierno nacional se defendió el accionar de las fuerzas de seguridad, considerando sus actos como legítimos ya que el grupo desalojado estaba fuera de la ley y estaba armado. Por otro lado, organismos de derechos humanos criticaron la postura del gobierno y pidieron el esclarecimiento del hecho.

En ambos casos surgió la figura de la Resistencia Ancestral Mapuche (R.A.M.), grupo que fue blanco de críticas y caracterizado como responsable por parte del Gobierno nacional. La relación que la ministra Bullrich sostuvo con las fuerzas policiales fue de apoyo total, promoviendo una agenda punitiva caracterizada por la creación de figuras penales, la prisionización, la mano dura, el "aumento de las facultades discrecionales policiales para la detención de colectivo (...) referenciado como productores de riesgo, policiamiento de la seguridad, conducción policial de las policías, etc." (Rodríguez, 2013:295).

Entendiendo que el análisis discursivo permite no solo describir el discurso en sus especificidades, sino también "tratar de comprenderlo en tanto acontecimiento que se inscribe en una coyuntura histórica determinada" (Arfuch, 1987:32), los discursos fueron seleccionados por su relevancia para el análisis, considerando que las tramas discursivas institucionales son inescindibles de una hegemonía discursiva de época que tiende a precarizar a ciertos sectores y grupos.

La construcción de amenaza RAM

En primer lugar, nuestro análisis se sitúa en una teoría de los discursos sociales, entendiendo por discurso toda manifestación espacio temporal del sentido construido en el interior del tejido de la semiosis, donde lo "real" se da en la materialidad del sentido construido dentro de la red semiótica (Verón, 1980, 1993). Para trabajar sobre los discursos seleccionados, identificaremos las huellas discursivas que remiten a las condiciones de producción de los mismos, para poner en evidencia lo social del sentido y el sentido de lo social (Verón, 1993), y para comprender las prácticas discursivas asociadas a los ámbitos de la vida social e institucional. Entendemos que hay mediaciones del lenguaje que permiten conocer el mundo social, lo que implica una "imposibilidad de pensar esta vida social por fuera de los límites del lenguaje y el carácter simbólico de toda relación intersubjetiva" (Dagatti, 2012:55).

Podemos situar la problemática a partir de la desaparición de Santiago Maldonado en agosto de 2017, cuando comenzó a tomar visibilidad pública un problema en torno al reclamo de tierras por parte de la comunidad mapuche hacia el empresario Benetton, en el sur de nuestro país. En este marco se colocó en escena la existencia de un grupo denomi-

nado *Resistencia Ancestral Mapuche* (RAM)⁶⁷. Durante el período comprendido entre agosto y diciembre de 2017, con los mencionados casos de la desaparición de Santiago Maldonado y la muerte de Rafael Nahuel en el marco de desalojos y represiones, se produce la emisión de un documento oficial del Ministerio de Seguridad de la Nación sobre la RAM.

Según el mencionado informe del Ministerio de Seguridad de la Nación realizado en conjunto con los gobiernos de las provincias de Río Negro, Neuquén y Chubut (2017), el objetivo de la RAM es “promover una lucha insurreccional contra el Estado argentino y la propiedad privada de la tierra” (2017:5). Las primeras caracterizaciones oficiales de este grupo ya los considera como “violentos”, estableciendo fronteras simbólicas entre el orden y la insurrección, lo que ya justifica simbólicamente el ejercicio de la violencia contra el grupo abyecto. En el marco legal de nuestro país, todas las acciones atribuidas a la RAM violan la ley y son consideradas delito. Considerando a su vez el objetivo que se le atribuye al grupo, se establece una situación similar a una guerra, con la diferencia que el enfrentamiento no se dará entre Estados sino entre un Estado y un grupo.

En este discurso el significante “orden” se configura, haciéndose hegemónico, configurando a su vez la política de seguridad como populismo punitivo, que apunta a la restauración de un orden que aparece como perdido. Este significante aparece como articulador, formando parte de la singularidad discursiva del gobierno. Lo que se busca es la restitución y defensa del orden por medio de la seguridad pública, siendo la propiedad privada (la tierra) lo que se prioriza.

En este sentido, el accionar de la RAM no es solo contra el Estado sino también “contra las personas”, lo que ubica el *yo/nosotros* en una posición de vulnerabilidad y de amenaza de *nuestras* vidas frente al *otro peligroso*: “En tanto que incertidumbre y exposición al peligro, abarca la totalidad de la existencia, los cuerpos, los modos de subjetivación” (Lorey, 2016:17). La figura de estos *otros* no es más que “un modo terrorífico de exponer el carácter originalmente vulnerable del hombre con respecto a otros seres humanos” (Butler, 2006:55). La presencia de la RAM no es más que la visibilización de la propia vulnerabilidad que nos constituye como humanos y de la cual no podemos desprendernos, y lo que se resalta es la dependencia que tiene nuestra vida en relación con esos otros. Entonces, lo que se necesita es una eliminación del *otro* para volver a restaurar el sentimiento de seguridad y para ocultar o negar nuestra precariedad.

La presencia de estos grupos abyectos exige entonces una respuesta (ocultamiento o eliminación), que será violenta y estará legitimada ya que se trata de un efecto de sentido de las formaciones discursivas (Butler, 1997) en tanto respuesta a un “miedo social”.

Esta exacerbación de la violencia tiene que ver con un Estado que se ha planteado estar presente y no dejar que las comunidades estén totalmente subsumidas y miedosas con la violencia que puede ejercer un grupo (08/08/2017)

⁶⁷ Aunque no hay documentos o declaraciones sobre el grupo RAM por parte de sus miembros que pueda ser contrapuesto al relato hegemónico construido por el gobierno y por los medios, se puede situar los orígenes del grupo en el año 2008. El reclamo principal es la devolución de tierras de la Patagonia argentina y chilena, consideradas por el grupo tierra mapuche.

Estamos actuando para que la Patagonia sea un lugar donde la gente viva tranquila (08/08/2017)

El Estado, desde las teorías clásicas modernas, es concebido como el garante de la seguridad de las personas y de la propiedad privada. Siguiendo a Rodríguez (2013), el populismo punitivo plantea defender al Estado de las personas, por lo tanto, la aparición de la RAM es un ataque al Estado. La referencia a la “gente” implica procesos de alteridad, donde quienes quedan por fuera no son considerados gente. En este sentido, la ciudadanía “no es un sujeto de seguridad, sino objeto de seguridad” (Rodríguez, 2013:305). Con la importancia de recuperar el orden perdido frente a la violencia de los *otros*, la acción policial del Estado apunta a la defensa de la propiedad privada y a los propietarios. A su vez, hay una relación de exterioridad con respecto al Estado, que está puesta en juego para restituir el orden por medio de una agenda punitiva.

En este punto podemos identificar que el objetivo que se plantea para garantizar la vida es “una regulación de la seguridad y el bienestar de las vidas humanas” (Žižek, 2009:55). Para que haya un retorno de la seguridad se deben tomar ciertas acciones contra el grupo amenazante. Pero estas medidas no eliminan el miedo generado ni el sentimiento de amenaza, ya que al ser el primero el principal sentimiento movilizador en contextos pospolíticos, debe estar siempre presente y no puede ser erradicado: “El mal es algo que amenaza con volver siempre, una dimensión espectral que (...) continúa acechándonos” (Žižek, 2009:84). Aquí consideramos que la caracterización del grupo RAM bajo el significante de la “insurrección” retoma ciertas memorias discursivas del pasado, que vuelven a instalarse en el imaginario como un “fantasma” que retorna y que resulta amenazante. El significante “orden” aparece como un significante nodal que articula los otros significantes.

Actúan en la clandestinidad, con rostros cubiertos y portando armas de fuego, facas, hondas, bombas molotov, palos y piedras (27/12/2017)

Dentro de la caracterización de los miembros de la RAM resalta el hecho de que sus rostros están cubiertos. Este ocultamiento de la cara no permite la identificación de quienes pertenecen a este grupo. Una vida sin rostro no es una vida que pueda ser llorada ni que sea digna de duelo, por lo tanto, no es considerada una vida vivible (Butler, 2010).

Han tomado a la violencia como forma de acción política (27/11/2017)

Estamos totalmente abiertos al diálogo con todo grupo pacífico. Que todos puedan tener una protesta o reivindicación y quieran resolver los problemas dentro del marco de la ley, no habrá un diálogo con grupos violentos (27/11/2017)

Los *otros* no solo no tienen un rostro según las descripciones del Informe RAM, sino que también hay una clausura al diálogo desde las instituciones estatales. El otro sin voz política solo es ruido, se le quita la posibilidad de constituirse en un sujeto político. Lo humano tiene voz, es lo que diferencia al hombre de los animales, por lo que negar el diálogo es posicionar al otro por fuera del escenario de las interlocuciones, por fuera de la política y de los marcos de lo humano.

Se identifica a la RAM como un grupo externo a la política y a sus instituciones, que no

forman parte de la misma comunidad política que *nosotros*, no responden al Estado ni se identifican con la Nación, pero están presentes en el mismo territorio. De este modo, se posiciona a estos *otros* “dentro y fuera de la comunidad política y social como ‘anormales’ y ‘extraños’” (Lorey, 2016:29).

Dentro de todas las caracterizaciones oficiales que recibió el grupo RAM en el período analizado, no se encuentra ningún rasgo positivo. Al ser una cuestión de todo o nada, la acción que se exige debe estar a la altura de la descripción realizada del grupo.

La violencia contra el miedo

A partir de lo dicho podemos considerar la frontera entre *nosotros* y los *otros* como una lectura actualizada de la relación centro/periferia, a partir de un enunciador etnocéntrico (Angenot, 2010). Las identidades abyectas no son preconstruidas, sino que los distintos discursos contribuyen a fijar los sentidos amenazantes, configurando fronteras entre el enunciador etnocéntrico y los *otros* peligrosos. El problema territorial se da en la Patagonia, un territorio considerado históricamente hostil y cuya “conquista” se dio también de manera violenta. A su vez, un problema que parece territorialmente lejano pone en amenaza no solo el centro, sino también toda la estructura estatal argentina. Este exterior periférico “amenaza con derribar las fronteras que representan el yo” (Butler, 2010:29). La exterioridad es siempre amenazante porque representa al *otro* en su máxima expresión.

Se ha observado en los meses que van desde agosto del corriente a la actualidad en marchas o manifestaciones realizadas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el desprendimiento de un grupo de personas sumamente violentas con rostros cubiertos, palos y otros elementos contundentes, provocando graves daños y disturbios. (27/12/2017)

La amenaza no tiene un rostro, y como tal puede manifestarse en cualquier lugar y momento, lo que incrementa el miedo y el pánico social. Lo que parece lejano puede manifestarse en el centro de nuestra comunidad, lo que implica que nadie queda fuera de peligro. Esto revela otro componente del miedo: la precarización de nuestras propias vidas. En tanto nos reconocemos como seres precarios, precisamos protección como individuos frente a los *otros*. Pero como hay otros que también son precarios, es necesario establecer líneas y límites entre las vidas precarias, y considerar cuáles son vidas dignas y requieren protección por encima de otras. La precariedad se presupone y se gestiona en los discursos, pero nunca se resuelve plenamente (Butler, 2010). Esto genera los marcos de reconocimiento de lo humano que funcionan normativamente, caracterizando, produciendo y reconociendo las vidas (vivibles) como tales: la vida se hace inteligible solo dentro del marco que las estructura y las determina, y la vida que quede fuera será negada.

Para la inteligibilidad de las vidas se deben identificar ciertas características que definan y delimiten una frontera entre *nosotros* y *ellos* que legitimen nuestra protección, y por lo tanto la violencia.

Este grupo desconoce el Estado Argentino, su organización, sus leyes, e instituciones tratando de imponer sus ideas de no pertenencia a la Nación Argentina por la fuerza y el temor (27/12/2017)

Lo que traza la frontera con los grupos abyectos es la violencia, la marginalidad y el desconocimiento de las leyes e instituciones que nos rigen a todos. La mayor amenaza es la imposición de la fuerza y el terror al violar las leyes comunes y el “pacto” social.

En la amenaza de la disolución de la estatalidad hay una sola salida posible que responde a una larga tradición filosófica: la guerra de todos contra todos y el miedo a la muerte violenta (Hobbes, 1992), y la violación de la propiedad privada (Locke, 2005). Nuevamente aparecen los componentes que estructuran la política de seguridad de tipo populista punitivo: la regulación de la vida y la defensa de la propiedad privada.

El miedo social que se genera frente a esta amenaza tiene como resultado “la difusión de un racismo amorfo, racionalizado por el reclamo de ‘autodefensa’ (...), funciona a dúo con el refuerzo de la soberanía de Estado” (Butler, 2010:67). La exigencia de seguridad es reclamada al Estado, pero es generada a partir de la instauración de pánicos y miedos provenientes de tramas discursivas y construcciones provenientes del mismo Estado. Podemos decir que es el Estado quien moviliza el miedo como pasión política y administra al mismo tiempo la seguridad para reducir dicho miedo.

Por otro lado, la caracterización que recibe la RAM viene dada desde una posición de enunciación institucional, lo que establece un marco normativo y legal para la acción violenta. Lo que se determina entonces son límites a la inteligibilidad de lo humano, que reciben su legitimación institucional en los discursos y documentos oficiales. De este modo, la RAM se ubica “fuera de las normas de la vida (...) se convierte en el problema que ha de gestionar la normatividad” (Butler, 2010:22). Así, la acción que se lleve a cabo contra estos grupos ya encuentra su sentido en la trama de discursos que la hacen posible, permitiendo la violencia a través de los mecanismos institucionales.

Llevamos adelante una acción legal y legítima, totalmente enmarcada en la ley frente a una acción ilegal, violenta e inaceptable para la democracia de un pueblo que quiere vivir en paz (27/11/2017)

Los argentinos tenemos que aprender que no es la violencia el camino para solucionar los conflictos, el Estado debe ejercer su rol en la sociedad (27/11/2017)

Mientras ciertos grupos consideran el accionar de las fuerzas del Estado como represión, en los discursos oficiales la violencia se encuentra legitimada porque se encuadra en la ley y en la democracia. La principal diferencia entre la violencia que se ejerce desde el Estado y desde la RAM radica en que el primero estaría enmarcado legalmente y sería un modo de proteger a los ciudadanos, mientras que el accionar del segundo está por fuera de la ley, buscando objetivos que no se corresponden con los del común de *nosotros*. Nuevamente aparece en escena un orden que debe ser restaurado.

En primer lugar, podemos identificar que, dentro del marco de inteligibilidad de lo humano, quienes forman parte del *nosotros* son un colectivo que presentan una serie de carac-

terísticas uniformes: “los argentinos”, quienes quieren vivir “en paz”, son “trabajadores”, “respetuosos”, etc. Todas estas características se construyen por oposición a los grupos abyectos: quieren imponer un Estado mapuche, apelan a la violencia, no respetan a los otros, niegan las leyes, están armados, etc.

A su vez estas caracterizaciones constituyen parejas dicotómicas que trazan fronteras discursivas. Retomando los planteos de Verón (1987), sostenemos que, por medio de componentes descriptivos en los enunciados, del orden del saber, se reclama el lugar de la verdad y se establecen diagnósticos que construyen las identidades abyectas. Además, en el orden del deber encontramos el componente prescriptivo, como necesidad deontológica, donde “se supone una posición de autoridad desde donde se señala, se ordena (...), se prescribe o que se debe hacer” (Vasallo, 2015:59). De este modo se configura una escena deíctica que va definiendo la legitimidad de la palabra de la ministra de seguridad.

La violencia que se ejerce por parte del Estado no es considerada como tal, ya que, por un lado, es una respuesta legal y legítima al accionar violento de otros. Pero fundamentalmente no es considerada violencia en tanto que es dirigida hacia vidas que no son consideradas tales. Por lo tanto, toda violencia que se ejerza sobre estos *no-otros* será una violencia difusa e irreal ya que “no podemos reconocer fácilmente la vida fuera de los marcos en los que esta es dada” (Butler, 2010:43), y dichos marcos son los que estructuran los modos en que identificamos una vida como tal. Así, al identificar la RAM como un grupo violento y fuera de la ley, se lo ubica por fuera de los límites de la vida y la “normalidad” del *nosotros*, habilitando la violencia institucional y estableciendo las fronteras simbólicas. En el plano social, “para la legitimación de la protección de unos es preciso encasillar a los que son marcados como ‘otros’” (Lorey, 2016:29).

Vulnerabilidad, amenaza y violencia

En el avance de esta investigación indagamos los vínculos existentes entre violencia y lenguaje, entendiendo que discursivamente se generan miedos sociales que encuentran su sentido en los discursos. Entendemos desde Butler (1997) que los nombres injuriosos invocan y consolidan historias al momento de la enunciación, que son internas al nombre y constituyen su significado. Hay una forma en que “tales historias son asumidas y detenidas en el tiempo y por el tiempo” (Butler, 1997:65), lo que contribuye a cristalizar significados y sentidos. Lo que se construye es un “relato oficial” sobre la RAM que está ligado a la expresión de violencia material y simbólica, una forma discursiva que trama violencia, intolerancia y miedos.

A su vez, los contextos de enunciación y las condiciones de producción de los discursos deben ser tenidos en cuenta. En la gestión del gobierno de *Cambiamos*, con políticas de seguridad que acompañaron al neoliberalismo, la vulnerabilidad se ve incrementada, el miedo procedente del reconocimiento de la precariedad impulsa a negar la vulnerabilidad para volver a “sentirnos seguros a expensas de cualquier tipo de consideración humana” (Butler, 2006:56). La violencia institucional como respuesta al sentimiento de vulnerabilidad tiene su reconocimiento en el *nosotros* en tanto es una forma de recuperar la seguridad y

la tranquilidad. Como sosteníamos al comienzo, la biopolítica se centra en la regulación y la seguridad de las vidas, lo que se realiza por medio de la inducción de vulnerabilidad a través de medios violentos e institucionales.

Todo discurso referido a la RAM aparece siempre ligado a la figura de la amenaza y de la violencia. Se realiza una descripción detallada de los elementos considerados peligrosos y de su accionar violento, para resaltar el posicionamiento de este grupo como un *otro* que está por fuera de la ley y de la comunidad política. Esto implica que no comparten los mismos valores y costumbres que *nosotros*, transformándolos en elementos extraños a los ojos de la sociedad. No es menor tampoco el hecho de que la RAM representa a un grupo del pueblo originario mapuche, enmarcado en la cuestión de los pueblos originarios que siempre fue problemática en nuestro país.

Consideramos también que los discursos emitidos desde una posición de enunciación institucional tienden a ser hegemónicos y delimitan los marcos de inteligibilidad de lo humano, lo que dota de significación no solo a la violencia sino a la precarización de ciertos grupos y cuerpos. A su vez, dichos discursos cuentan con una alta exposición mediática, lo que tiende a centralizar y condensar los significados en juego, y a minimizar las expresiones contrarias que ponen en disputa los sentidos. Por lo tanto, se genera una trama de discursos del riesgo, la amenaza y el miedo que se articulan en las configuraciones discursivas habilitando, en ocasiones, violencia física interpersonal o institucional.

Bibliografía

Angenot, M. (2010) *El discurso social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Arfuch, L.(1987) "Dos variantes del juego de la política en el discurso electoral de 1983". En Arfuch, L. y Verón, E. *El discurso político: lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Ed. Hachette.

Butler, J. (1997) "De la vulnerabilidad lingüística", en *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Ed. Síntesis.

Butler, J. (2006) "Violencia, duelo, política", en *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Ed. Paidós.

Butler, J. (2010) "Vida precaria, vida digna de duelo", en *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas*. México D.F.: Ed. Paidós.

Da Porta, E. (2008) "Jóvenes, exclusión y narrativas mediáticas: el rostro del delito", en Rey, G. y Rincón, O. (Editores) *Más allá de víctimas y culpables. Relatos de experiencia en seguridad ciudadana y comunicación*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.

Dagatti M. (2012) "Aportes para el estudio del discurso político en las sociedades contemporáneas. El caso del kirchnerismo", en *De Signos y Sentidos* N°13. Páginas 52-82.

- Hobbes, T. (1992) *Leviatán*. Caps. XV – XVIII. México D.F: Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Locke, J. (2005) *Segundo tratado sobre el gobierno civil*. Caps. I – V. Buenos Aires: Ed. Universidad Nacional de Quilmes.
- Lorey, I. (2016) *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid: Ed. Traficantes de sueños.
- Mangone, C. y Warley, J. (Ed.) (1994). *El discurso político: del foro a la televisión*. Buenos Aires: Biblos.
- Ministerio de Seguridad de la Nación (2017). *R.A.M.* Recuperado de https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/informe_ram-_diciembre_2017.pdf
- Rodríguez, E. (2013). “El despoliciamiento de la seguridad. La construcción de una nueva agenda securitaria”. En J. Balsa, *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. UNQ: LibroXLibro.
- Sigal, S. y Verón, E. (2003) *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Ed. Eudeba.
- Svampa, M. (2000) “Clases Medias, Cuestión Social y Nuevos Marcos de Sociabilidad”, en revista *Punto de Vista* N°67.
- Vasallo, M. S. (2015). “El discurso de Perón en la etapa fundacional del movimiento (1943-1946)”. En Arnoux, E. y Zaccari, V. *Discurso y política en Sudamérica*. Buenos Aires: Biblos.
- Verón, E. (1980) “La semiosis social”, en Monteforte Toledo, M. (Coordinador) *El discurso político*. México D.F.: Ed. Nueva Imagen.
- Verón, E. (1987) “La palabra adversativa”, en *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.
- Verón, E. (1993). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.
- Žižek, S. (2009) “Allegro moderato-Adagio: ¡Teme a tu vecino como a ti mismo!”, en *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Ed. Paidós.

MARÍA EUGENIA VIDAL: ESTRATEGIAS DE SIMETRÍA EN EL DISCURSO DE CAMBIEMOS

Nerina Filippelli ⁶⁸

FMI, deuda externa, recesión, pobreza, devaluación, inflación, desempleo, fuga de reservas, precio del dólar, riesgo país, incertidumbre, elecciones. No son solo palabras sueltas, simples modos del lenguaje, sino fragmentos de la historia argentina que se presentan como recurrentes. Y su circulación en la discursividad política actual, a poco de iniciarse el cuarto año de gestión de *Cambiamos*, resuena con un eco familiar. Como un resurgimiento que da cuenta de cierto clima de época en el que la crisis vuelve a estar presente. En ese sentido titulaba, por ejemplo, en septiembre de 2018 el diario *on line El País*: “El eterno retorno de la crisis argentina”, para luego plantear en el cuerpo del artículo interrogantes que invaden el escenario político actual: “[...] Hoy está en crisis, otra vez. Su futuro depende de un rescate del Fondo Monetario Internacional (FMI), el segundo desde junio. ¿Qué ha pasado con Argentina? ¿Y con Mauricio Macri, aplaudido por el mundo hace menos de tres años?”.

Se puede pensar al lenguaje como una red histórica de sentidos en la que se actualizan y reconfiguran nuevos modos de nombrar al mundo en contextos particulares. Lejos de ser algo dado, estable e inmutable, el lenguaje será parte de todo cambio, y toda transformación quedará de algún modo inscrita en él. En el intento de comprender los tiempos políticos que corren y focalizando la mirada en el plano del sentido, proponemos situar el análisis en la disputa electoral de 2015 que es entendida como un momento crucial. En este año se visibilizó la emergencia y consolidación de una nueva identidad política que supo capitalizar el poder en los distritos más importantes del país: la presidencia de la nación, la gobernación de la provincia de Buenos Aires y la jefatura de gobierno porteño. La coalición *Cambiamos* logró articulación nacional a partir de este momento clave y puso en funcionamiento un modo de hacer política que desde el año 2001 había tenido una existencia marginal, arraigada específicamente al ámbito de la CABA. En ese marco, nos preguntamos: ¿qué condiciones posibilitaron su llegada al poder?, ¿qué modalidades discursivas asumió esta identidad que se presentó como novedosa?

La campaña electoral del 2015 se presenta como un período decisivo para analizar esta identidad emergente, ya que es el momento en el que se iniciaron profundas transformaciones en la sociedad argentina y en este sentido proponemos colocar la mirada en las figuras que lideraron estas transformaciones. Tal como postula Eliseo Verón (1998), el análisis se sitúa desde una perspectiva sociosemiótica que entiende que todo fenómeno

⁶⁸ Licenciada en Comunicación Social, Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Córdoba. Becaria de Beca de Estímulo a las Vocaciones Científicas (EVC-CIN-2017). Actualmente es Becaria de Investigación de la Secretaría de Ciencia y Tecnología (UNC) para el Doctorado en Comunicación Social (FCC-UNC). Integrante del equipo de investigación “Discursividades políticas y mediáticas” y autora de libro y artículos sobre análisis del discurso vinculados al neoliberalismo.

social tiene una dimensión simbólica que le es constitutiva. Proponemos, entonces, al análisis del discurso político como un modo y un medio de acceso al plano del sentido con el fin de reflexionar sobre los procesos políticos contemporáneos. Es decir que a cada hecho y a cada figura le corresponden ciertos modos de comportamiento del sentido que aparecen investidos en las materias significantes, y es a partir del análisis de los mismos que se propone un estudio empírico sobre la significación que nos permita arribar a cierta hipótesis sobre las condiciones de posibilidad de acceso al poder de la derecha nuevamente en la Argentina, poniendo el foco en su estructuración simbólica.

Se puede decir que, en el intento de reflexionar, de establecer hipótesis, caemos a veces en la tentación de apostar por una suerte de teoría de la manipulación en la que se operaría sobre una distorsión de la verdad con medios arteros y siempre en función de intereses particulares. Sin negar que lo anterior pueda ser parte de una respuesta, tal vez se pueda intentar pensar, a la hora de la enunciación política y las identidades que en ella emergen, en construcciones simbólicas complejas, conjuntos de significaciones que operan, sedimentan, migran y generan pregnancia, preeminencia y un efecto de evidencia a la hora de narrar el mundo cuando se tornan hegemónicos. La hegemonía, en términos de Marc Angenot (2010), se entiende como un conjunto de reglas prescriptivas de lo decible en el discurso social. La base de la hegemonía es el Estado Nación que establece un orden de lo decible y lo pensable y que, si bien no es propiedad de una clase, instituye predominancias y legitimidades, intereses y valores que favorecen a quienes estén mejor situados para reconocerse en ella. Determina enunciadores aceptables e imprimibles. Produce discursivamente a la sociedad como un todo orgánico: se trata entonces de identificar las dominancias interdiscursivas, las maneras de conocer y significar lo que es conocido.

La emergencia de una identidad novedosa

A partir del 2015, la tríada Macri-Vidal-Larreta pasó a gestionar la presidencia de la Nación, la gobernación de la provincia de Buenos Aires y la jefatura de gobierno porteño. Se consolidó una identidad que logró articulación nacional (con el apoyo de la Unión Cívica Radical) y generó profundas transformaciones en la sociedad argentina. La singularidad de estas elecciones en la escena política del país radica en que este período permitió el acceso al poder por vía democrática a una derecha que logró una articulación novedosa que no respondió a las estructuras partidarias tradicionales (el peronismo y el radicalismo). Que se situó discursivamente por fuera de los clivajes ideológicos (izquierda/derecha), y que alcanzó la victoria sin alianza con gobiernos dictatoriales y con gran apoyo popular. Esto es históricamente inédito. Es así que luego de 12 años de kirchnerismo y de una intensa campaña electoral, salió victorioso un partido pro-mercado que capitalizó las demandas insatisfechas que dejó disponibles el gobierno anterior –inseguridad, inflación, el llamado “cepo al dólar”, el “alejamiento” del resto del mundo, la falta de inversiones, las denuncias por corrupción, entre otras– y entronizó la idea del “cambio” como condición *sine qua non* para un futuro mejor.

En plena campaña, entre bailes, reuniones festivas y globos de colores se anunció: “pobre-

za cero”, la baja del impuesto a las ganancias, terminar con la inflación, el fortalecimiento de la obra pública, la llegada de numerosas inversiones, la inserción del país en el mundo, créditos hipotecarios, la creación de mayor cantidad de puestos de trabajo y la preservación de los existentes, entre otras promesas. Una vez en el poder –y con la misma jovialidad– se ejecutó uno de los ajustes más feroces que sufrieron los argentinos en los últimos tiempos. Este impactó fuertemente en los diversos ámbitos de la vida social, provocando incremento de la inflación, la devaluación, la pobreza y una toma de deuda exorbitante para sobrellevar el déficit fiscal en medio de una economía en estado recesivo y un Estado en retracción. Este fenómeno se encarnó asimismo en una semantización negativa del Estado y de toda práctica política previa que postuló la idea de cambio en sí misma, a pesar de todo impacto presente, como el único camino posible hacia un futuro mejor. El “cambio” no solo se presentó como necesario sino como inevitable. Esto se reflejó en diversos actos de enunciación en los que prevaleció la idea de que hay que dejar atrás lo que no funciona más, en la semantización del sistema político de los últimos 30 años como aquel sistema viciado, corrupto, de derroche, alejado de la gente y centrado en sus propios intereses. Este diagnóstico permanente sobre el pasado, que tiene como protagonista al adversario político, operó a la hora de construir la identidad de *Cambiamos* por contraste, como la definición de lo propio a partir de la diferencia.

En resumen, el año 2015 se presentó como un período clave, en el que confluyeron las elecciones de distritos importantes y, por ende, en el plano del discurso, se dio una efervescencia en donde los candidatos disputaron sentidos en la batalla por la conquista del voto. En esta lucha por los modos de nombrar el mundo la palabra de la coalición –puesta en circulación por las figuras políticas que la lideran– logró la eficacia discursiva necesaria y suficiente para hacerse con el poder. En este marco entendemos a la figura de María Eugenia Vidal como primordial en la discursividad de *Cambiamos* y en este sentido proponemos reflexionar sobre las modalidades de enunciación que se presentan en su discursividad como un modo de acceder a la construcción simbólica de esta identidad política. Y fundamentalmente el modo en que se configuró como enunciativa en las disputas por el sentido para la conquista del voto.

El plano del sentido: operaciones en la construcción de la enunciación

Si se piensa en la discursividad de *Cambiamos* en general, se puede decir que se comenzó a construir a partir de la crisis del 2001 como lo opuesto a los discursos populistas que se fueron consolidando luego de la crisis, y que encontraron una especial condensación en el discurso kirchnerista, lo que facilitó desde el inicio una relación antagónica entre estas discursividades en términos adversativos. Para el 2015, la hegemonía del discurso kirchnerista había venido sufriendo parciales dislocaciones que posibilitaron la emergencia de otros lenguajes que, como dijimos, hasta ese entonces habían tenido una existencia marginal más bien relegados a la capital (Angenot, 2010). Es así que la discursividad de *Cambiamos* capitalizó las demandas insatisfechas que el kirchnerismo dejó sin resolver para establecer un diagnóstico adverso sobre la temporalidad del pasado. Este diagnóstico tuvo lugar en el componente descriptivo del discurso político, que es la zona privilegiada para la

modelización del adversario. Tal como postula Verón (1987), el discurso político siempre construirá a otro negativo que configura el límite de la propia identidad y al cual siempre le corresponderá el lugar de lo impugnado, el espacio que ocupa aquel a quien es preciso dejar atrás, y en ese sentido se establecerán relaciones adversativas. Cabe destacar, en términos de la noción de identidad, que esta línea teórica converge en el análisis con las teorías narrativas sobre la identidad, en la mirada de Stuart Hall y Paul Du Gay (2003) y Leonor Arfuch (2005), según las cuales toda configuración identitaria será posible a partir de la diferencia. Lo propio y su límite quedarán configurados a partir del establecimiento de una frontera entre el núcleo identitario y lo que no se es, entre lo propio y el otro, como dos caras de la misma moneda.

Esta identidad postuló la idea de “cambio” como condición *sine qua non* para vivir mejor. En esta matriz se construyó María Eugenia Vidal como enunciadora privilegiada de la coalición *Cambiamos*, y a su vez en esta lógica de funcionamiento del sentido su figura cobró rasgos distintivos a la hora de construir singularidad. En el intento de dar cuenta de las modalidades de esta figura discursiva recurrimos a la categoría de ethos en el sentido propuesto por Dominique Maingueneau (1996), pathos en la lectura de Ana Soledad Montero (2009) y la relación adversativa, según Verón (1987). Cabe destacar que prevalecen en el análisis las modelizaciones que aparecieron como regularidad, como huellas semióticas invariantes del *corpus*. Este está conformado por discursos que circularon durante el año electoral, en cierres de campaña, entrevistas en *YouTube*, diversos programas de televisión y en los *spots* de campaña. En este marco ubicamos y definimos en esta discursividad a la figura de María Eugenia Vidal a partir de ciertos rasgos que configuran identidad. En primer lugar y en relación al ethos, se lo concibe como la modelización de la figura de quien habla en el discurso político, aquel garante del habla al que no solo están asociados un haz de rasgos psicológicos, sino que comporta también la puesta en juego de una “complexión” corporal que se traduce en una manera de ser y de moverse en el mundo. Es posible decir que el ethos operó en la construcción de la imagen de María Eugenia Vidal en el discurso en primera instancia a partir de un modelo de llegada desde el “exterior a la política”. Tal como proponen Eliseo Verón y Silvia Sigal (2014), a partir de este modelo de llegada configuró su singular trayectoria exterior a toda tradición partidaria y su llegada a la política entendida como una pura “vocación de servicio”:

“No vengo del PJ, no soy del sistema de la provincia de Buenos Aires, del sistema histórico que ha gobernado la provincia” (<https://www.youtube.com/watch?v=kuvz01n9PdQ>).

“No hay ninguna posibilidad de que gane. Voy a perder. Escuchame, no me conocen, soy mujer, no vengo del PJ, no soy del sistema. Lo más probable es que pierda” (<https://www.youtube.com/watch?v=kuvz01n9PdQ>)

Esto imprimió una suerte de frontera simbólica fundante de la propia identidad que marcó distancia con la política en su totalidad y sus identidades previas. Así, a través de la idea de la política como un sistema que resulta ajeno se construyó lo que quedó fuera del núcleo

identitario. Y operó significando a la enunciadora⁶⁹, y al nosotros restringido que configura a la coalición, como portadores de una pureza, una inmunidad, respecto de todo lo adverso con que se construyó al contradestinatario. En la emergencia de esta nueva identidad, esta pureza asociada a la identidad de la enunciadora funcionó a la hora de la legitimación de la figura que no solamente fue lo nuevo, sino que fue lo bueno. Lo que se modelizó, en definitiva, es la caducidad de las formas tradicionales de hacer política a partir de una impugnación del adversario y de la propuesta de una nueva identidad portadora de las respuestas que precisan los vecinos de la provincia de Buenos Aires. Lo que se puede resumir como una construcción de identidad en función de la diferencia y a partir del modelo de llegada “no tradicional”, que puso en juego nuevos sentidos del “hacer política”:

“¿Sabés qué es lo mejor que me dijeron últimamente? Que no me parezco en nada a los gobernadores de la provincia ¿Así que no me parezco en nada a los gobernadores de la provincia? Qué buena noticia porque necesitamos algo muy distinto en la provincia [...]” (<https://www.youtube.com/watch?v=k0hoWBwVvPo>).

“Un día te dijeron que la provincia es así, que no queda otra que acostumbrarse, que tenés que cuidar lo que te dan, aunque sea poco, que no te hagan creer que lo único que podés hacer es resignarte. Todos los problemas tienen solución y empiezan por cambiar lo que no funciona más” (<https://www.youtube.com/watch?v=BKwJdR-myVnc>).

“A mí me gusta que digan que yo soy bien diferente, porque yo soy bien diferente al resto de los candidatos, sí soy diferente, pero no por haber estado en la ciudad de Buenos Aires, soy diferente porque no he sido parte de los que gobernaron la provincia en los últimos veinticinco años. Y ellos tendrán que rendir cuentas de lo que hicieron, de lo que no hicieron” (<https://www.youtube.com/watch?v=EGfaBN3b96s>).

“Son más de veinticinco años gobernados por los mismos ¿no? Que les prometen y les prometen y no cumplen” (<https://www.youtube.com/watch?v=JCKt6vyvcOc>).

En segunda instancia, en esta narración del mundo lo que se modelizó es un ingreso al campo político, además, fuertemente motivado por la coyuntura –la crisis del 2001– y el móvil de acción de la figura para meterse en política fue la pasión por el hacer voluntario, la sensibilidad hacia lo que le sucede al otro. La situación de vulnerabilidad en la que se vieron envueltos millones de argentinos se construyó como parte de ese llamado a involucrarse. En esta lógica, y en las narraciones implicadas con este modelo de llegada, no se puso en juego una ambición alimentada por los intereses particulares sino todo lo contrario: se modelizó una actitud de entrega. Es así que en una suerte de narración biográfica a través de los diversos fragmentos discursivos se empezó a delinear un ethos marcado por la sensibilidad social, aquel origen del habla fundamentalmente sensible, empático y libre

⁶⁹ En este trabajo, en lo que respecta a la figura política que se construye en el discurso se designará al garante del habla como “enunciadora” en lugar de “enunciador”. Esta decisión responde a un llamado a la reflexión respecto de la perspectiva androcéntrica que coloca al hombre en una posición central en la sociedad, la cultura y la historia. En rigor, no se trata de una instancia ni masculina ni femenina, sino más bien de un conjunto neutro de operaciones lingüísticas y de sentido. Pese a la huella de género, no se estará haciendo referencia a ninguna corporalidad empírica y autónoma respecto al texto.

de toda atadura ligada a lo ideológico. Construido como ajeno a toda idea de militancia, fue el trabajo en lo social lo que vinculó a la enunciativa con la política, una suerte de vocación de servicio que operó como el móvil de ingreso de la figura al campo político:

“Yo empecé con Mauricio en el 2001, todavía no había cumplido los treinta pero no era chica, había trabajado en el Estado, lo conocí en medio de la crisis en ese momento él arrancaba y la verdad que lo que en ese momento yo sentí mirando lo que pasaba en la Argentina y además trabajando en el Estado, porque yo trabajaba como técnica en el sector público, era “no alcanza con lo que hago, o me involucro con un partido, o me voy” (<https://www.youtube.com/watch?v=JCKt6vyvc0c>).

“[...] pero me voy a involucrar para que esto cambie de hecho me he involucrado, y confío de verdad confío que lo podemos hacer” (<https://www.youtube.com/watch?v=YTDtq6ZHME>).

“[...] Y yo iba sintiendo, trabajaba ya en el Estado, pero iba sintiendo que o me comprometía o me corría, pero no podía estar en el medio. No podía ser espectadora de lo que pasaba y bueno ahí lo conocí a Mauricio y me comprometí políticamente”.

Es posible afirmar que el modelo de llegada operó en dos sentidos. Por un lado, el hecho de venir desde afuera de un sistema político significado como viciado y alejado de la gente funcionó como diagnóstico para definirse en términos de distancia con el adversario político. Por otro, establecer como móvil de acción para el ingreso al campo político la vocación de servicio a partir de la crisis construyó un ethos fundamentalmente empático respecto de lo que le sucede al otro. Es decir: una enunciativa que se presentó como portadora de sensibilidad social. La segunda cuestión que se pone en juego a la hora de reflexionar sobre el ethos, en tanto modo de ser, se modelizó en la figura de la familia como el espacio en el que se le inculcaron a la enunciativa ciertos valores que se trasladan como un capital al campo político. De este modo, a través de fragmentos de narraciones, la figura política apareció investida de tales significaciones –los valores del esfuerzo, el trabajo, la capacidad de escucha, la sensibilidad–. En el mismo movimiento en el que la enunciativa se proyectó, se construyó el vínculo con los destinatarios positivos (configurados de manera preeminente a través de la entidad: vecinos) y a partir de esos valores que funcionaron como denominador común, se delineó una relación en términos de equivalencia. Estos destinatarios fueron definidos como “vecinos” en términos particulares y “gente” en términos generales y la articulación de ambos con la enunciativa estuvo siempre dada en la entidad del imaginario político “la provincia”. En la asociación de valores morales positivos con la imagen de la enunciativa a través de la idea de la familia se construyó su singularidad:

“Un poco mi familia representa lo que fue la Argentina en mucho tiempo ¿no? Mis abuelos la remaron mucho, sus hijos estuvieron mejor que ellos y aspiraban a que sus nietos estuvieran mejor que ellos, soy la primera de la familia que tuvo un título universitario, una familia de mucho trabajo donde todo costó mucho” (<https://www.youtube.com/watch?v=ysyU50fj4fc>).

“Mis padres que están acá hoy me enseñaron el valor del esfuerzo, me enseñaron el

valor del trabajo, me enseñaron a no darme por vencida. Mi familia, mi esposo Ramiro, mis hijos Camila, Majo, Pedrito. Mientras todos me decían o muchos me decían que no iba a poder me daban un lugar para volver cada noche después de un día difícil. Y entonces no me resigné, no me di por vencida y Mauricio tampoco” (<https://www.youtube.com/watch?v=63ru70ZUKFg>).

“Gracias a mi familia, a mis padres: a Norma y a José Luis, a quienes les debo todo lo que soy hoy. A mi hermano Nicolás, a mi esposo Ramiro con quien construimos una hermosa familia [...]” (<https://www.youtube.com/watch?v=C4Ee7QW6XvM>).

La construcción de este llegar “desde fuera” de la política y la modelización de la familia como el espacio en el que se le inculcó al ethos cierta moralidad, se complementan con la imagen de una mujer sencilla, una “chica de barrio”, familiarizada con el conurbano bonaerense. Tal vez esta sea la estrategia de horizontalidad más fuerte puesta en juego por esta discursividad a la hora de la enunciación, y de la construcción del vínculo con los destinatarios. La enunciativa se configuró como una vecina más y esta estrategia operó en un doble movimiento. Si el enemigo político es aquel sistema ensimismado, alejado de la gente y sumido en sus propios intereses, la imagen de una chica de barrio operó, como ya dijimos, en términos de distancia con esta configuración y en términos de cercanía con el prodestinatario y el paradestinatario. Pero en esta construcción identitaria, no solo se creó singularidad respecto del adversario, sino también al interior de la propia coalición. Es decir: en una discursividad como la de *Cambiamos*, marcada de manera preeminente por un ethos empresarial, la modelización de una “mujer de barrio” se tornó un rasgo distintivo al interior también del grupo de pertenencia:

“ [...] también vivo en un barrio, en Castelar, a unas cuadras de la estación, ya hace varios años, y tengo una vida, como dije yo en la campaña, tal vez esa es una de las razones que explican el voto, bastante parecida a la mayoría de la gente” (<https://www.youtube.com/watch?v=ysyU50fj4fc>).

“Yo siento que he ido construyendo un vínculo con los vecinos de la provincia, primero como vecina después como dirigente, que recorriendo me han conocido y de la mejor manera que es cara a cara, no desde una caravana o desde un acto masivo” (<https://www.youtube.com/watch?v=IR-5sBKp9zE>).

“Tengo una vida bastante parecida a la mayoría de la gente. Voy al supermercado los sábados, de hecho, fui el sábado de veda a hacer las compras para mi casa. Trato de estar con mis hijos con lo que me permite este trabajo” (<https://www.youtube.com/watch?v=ysyU50fj4fc>).

“Alguna vez voy a volver a ser una vecina más, sin cargo, y quiero volver a tener esa vida” (<https://www.youtube.com/watch?v=ysyU50fj4fc>).

“Yo no me resigno a tener esta vida, y no me pienso ir de la provincia, y no me pienso mudar a un country, y voy a seguir viviendo en el barrio en que vivo, pero me voy a involucrar para que esto cambie de hecho me he involucrado, y confío de verdad confío que lo podemos hacer” (<https://www.youtube.com/watch?v=YTDtIq6ZHME>).

El modelo de llegada, el lugar de la familia, la distancia con el adversario político, construyen la figura de una mujer común portadora de valores morales positivos que se pueden resumir en un ethos sensible, sencillo, empático y comprometido. En un origen del habla que aparece como portadora de capacidad de sacrificio, de trabajo, voluntad de diálogo y predisposición a la escucha. Y fundamentalmente una garante del habla que tiene el deseo y el propósito de mejorar la vida de los bonaerenses. En esta proyección del que habla en el discurso político el sentido, a la hora de la conquista del voto, operó de la siguiente manera: la confianza, la demanda del voto del electorado se hizo en función de un particular modo de ser de la enunciadora que se configuró como merecedora de confianza. Es decir, lejos de complejas formulaciones que se pudiesen haber hecho en términos de medidas concretas que iba a implementar el gobierno, la demanda del voto se ejerció de manera preeminente en función de una personalidad que se presentó portadora de una moral incontaminada, una subjetividad confiable, comprometida:

“Yo creo que puedo ser esto hoy porque hubo un espacio distinto. No sé si alguien como yo hubiese podido llegar hasta acá en los partidos tradicionales” (<https://www.youtube.com/watch?v=kuvzO1n9PdQ>).

“[...] Yo no era la candidata para ir a negociar con el sistema. Si yo voy a negociar con el sistema para sobrevivir: perdí. Mi única manera de lograr algo en serio es enfrentarlo” (<https://www.youtube.com/watch?v=kuvzO1n9PdQ>).

“Yo siempre trabajé muchas horas. Como digo siempre: nunca conocí un trabajo de ocho horas. Siempre trabajé mucho más pero ahora el nivel de responsabilidad es mayor. Y eso hay que saber llevarlo, porque además yo le pongo mucho el cuerpo a esto. El cuerpo en términos de que me importa, de que le dedico muchas horas, de que me voy a mi cama pensando en lo que falta” (<https://www.youtube.com/watch?v=kuvzO1n9PdQ>).

“Y quiero que sepan, que como les dije antes, mañana voy a estar ahí. Porque así soy yo. Porque le voy a poner cuerpo y alma para la vida que te merecés. Y no voy a parar, con Mauricio y con Gabriela hasta lograr que cada uno de los vecinos de esta provincia viva mejor” (<https://www.youtube.com/watch?v=1f0j9eUI8cE>).

En resumen, en la campaña electoral del 2015 se configuró una instancia de enunciación desde un modelo de llegada desde el exterior de la política, marcado fuertemente por las resonancias de la coyuntura del año 2001. Este rasgo puede ser vinculado a las retóricas de derecha que en nuestro país configuraron negativamente a la “política”, la militancia y la acción partidaria. Se marcó la frontera con el adversario político a la vez que se construyó un ethos sensible a partir de la idea de una dirigente que se involucró en política desde la vocación de servicio, frente al panorama desolador de la crisis. Un ethos portador de valores morales positivos. Esto se complementó con la imagen de una mujer común, una chica de barrio que desde ese lugar en el mundo se involucró, construyó un particular modo de ser en función del cual se demandó el voto.

Estos elementos discursivos se vinculan con el intenso componente emocional que se puso en juego en el nivel de la enunciación. Si hay algo que genera el acto performativo de

la promesa es la creación de la dimensión del futuro, aquel lugar fantasmático en el que se asienta todo aquello que está por venir, y en el caso de las elecciones del 2015 esta discursividad puso en juego la promesa modelizada del modo más abstracto posible: la idea de un futuro mejor. Pero esa mejoría en función de los vínculos, los lugares y las singularidades configuradas en el discurso no podían ser esperada de cualquier modo. Requería esperanza, entendida como la expectativa favorable hacia lo que está por venir. Una esperanza que funcionó como la emocionalidad que estructuró el componente programático del discurso. Allí en donde se ejerce la promesa, aquellos actos de enunciación en los que la figura se compromete a un nuevo mundo, a un cambio, a dejar atrás todo aquello que se hizo mal. En esta construcción positiva de lo afectivo rondaron otras emociones como la alegría, el entusiasmo, el optimismo, el agradecimiento, y estas emociones operaron tanto a la hora de la modelización de la enunciativa como en el establecimiento del vínculo con el prodestinatario y el paradesinatario:

"[...] no vamos a darle la espalda a esas familias quiero transmitirles la esperanza de que vamos a enfrentar estos problemas y vamos a dar respuesta. Este es nuestro punto de partida, sabiendo la provincia que tenemos y con la convicción de que se puede, de que podemos empezar una transformación para que cada vecino viva mejor" (<https://www.youtube.com/watch?v=C4Ee7QW6XvM>).

"Es emocionante ver lo que estamos logrando juntos. Un día nos levantamos y todos cambiamos enojo por esperanza, una esperanza imparable ¿Cómo no sentir que podemos? ¿Cómo no ser optimistas? Si cada vez somos más los que no nos resignamos, los que sabemos que podemos vivir mejor [...]" (<https://www.youtube.com/watch?v=EO4bwCUTtPE>).

(mirando a cámara) "En esta segunda vuelta, si todavía no nos votaste yo te pido: te pido que nos acompañes porque compartimos los mismos valores. Porque es mucho más lo que nos une que lo que nos separa. Porque en la Argentina hoy demostramos que queremos el cambio ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias de corazón, muchas gracias!" (<https://www.youtube.com/watch?v=dWC6UFmgzPY>).

"Quiero agradecer también a todos los que me votaron, los que nos votaron, gracias por la confianza, por esta alegría que se siente en el aire. [...] Y a los que no me votaron les digo: voy a gobernar para todos. Para todos. Les pido que dejen atrás los prejuicios, voy a trabajar para ganarme su confianza, y demostrarles que no había nada que temer. Espero contar con ustedes, con sus sugerencias y sus críticas constructivas, porque para gobernar no hay que creerse infalible, gobernar es aceptar errores, es tener la humildad de reconocer que uno se equivoca y para gobernar también los voy a necesitar a ustedes, los voy a necesitar a todos" (<https://www.youtube.com/watch?v=C4Ee7QW6XvM>).

Poniendo en juego un intenso componente emocional que se proyectaba hacia el futuro e interpelaba a estos colectivos no partidarios, este ethos sensible, sencillo, ético se construyó como una subjetividad que se presentó como digna de confianza para demandar el voto. Es así como la enunciativa a través de lo prometido encarnó aquella ansiada nueva

época que no fue otra cosa que el espacio idílico, arquetípico, en función del cual todo sacrificio presente es fundado y toda esperanza en un futuro mejor renueva su potencia.

Bibliografía

Angenot, M., (2010), *El discurso social*, Buenos Aires, Argentina. Siglo XXI Editores.

Arfuch, E., (2005). "¿Problemáticas de la identidad?". En Arfuch, E.(comp). *Identidades, sujetos y subjetividades*. pp. 21-43. Buenos Aires, Argentina. Editorial Prometeo.

Hall, S., (2003). "¿Quién necesita *identidad*?". En Hall., y Du Gay, P., (comps.). *Cuestiones de identidad cultural*. pp. 13-39. Buenos Aires, Argentina. Editorial Amorrortu

Maingueneau, D., (1996): "El ethos y la voz de lo escrito", en Revista *Versión*, N° 6, México, pp.79-92. Consultado el: 21/09/2018. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/163799439/Maingueneau-D-El-ethos-y-la-voz-de-lo-escrito>

Montero, A. S., (2009). Emociones y exclamación: la mostración de la subjetividad en el discurso político. *Lenguaje*, 37(2). pp. 337-363. Consultado el: 21/09/2018. Recuperado de <http://revistalenguaje.univalle.edu.co/index.php/lenguaje/article/view/4895>

Rivas Molina, Federico, (2018, 16 de septiembre). "El eterno retorno de la crisis argentina". En *Página/12* [en línea]. Recuperado de: https://elpais.com/economia/2018/09/14/actualidad/1536918013_424629.html?rel=mas

Sigal, S., Verón, E., (2014), *Perón o muerte: los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Editorial Eudeba.

Verón, E. (1987), La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política, en Verón, E. y otros: *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Argentina, Editorial Hachette.

Verón, E., (1998), *La semiosis social*, Barcelona, España, Editorial Gedisa, S.A.

Fuentes y documentos

Argentinostengamosmemoria. (10/12/2015). M. E. Vidal da su primer discurso como Gobernadora de la Provincia de Buenos Aires-Completo 10/12/2015 [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=C4Ee7QW6XvM>

C5N. (09/06/2015). C5N. EL ANGEL DE LA MEDIANOCHE. ENTREVISTA A MARIA EUGENIA VIDAL.[Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=JCK-t6vyvcOc>

Danilo González. (10/08/2015). Intratables-María Eugenia Vidal (Candidata a Gobernadora por Buenos Aires) [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=IR-5sBKp9zE>

DifusionInfo. (31/07/2015). María Eugenia Vidal en Código político 30/07/2015 [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=YTDtlq6ZHME>

El Trece. (02/11/2015). “La entrevista íntima que Lanata le hizo a María Eugenia Vidal” [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=kuvzO1n9PdQc>

InformeFinalOK. (25/10/2015). Batacazo de María Eugenia Vidal en la provincia de Buenos Aires: “Sí, se puede” [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=1fOj9eUI8cE>

Mauricio Macri. (16/07/2015). “El poder de cambiar es de la gente” María Eugenia Vidal en TN/ Mauricio Macri [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=EGfaBN3b96s>

Mauricio Macri. (21/07/2015). “Empezamos bien”- María Eugenia Vidal/Mauricio Macri [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=k0hoWBwVvPo>

Mauricio Macri. (02/08/2015). Todos los problemas tienen solución. María Eugenia Vidal/ Mauricio Macri [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=-BKwJdRmyVnc>

Mauricio Macri. (22/10/2015). Cierre de Campaña en Lanús/María Eugenia Vidal [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=63ru70ZUKFg>

Mauricio Macri. (27/10/2015). Ahora, ahora, Vidal Gobernadora. Discurso de María Eugenia Vidal [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=dWC6U-FmgzPY>

Mauricio Macri. (07/11/2015). Un día todos sentimos que algo había cambiado/ María Eugenia Vidal [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=EO-4bwCUTtPE>

Telefe. (28/10/2015). Desayuno con María Eugenia Vidal-Morfi [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=ysyU50fj4fc>

Editado en el mes de Septiembre 2020 por:



NODO
EDICIONES

hola@nodoimpresiones.com.ar